

SYLVIA DAY

SALVAJE

La autora que arrasa en todo el mundo.
N.º 1 en veintiún países.

esencia

Índice

Una magia familiar

Uno

El Cazador había llegado por fin.

Victoria lo observó atentamente a través de las imágenes del circuito cerrado de televisión que vigilaba la recepción de su oficina. El sofisticado traje de Armani que llevaba puesto no conseguía ocultar al depredador que llevaba dentro. Alto y de piel oscura, el Cazador se movía con una arrogancia relajada que le hizo emitir un ronroneo. No miraba a su alrededor, concentrado por completo en el momento en que estarían juntos en la misma habitación. Solos.

Mientras ella se restregaba las manos, un gruñido gutural invadió el aire. El Consejo Supremo se disponía a pelearse de nuevo con ella. Sonrió y se acicaló, pues así eran las de su especie. Aquel Cazador era fuerte, podía notarlo incluso a través de las paredes que los separaban.

El hecho de que enviaran a un hechicero así en su busca evidenciaba el valor de ella. No pudo evitar sentirse halagada. Al fin y al cabo, había incumplido las leyes a propósito, provocando de forma deliberada a los mismos poderes que le habían arrebatado a Darius. Y ahí tenía su «castigo», entrando en su oficina con aquel caminar seductor de piernas largas. No pudo sentirse más entusiasmada al ver a quién habían elegido.

Él lanzó una sonrisa arrolladora a la recepcionista antes de que ésta cerrara la puerta después de dejarle pasar. A continuación, dirigió su atención a Victoria y se quitó las gafas de sol.

«Dios mío.»

Victoria cruzó sus piernas envueltas en unas medias de seda para calmar el repentino deseo que sintió entre ellas.

Unos penetrantes ojos grises la examinaron desde un rostro tan austeramente atractivo que casi estuvo a punto de levantarse de su silla para restregarse contra él. «Esa mandíbula tan firme… esos labios esculpidos…»

Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Primero había que ver si él revelaba quién era o si tenía la intención de fingir. El Consejo

Supremo aún no era consciente del poder que Darius le había transmitido. Todavía no sabían hasta dónde llegaban los conocimientos de ella.

La mirada de Victoria se dirigió al pequeño marco de cristal que había sobre su mesa y al hombre con hoyuelos que desde él le sonreía con cariño. Hermosamente retratado en pinturas al óleo, con destellos dorados que brillaban en su cabello rubio, la visión de Darius le provocó un dolor familiar de pérdida y pena que afianzó su determinación. El vacío de su vida la invadió de una necesidad de venganza.

Se puso de pie y extendió la mano. El Cazador la agarró despacio y la evidente fuerza de su caricia lo delató.

—Señor Westin —susurró ella conteniendo un excitante escalofrío. Tendría que dar las gracias al Consejo por aquel regalo cuando hubiese terminado con él. Era muy oscuro: su piel, su cabello negro azabache, su aura... La personificación del sexo. Podía olerlo, sentirlo con su cercanía. Estaba claro por qué era un Cazador de éxito. Ella ya estaba húmeda y ansiosa.

Max Westin sostuvo su mano más tiempo del necesario, y sus ojos de espesas pestañas reflejaron claramente sus intenciones de poseerla, de dominarla. Como a todos los gatitos, a Victoria le gustaba jugar, así que rozó la palma de la mano de él con las yemas de sus dedos al retirarla. Los ojos de Westin se abrieron de forma casi imperceptible, un diminuto indicio de que ella podría conseguirlo si de verdad se esforzaba.

Por supuesto, su intención era hacer precisamente eso. El Consejo sólo enviaba en su busca a sus mejores y más valiosos Cazadores, y Victoria sabía lo mucho que les fastidiaba cuando su élite se enfrentaba a un humillante fracaso. Era lo único que podía hacer para evitar sentirse una inútil: proporcionarles un severo recuerdo de lo grande que había sido Darius y de lo que habían perdido con su innecesario sacrificio.

—Señorita St. John. —La voz de Westin sonó como una áspera caricia. Todo en él era un poco áspero, un poco arenoso. Una criatura primitiva. Igual que ella.

Victoria le señaló la silla que había delante de su escritorio con superficie de cristal. Desabrochándose el botón de su abrigo, Max se hundió en su asiento, y sus pantalones azules oscuros se estiraron sobre sus firmes muslos y el impresionante bulto que había entre ellos.

Ella se lamió los labios. «Ñam.»

Un extremo de la boca de él se curvó con una sonrisa cómplice. Max Westin era muy consciente de su atractiva apariencia, lo cual le volvía irresistible ante ella. La seguridad era una cualidad que Victoria tenía en alta estima. También apreciaba cierto toque de maldad y, sin duda, Westin lo tenía. Aquella aura oscura delataba los indicios de magia negra que él esquivaba. Victoria dudó si el Consejo lo tendría a él más sujeto que a ella.

Victoria sintió que ya le gustaba enormemente y se sentó en su silla colocando sus piernas bajo su falda de tubo negra, de forma que pudieran verse en todo su esplendor.

—El museo quiere expresarle sus más sinceras disculpas por la pérdida de su collar —empezó a decir él.

La sonrisa de ella se ensanchó. Westin no iba a decirle quién era. «Qué excitante.»

—No me parece usted el típico conservador, señor Westin.

—He venido en representación de la compañía de seguros del museo. Está claro que una pérdida de tal magnitud exige una investigación.

—Eso es tranquilizador, desde luego.

Observándolo a través del velo de sus pestañas, Victoria notó la energía que revelaba su carácter inquieto. Sus labios firmes y carnosos insinuaban placeres pecaminosos. A ella le gustaban los hombres pecadores y enérgicos. Éste era un poco rígido para su gusto, pero eso podría cambiar con la conveniente persuasión. Al final, todos terminaban sucumbiendo. Aquélla era la única parte del juego que la decepcionaba: la rendición.

—Parece usted especialmente tranquila —murmuró Westin— para tratarse de una mujer que acaba de perder una joya de incalculable valor.

Los dedos de los pies de Victoria se encogieron. Tenía la voz grave y ligeramente ronca, como si acabara de levantarse de la cama. Era deliciosa, como el resto de él. Era de hombros muy anchos, pero esbelto, y cada uno de sus movimientos constituía una elegante ondulación de músculos perfectos.

—Angustiarse no sirve de nada —replicó ella haciendo un gesto de despreocupación—. Además, usted está aquí para buscar el collar y parece... capaz de encontrarlo. ¿Por qué habría de preocuparme?

—Por si no lo recupero. Su confianza en mis capacidades me halaga, señorita St. John, y no está fuera de lugar. Soy muy bueno en mi trabajo. Sin embargo, a veces, las cosas no son lo que parecen.

Aquello era un aviso, claro y simple.

Pensativa, ella se puso de pie y se acercó al ventanal que había tras su escritorio. A pesar de estar dándole la espalda, Victoria sintió el calor de su mirada acariciándola por todo el cuerpo. Jugueteó con las perlas que adornaban su cuello y miró hacia el horizonte de la ciudad.

—Si fuera necesario, me haría con otro sin más. Todo se puede comprar por un precio, señor Westin.

—Todo no.

Intrigada, Victoria se dio la vuelta y se sorprendió al ver que él se estaba acercando. Se colocó a su lado, con la mirada puesta en las vistas, pero con su atención centrada por completo en ella. Victoria sintió cómo el centelleo de la fuerza de Max le recorría el cuerpo, buscando sus puntos débiles.

Incapaz de resistirse al peligro, frotó su hombro contra el de él e inhaló el delicioso aroma masculino de su piel —una mezcla de colonia de mil dólares y puro Max Westin—. Su respiración se tornó superficial y el ritmo de su corazón aumentó. Perdiendo la perspectiva, Victoria se apartó. Llevaba mucho tiempo sin permitirse darse gusto con un hombre poderoso. Demasiado tiempo. Los otros Cazadores se habían mostrado ingeniosos y seductores. Westin tenía eso, además de una verdadera fuerza mágica.

—Max —dijo con voz suave, provocando una sensación de familiaridad al usar su nombre de pila.

—¿Sí?

Ella miró hacia atrás. Él la estaba siguiendo. Acechándola. Recordándole quién era el depredador allí.

«Puede que sea divertido.» Si es que quería jugar.

—Cene conmigo.

—En mi casa —aceptó él.

Ella se acercó al mueble bar y cogió dos botellas de leche, una elección deliberada que mostraba su conocimiento. Estaba claro que Westin sabía cómo actuaba ella. Pero ¿sabía por qué?

¿Era conocedor Westin de que con el último aliento de Darius éste le había transferido su magia a ella, haciéndola mucho más poderosa que a un Familiar común? ¿De que había sido amada por su hechicero y que ese amor era lo que le confería ahora la capacidad de tomar sus propias decisiones?

Antes de tener el don de Darius, ella había sido como los demás Familiares. El Consejo Supremo designaba los apareamientos entre los de su especie y sus equivalentes mágicos, sin tener en cuenta cuáles

eran sus deseos. Algunos Familiares no eran felices con sus parejas. Ella había sido afortunada la primera vez, al haber encontrado un amor por Darius que había trascendido el tiempo. Ahora, también debido a ese amor, era demasiado poderosa como para ser tomada en contra de su voluntad. En los dos siglos que habían pasado desde que lo había perdido, ningún otro hechicero había conseguido domesticarla. Westin no tendría mejor suerte. Ella había amado antes, profundamente. Nunca más volvería a haber otro hechicero para ella.

Contoneando las caderas y ofreciéndole una sonrisa seductora, se acercó a él.

—¿Y qué le parece en la mía?

—No. —Él tomó la botella de la mano extendida de Victoria, cubrió deliberadamente los dedos de ella con los suyos y los mantuvo allí. Dejándola atrapada—. Victoria.

Su nombre, una única palabra, pero pronunciada con tal posesión que ella casi pudo sentir el collar alrededor de su cuello. Los Cazadores no conservaban a los Familiares: los atrapaban y, después, los pasaban a hechiceros inferiores. Nunca permitiría que volvieran a disponer de ella de ese modo.

Así que se quedaron allí de pie, tocándose, evaluándose el uno al otro. Ella inclinó la cabeza y dejó que se viera su interés, sin poder ocultarlo con sus pezones duros haciéndose notar bajo su camisa de seda verde. El pecho se le movía con la respiración casi jadeante y la sangre se le calentaba tanto por la cercanía de él como por su olor oscuro y seductor. Era muy alto, muy duro, intenso. Sólo el rizo sedoso de pelo oscuro que le caía sobre la ceja suavizaba sus rasgos puramente masculinos. Si no fuese un Cazador, ella estaría trepando sobre él de tanto como lo deseaba.

Cuando él bajó la mirada hacia la turgencia de sus pechos, la boca se le curvó con una sonrisa carnal.

—Apuesto a que yo soy mejor cocinero —susurró con voz ronca, acariciando con sus dedos los de ella y provocándole chispas por todo el cuerpo.

—No lo sabrá si no viene a mi casa —repuso ella con un mohín.

Él se apartó y su encanto se desvaneció al instante.

—En mi casa o tendré que rechazar la invitación.

Victoria deseó haber estado en su forma felina para poder haberle golpeado con la cola. Saltaba a la vista que Max Westin estaba más que acostumbrado a conseguir lo que deseaba. Era un Dominante, como todos los Cazadores. Qué lástima que ella también lo fuera.

—Una pena. —Victoria lo dijo de verdad. Su decepción le causó dolor. La casa de él no era una opción. ¿Quién sabía qué hechizos podría lanzarle allí? ¿Y qué juguetes tendría…? Sería igual que meterse en una jaula.

No hizo caso al estremecimiento que le produjo el pensarlo.

—¿Ha cambiado de idea? —La sorpresa de Westin era evidente.

Definitivamente, aquel hombre no solía escuchar a menudo un «no».

—He sido yo quien lo ha invitado a cenar, señor Westin, y usted está poniendo condiciones a esa invitación. —Movió la mano hacia la puerta con un gesto de rechazo con el fin de irritarlo—. No soporto las condiciones.

Una advertencia en respuesta a la de él.

Como no hizo ningún movimiento para salir, Victoria emitió un suave sonido de ronroneo que provocó que el músculo de la mandíbula de él se contrajera.

Así que… la intensa atracción era recíproca. Eso la hizo sentir ligeramente mejor en lo que respecta a tener que esperar más tiempo para conseguirlo.

Con movimientos tranquilos e intencionados, Westin levantó la botella y bebió, y los músculos que se revelaron en su cuello hicieron que a ella se le secara la boca. Victoria no pasó por alto la amenaza implícita en las acciones de él.

A continuación, dejó la botella vacía en el filo de la mesa y se acercó a ella, abotonándose el abrigo antes de estrecharle la mano. Su palma ardía, pese a que su piel estaba fría y húmeda por el sudor. Su mirada estaba tan gélida como su mano. Victoria sabía que él trazaría un nuevo plan y regresaría.

Y ella estaría esperándolo.

Victoria volvió a acariciarle la palma de la mano con los dedos antes de soltarlo.

—Hasta pronto, Max.

Éste salió del Hotel St. John y maldijo con vehemencia. Apretando los dientes, trató de controlar la erección que amenazaba con abochornarle en mitad de la concurrida acera.

Victoria St. John causaría problemas.

Lo supo en el momento en que el Consejo lo convocó. Domesticar a los animales solitarios y salvajes era una tarea propia de hechiceros

menores y con menos experiencia. Al principio, aquella petición lo había sorprendido y, después, lo intrigó. Sin embargo, cuando conoció a su presa, lo comprendió.

Ladina y juguetona, Victoria se movía con la elegancia natural de los gatos. Su pelo corto y moreno y sus ojos verdes con el ángulo hacia arriba la convertían en una excitante tentación. Había visto su retrato cien veces y no había sentido más que una simple apreciación por un rostro bonito. No obstante, en persona, Victoria era arrolladora, llena de sensualidad y de ardor. Era un poco delgada para su gusto, más ágil que voluptuosa, pero aquellas piernas... Aquellas piernas imposiblemente largas... pronto estarían envolviéndole la cintura mientras él la acariciaría bien dentro con su pene. Sin embargo, no sería fácil. Ella se lo había dejado claro con su sonrisa.

Sabía quién era y lo que era, lo cual significaba que los rumores de su fuerza eran ciertos. No se trataba de un Familiar común.

Él negó con la cabeza. Darius había sido un estúpido. Los Familiares necesitaban la mano firme de un hechicero o se volvían salvajes. Victoria constituía un muy buen ejemplo. Se había mostrado ya demasiado salvaje al desafiar al Consejo Supremo a cada paso.

También lo había desafiado a *él*.

Tan intrigado como atraído, Max repasó mentalmente la información que había recopilado antes de ir a verla. Victoria era una de las figuras más prominentes de los de su especie, y sus inteligentes acuerdos comerciales la habían llevado de la franquicia de un hotel de carretera a poseer una de las más importantes cadenas de hoteles exclusivos del país. Hasta la muerte de su hechicero, había sido un apreciado miembro de la comunidad de magos. Su salvajismo desde el fallecimiento de Darius había reforzado la postura del Consejo de que era mejor que los apareamientos se realizaran a través de cálculos mentales que de líos amorosos. De todos modos, había ocasiones en las que había surgido el amor, como le había ocurrido a Victoria, pero era mucho menos frecuente si intervenía el Consejo.

Max dobló la esquina y entró en un callejón. Gracias a sus poderes, recorrió la distancia por toda la ciudad hasta su ático en un abrir y cerrar de ojos. Allí, empezó a dar vueltas sin parar sobre el suelo de cemento pulido, con los nervios de punta. No le cabía duda de que Victoria St. John había robado su propio collar. Habría sido imposible que lo hubiese hecho un humano.

El sistema de seguridad del museo era muy avanzado. Victoria lo había hecho consciente de que el descaro de ese acto haría que otro

Cazador fuera en su busca. El Consejo se esforzaba continuamente por mantener la existencia de su especie oculta para los humanos. Se tenía que poner fin al imprudente incumplimiento de las leyes que ella practicaba antes de que quedaran al descubierto.

Pero *¿por qué* estaba actuando así? Eso era lo que él no entendía. Debía haber una razón aparte del hecho de carecer de un hechicero. Era demasiado serena, demasiado calculadora. Sí, había que frenarla un poco, pero no estaba fuera de control. Antes de ponerla en libertad, estaba decidido a descubrir qué era lo que la motivaba.

Suspirando con fuerza, Max echó un vistazo alrededor de su casa, un amplio ático envuelto en silencio y conjuros de protección. Las paredes de color gris suave y los sofás oscuros y sin brazos habían sido tachados de fríos y áridos por alguno de sus subalternos, pero a él aquella decoración le parecía relajante, pues absorbía la energía del lugar y facilitaba la respiración. Habría sido más sencillo domesticarla ahí, donde tenía a su disposición todas las herramientas de su trabajo. Pero incluso al pensar en ello, se daba cuenta de que haría falta otra cosa para conseguir triunfar en lo que otros habían fracasado.

Para atrapar a Victoria sólo cabría un único intento. Su poder había aumentado en cierto sentido; se había sorprendido enormemente al sentir la carga que había en ella. Eso explicaba por qué había conseguido evitar que la capturaran durante todos esos años. Tendría que hacerse con ella, no sólo sexualmente, sino en todos los aspectos. Había que dominarla, lo mismo que a todos los Familiares buenos, pero tendría que conseguir que ella lo *deseara*. Tendría que someterse voluntariamente —en cuerpo y mente— para que apareciera el collar, pues sus poderes impedían que pudiera ser atrapada sin su consentimiento.

Mientras Max pensaba en todas las cosas que le haría, la magia le recorría la sangre con una oleada de calor. No podía negar que la idea de domesticarla lo llenaba de expectación. No por la tarea en sí, pues estaba acostumbrado a realizarla en sus horas libres, sino por la mujer sobre la que tendría que llevarla a cabo. La simple idea de conseguir la completa sumisión de Victoria hacía que cada músculo de su cuerpo se endureciera. Todo aquel fuego que había visto en sus ojos y su descuidada indiferencia a la propia fuerza de Max, no por ignorancia, sino por la excitación del juego. Por primera vez, existía una posibilidad remota de fracaso y esa presión le despertaba el deseo más que ninguna otra cosa.

Max se preguntó a quién la asignarían una vez que hubiese

terminado con ella. Victoria sería siempre más fuerte que otros Familiares y él se negaba a domarla. Un Familiar domado carecía de la vitalidad necesaria para ser verdaderamente útil.

Sintió un premonitorio cosquilleo en la nuca que le advertía de la llamada antes de que Ellos hablaran.

«¿Te has reunido con la salvaje?», preguntó el Consejo. Cientos de voces hablaban al unísono.

—No es ninguna salvaje —los corrigió él—. Aún no.

«No puede ser domesticada. Muchos lo han intentado. Muchos han fracasado.»

Él se quedó inmóvil, receloso.

—Me habéis pedido que la capture. A eso es a lo que accedí. No voy a matarla sin intentarlo antes. Si es un asesinato lo que queréis, tendréis que buscaros a otro.

«No hay ningún otro Cazador con tu poder —protestaron—. Ya lo sabes».

—Entonces, permitidme que intente salvarla. Es única. Sería un desperdicio perderla. —Max se pasó una mano por el cuello y lanzó un suspiro—. Haré lo que sea necesario llegado el caso.

«Aceptamos tu sugerencia.»

Debió haberse tranquilizado con aquello, pero no fue así.

—¿Habéis decidido adónde debo llevarla cuando la haya domesticado?

«Por supuesto.»

Apretó la mandíbula ante aquella vaga respuesta, un arranque del sentimiento de posesión no deseado pero que, sin embargo, allí estaba. La relación de dominación y sumisión era única en cada apareamiento y requería de una profunda confianza que no era fácil de conceder a otro individuo. Ésta sería la primera vez que él lo iba a intentar y no estaba seguro de cómo sentirse ante la idea.

—Entonces, marchaos. Dejadme planearlo.

Cuando la presencia evanescente del Consejo desapareció, sintió un fuerte deseo de llamar a Victoria con su poder y comenzar de inmediato la doma. Pero se templó. Aquel ímpetu era inoportuno y poco adecuado. Le encantaba cazar, disfrutaba con la doma, pero no era dado a la premura. Una buena dominación requería su tiempo, algo que la visita del Consejo le había dicho que no tenía. Como mucho, contaba con unas semanas.

Max gruñó cuando su miembro se le puso duro ante la expectativa. Varias semanas con Victoria.

Estaba listo para empezar.

Dos

Preocupada y nerviosa, Victoria retorcía con el dedo el collar de zafiros y diamantes que había robado en el museo y se preguntaba si finalmente había presionado demasiado al Consejo Supremo. Una pequeña investigación sobre Max Westin le había revelado que sus presas habituales no eran las de su especie, sino los Otros, los que se habían pasado a la magia negra y no podían ser redimidos. Él había conseguido salvar a miles destruyendo a los pocos que causaban estragos con su maldad.

Saber aquello la llenó de preocupación. ¿Se había convertido ahora en uno de esos Otros? Teniendo en cuenta que a Max rara vez lo enviaban en busca de algo que el Consejo no quisiera ver muerto, podría parecer que sí. El Cazador era una leyenda, un héroe, y estaba a punto de ser ascendido para entrar a formar parte del Consejo. Ella lo habría sabido de haber sido un miembro activo de su comunidad en lugar de una marginada, lo que hacía que se preguntara algo a lo que llevaba años tratando de responder: ¿su objetivo final era morir? ¿Deseaba ella en realidad la muerte ahora que Darius había fallecido? Era lo suficientemente fuerte como para librarse del collar, pero no tanto como para repeler a un hechicero con la considerable fuerza de Max. Y, sin embargo, ella había provocado deliberadamente que fuese a buscarla.

Preocupada por la dirección que habían tomado sus pensamientos, hizo lo que siempre hacía: concentrarse en la acción en lugar de en la reacción. Como no podía tener un mano a mano con Max y ganar, debería llegar a él de otra forma.

Debería seducirlo, lograr que sintiera cariño por ella. Estuvo segura de que hacer eso constituiría un golpe cruel para el Consejo. De hecho, aquello sería la venganza definitiva. El Consejo rara vez ascendía a nadie. Sin ir más lejos, el último en recibir ese honor había sido Darius y éste los había rechazado porque eso habría significado perderla a ella. Rehusó la seguridad de un cargo de mando distante y había

seguido siendo un soldado raso y Ellos lo castigaron con la más cruel de las misiones: lo llevaron a la muerte. Ella se aseguraría de que el Consejo se arrepintiera de ello.

Estaba deseando ponerse en marcha.

«¡Maldito sea Max Westin por ser tan testarudo!» Si hubiese ido a cenar, tal y como ella quería, ahora podría estar restregándose contra ese hermoso cuerpo masculino. Podría estar lamiéndole la piel, mordiéndole la carne, copulando con él hasta reventarlo.

Vengando a su amado Darius del único modo que sabía.

Max era el cazador perfecto con el que provocar al Consejo. Victoria podía imaginárselo fácilmente atado a su cama y postrado para darle placer. Toda esa musculatura ondulada y esa fuerza voluptuosa. El hechicero favorito del Consejo atrapado en su propia trampa.

Soltó un suspiro. El repentino remordimiento era demasiado perturbador. Victoria se puso de pie y se desabrochó los botones de la camisa de satén sin mangas de su pijama. Se disponía a cambiar a su forma felina cuando el sonido del timbre de la puerta la detuvo. Caminando sin prisa y sin hacer ruido por el suelo de madera dorada, olfateó el aire.

«Max.»

Aquel placer inesperado le calentó la sangre.

Abrió la puerta y, por un instante, se quedó sin habla. Vestido de Armani, Max Westin había estado demoledor. En esos momentos, vestido con unos vaqueros caídos y una camiseta ajustada y sus pies enfundados en unas sandalias de piel estaba... Estaba...

Ronroneó, y aquella suave vibración invadió el aire que había entre los dos con una exuberante promesa.

«Astuto cabrón.» Él sabía que el instinto natural de ella al ver sus pies desnudos sería el de cambiar de forma y restregarse contra ellos, rodeándole las piernas con una descarada muestra de su buena disposición. Luchando contra su propia naturaleza, Victoria levantó el brazo y se apoyó sobre el quicio de la puerta. La camisa se le abrió con aquella pose y mostró su vientre y la curvatura de la parte inferior de su pecho. Él lanzó una breve mirada para examinarla y, a continuación, la apartó suavemente a un lado, entrando en la casa como si tuviera todo el derecho de hacerlo.

Mientras caminaba hacia la cocina con una bolsa de papel de una tienda de comestibles en los brazos, las velas que ella había dispuesto por la habitación se encendieron a su paso. El equipo de música se

puso en marcha y emitió una disonancia de señal confusa hasta que se detuvo en una emisora de música clásica. El exquisito sonido de unos instrumentos de cuerda invadió la habitación y se elevó por los conductos de ventilación al descubierto de su moderno apartamento, preparando el escenario para lo que ella sabía que sería una noche memorable.

Lo siguió hasta la cocina, donde él dejó la bolsa sobre la encimera y empezó a sacar sus contenidos. Detrás de él, una cacerola se soltó por arte de magia de su enganche y se colocó sobre el fogón.

—El hechicero se muestra tal cual es —dijo ella en voz baja.

Max sonrió.

—Soy exactamente quien dije que era.

—Un investigador de fraudes en seguros. Le he investigado.

—He resuelto todos los casos.

—Eso tengo entendido —replicó ella secamente—. Está decidido a salvar al mundo de malhechores, ya sean mágicos o no.

—¿Tan malo es eso? —preguntó con cierto desafío—. Hubo una vez en que usted hizo lo mismo.

Sacó un bote de crema de leche orgánica y ella se lamió los labios. Perspicaz, como todos los Cazadores, Max atrajo con un movimiento de la mano un cuenco del armario y le sirvió una ración. Victoria se desabrochó el último botón de la camisa. Un momento después, tanto la camisa como los pantalones del pijama estaban sobre el suelo de mármol de la cocina. Esperó un segundo más, concediéndole a su invitado una rápida visión de lo que él podría disfrutar más tarde y, a continuación, cambió de forma. Con un fluido brinco de sus piernas felinas, Victoria dio un salto grande hasta la encimera de madera maciza y se agazapó sobre el cuenco.

Max le pasó la mano por su suave pelaje negro.

—Eres preciosa, gatita —rugió con su deliciosa voz.

Ella contestó con un ronroneo.

Mientras daba lengüetazos a la crema de leche, Victoria enrolló su cola alrededor de la muñeca de él. Su enorme mano hacía que ella pareciera más pequeña, pero se sintió segura con él, algo poco habitual tratándose de una Familiar sin collar junto a un hechicero al que le faltaba una guía.

Los Cazadores eran los más poderosos de los magos y no necesitaban el aumento de poderes que proporcionaban los Familiares. Mantenían limpio el mundo mágico, localizando a los desviados que se enfrentaban al dominio del Consejo Supremo y ocupándose de ellos.

Otros como ella.

Las despuntadas yemas de los dedos de él buscaron tras las orejas de ella el punto donde rascarle. Victoria se derritió sobre la encimera.

—Deja que acabe de preparar la cena —murmuró él—. Y después, jugaremos.

Max se apartó para ocuparse de los fogones y ella contuvo el deseo de ir tras él. Se quedó tumbada en la encimera con el mentón apoyado en sus patas, observando cómo los músculos de la parte superior de su espalda se flexionaban mientras cortaba las verduras y ponía el pescado al fuego. Mientras lo estudiaba, se fijó en su pelo de color ébano, que brillaba lleno de vida, y en la firme e imponente curva de su trasero. Suspiró.

Echaba de menos tener a un hombre fijo en su vida. Últimamente, la soledad parecía ser peor que nunca y culpaba al Consejo de ello. Deberían haber esperado a que un segundo apareamiento entre una bruja o un hechicero y un Familiar se hubiese unido a ellos en contra del Triunvirato, pero el Consejo no consiguió atemperar su entusiasmo. Darius no estaba dispuesto a fracasar en una tarea tan importante y perdió su vida para que pudieran triunfar. Y ella había perdido a su alma gemela.

Con enorme pesar en su corazón, Victoria saltó al suelo y rodeó los pies de Max, ronroneando y esponjándose para llamar su atención. Sorprendentemente, él estaba demasiado ocupado encargándose de ella como para tener sexo sin más. Demasiado ocupado cocinando para ella y relajándola con música y luz de velas.

El alma agotada de Victoria absorbió con avidez aquellas atenciones.

Moverse por la eternidad sin un compañero le estaba pasando factura. No podía salir con humanos y la habían desterrado de su comunidad. No había nadie que la esperara ni que se preocupara por ella.

Su trabajo la satisfacía y su éxito era fuente de verdadero orgullo, pero a menudo deseaba acurrucarse en el sofá con un hombre que la quisiera. Que la amara. Max no era ese hombre, pero sí que era el primero de todos los hechiceros que habían enviado tras ella que se tomaba su tiempo para cortejarla. Una parte de ella agradecía ese esfuerzo. La otra sabía que él tenía segundas intenciones.

Así que también ella le cortejaba a él, restregándose contra sus fuertes pantorrillas con suaves y tentadores ronroneos.

El camino hacia el fracaso empezaba así con todos sus Cazadores.

Les prometía placer con cada caricia contra sus piernas y sus feromonas perfumaban el aire hasta que ellos se volvían locos por tenerla. Gracias al don de Darius, era capaz de cambiar su olor pasando de uno de sumisión a otro de deseo carnal, un primitivo desafío ante la necesidad de todo Cazador de ser dominante. Prácticamente, un capote rojo ondeando ante un toro embravecido.

—No está tan mal —dijo Max con voz calmada y en un tono que hizo que la espalda de ella se arqueara de gozo—. Existe placer en la sumisión.

Resentida porque él permaneciera tan impasible, Victoria se apartó con la cola en alto y la cabeza levantada con orgullo.

Sumisión. Ella no estaba hecha para eso. Era demasiado tenaz, demasiado independiente como para ceder ante las exigencias de un hombre. Darius había sido consciente de ello. Lo había aceptado y había hecho excepciones por ella para que pudieran vivir en armonía.

Victoria cambió de forma y se tumbó en el sofá desnuda. Desde donde estaba en la cocina, Max sólo tenía que girarse para poder verla. Su autocontrol la inquietaba, lo mismo que la tranquila expresión de mando y la férrea determinación en aquellos ojos grises. No era un hombre que se dejara llevar por su pene.

Ella suspiró y esperó a que se acercara. Ningún hombre ni hechicero podía resistirse durante mucho tiempo a una mujer desnuda, tumbada y con ganas.

Inclinándose pesadamente sobre la encimera, Max se quedó mirando la tabla de cortar y suspiró con frustración. En ese momento, no deseaba otra cosa que enseñarle a aquella hermosa mujer desnuda que estaba en el sofá todas las cosas que podía hacerle. Las que podía hacer por ella. Necesitó mucho más control del que estaba acostumbrado a ejercer para no lanzar el cuchillo al fregadero y hacer exactamente eso. Un buen e intenso polvo la ayudaría a olvidar, por un momento, la pena que sentía en su interior.

Max cerró los ojos y se concentró en aquel leve asomo de tristeza. El vínculo entre Familiar y hechicero siempre empezaba con aquel diminuto toque de concienciación. Era pronto, demasiado pronto, para que apareciera esa conexión, pero allí estaba. Aún no era suficiente como para averiguar la causa de la infelicidad de ella, pero Max supo que no se trataba de una angustia reciente, sino de una pena que llevaba acarreando desde hacía tiempo.

Curiosamente, era aquel conocimiento más profundo de ella lo que ahora lo atraía más. Más que su belleza. El deseo provocado por la

ternura era una nueva sensación para él y la saboreó despacio, lo mismo que el primer sorbo de un buen vino. Suave y delicado, le calentó la sangre igual que lo habría hecho un licor.

Mientras continuaba cocinando, se aferró al tacto de su gatita, alimentando el vínculo que utilizaría para sacarla de su situación marginal y hacer que volviera al redil.

—La cena está lista —dijo un rato después.

Victoria alzó los ojos al cielo y se preguntó cómo podía Max mostrarse tan indiferente a su descarado ofrecimiento sexual.

—Quiero comer aquí —contestó malhumorada.

—Como prefieras —respondió él en tono relajado. Victoria oyó cómo retiraba una de las sillas de la mesa del comedor y, un momento después, el tintineo de los cubiertos sobre los platos. Boquiabierta, se incorporó.

—Hum… —La profunda expresión de placer de Max hizo que a ella se le pusiera la carne de gallina. Entonces, el delicioso olor a atún a la plancha con nata le llegó a las fosas nasales e hizo que le sonaran las tripas.

Se puso de pie y entró en la cocina con pisadas fuertes, donde encontró solamente un servicio de cubiertos, el que estaba delante de Max.

—¿Y yo qué? —espetó con las manos en las caderas y su sensibilidad felina herida.

—¿Ahora quieres cenar conmigo?

—Tenía intención de hacerlo.

Apartándose de la mesa, Max se puso de pie mostrando toda su estatura y empequeñeciéndola a ella, una diferencia que se hizo más evidente por la desnudez de Victoria. Le ofreció su silla y su aparente indiferencia ante el cuerpo desnudo de ella hizo que ésta apretara sus puños. Victoria se dejó caer en la silla con un audible suspiro. Aquello no era en absoluto lo que había planeado para pervertirlo.

Max cogió el tenedor de dientes largos. Pinchó un trozo del pescado casi crudo, lo mojó en la nata y lo acercó a los labios de ella. Sorprendida, levantó los ojos hacia él.

—Abre.

Antes de darse cuenta de que se trataba de una orden, separó los labios y aceptó el ofrecimiento. Diseñados para su paladar, aquellos sabores se mezclaron para convertirse en una delicia para sus sentidos. Max estaba de pie a su lado, con una mano sobre el respaldo de la silla, rodeándola mientras le preparaba otro mordisco. Sus ojos se

encontraron con una pregunta silenciosa.

—El deber de un hechicero es el de cuidar de su mascota.

—Yo no soy tu mascota. —«Pero, en cualquier caso, me parece maravilloso.»

—Por ahora, lo eres.

Odiaba reconocerlo, pero la seguridad inquebrantable de él la excitaba. Sus pequeños pechos se volvieron pesados, sensibles, y los pezones se le pusieron duros, deseosos de que él los acariciara. Amablemente, la mano de él se soltó del respaldo de la silla para colocarse sobre su excitada protuberancia. Victoria ahogó un grito ante aquella muestra inesperada de intimidad y Max le introdujo el siguiente trozo en la boca. Mientras ella masticaba despacio, saboreando aquella singular comida, los diestros dedos de él jugueteaban con su pezón.

—Someterse no es ser débil —canturreó él en un tono ronco e hipnótico—. No vas a ser menos mujer, gatita, sino mucho más.

Ella negó con la cabeza con fuerza a la vez que apretaba los muslos para tratar de controlar el intenso y profundo deseo que no quería sentir. Los suaves círculos y estirones de los dedos de Max sobre su pezón hicieron que la sangre le hirviera. A medida que la excitación de él crecía para ponerse a la altura de la de ella, su piel se calentó e invadió el aire con el ligero olor de su colonia. El prominente bulto de su erección quedaba a la altura de los ojos de ella, por lo que no pudo evitar mirarlo. El peligro inherente en el hecho de desearlo y la implacable arrogancia de Max la excitaban hasta tal punto que se puso a jadear en la silla. Arqueó la espalda sin poder evitarlo, suplicando más.

—Está en tu naturaleza —murmuró él con su boca en la oreja de ella—. El deseo de ser poseída. Quedarte sin capacidad de elección, de modo que lo único que tienes que hacer es sentir. Imagínate mis manos y mi boca sobre tus pechos... mis dedos, mi lengua y mi polla embistiendo entre tus piernas... Tu única obligación sería disfrutar del placer que puedo darte. Imagínate la libertad que hay en ello.

Libertad. Sumisión. Aquellas palabras no podían utilizarse juntas. Se excluían mutuamente, pero cada vez que Victoria abría la boca para replicarle, él se la llenaba de comida.

Max continuó dándole de comer y acariciándola hasta que ella empezó a retorcerse en su silla. Tenía la piel caliente y tensa y el sexo húmedo y cremoso. Max lo sabía todo de ella. Habría estudiado exhaustivamente a los Familiares y a ella en especial. Su misión era

cazar a aquellos que desafiaban al Consejo. Sabía que los Familiares ansiaban ser acariciados y estar bien alimentados. Su manera de acercarse a ella había sido inusual y, por tanto, la había pillado desprevenida. Normalmente trataban de someterla copulando con ella, no a través de los mimos.

Enseguida, sintió el vientre lleno, lo cual normalmente la adormilaba. Pero esa noche no. El deseo ardiente de sus venas le impedía echarse una siesta. Pero, aun así, se sentía lánguida. Flexible. Max la levantó y la llevó al dormitorio, y ella fue incapaz de protestar. Deseaba sentirlo dentro de ella tanto como respirar. Y, sin embargo, no era estúpida. Con una palabra pronunciada suavemente, Victoria le anuló los poderes.

Con su sonrisa, Max le hizo saber que había notado lo que había hecho. No se trataba de una sonrisa cualquiera, sino de una que prometía que Victoria pagaría por ello.

Aquello no hizo más que ponerla más caliente.

Max la dejó de pie y le giró la cara para apartarla de la suya. La expectación la recorrió por la espalda, haciendo que sintiera un escalofrío y que su respiración se volviera superficial. La agarró de manera firme e irrefutable de la nuca y la empujó hacia delante hasta que ella se dobló por la cintura, con la cara hacia abajo, en la cama.

—¿Max?

Al apartarse, él le mordió en el hombro a modo de seductor presagio y antes de que ella pudiera pestañear, tenía las manos atadas por detrás.

—¿Qué demonios...? —El corazón se le aceleró con algo cercano al pánico. No podía creer que él hubiese actuado con tanta rapidez. Nunca la habían atado. La repentina sensación de desamparo le recordó el modo en que se sintió cuando Darius estaba en medio de remolinos de magia mortales y ella sólo podía mirar, inútil—. ¡No! —Victoria se removió de forma incontrolada.

—Calla, gatita. —Echó su enorme cuerpo sobre el de ella, una manta física y caliente. Con las manos a cada lado de la cabeza de Victoria, rozó su nariz con la de ella y su voz sonó más áspera de lo habitual—: No voy a hacerte daño. Nunca.

—Yo... Tú...

—No puedes anular mis poderes —murmuró—. Eres fuerte, pero no tanto.

—No me gusta esto, Max. —Su voz era un susurro lastimero.

Entonces, una de las manos de él se levantó del colchón. Ella sintió

cómo le rozaba la curva del trasero justo antes de oír el lento sonido de su cremallera bajándose. Para su sorpresa, la excitación, que había desaparecido, volvió a cobrar vida.

—Estás muy tensa. —Con la lengua le trazó un camino lento y húmedo a lo largo de la espalda—. Lo único que tienes que hacer es tumbarte ahí y correrte.

De repente, ella no podía ver. Tenía la visión bloqueada por algún hechizo que le había lanzado. Victoria se quedó completamente inmóvil, con la respiración retenida en la garganta. Nunca se había sentido tan completamente a merced de otra persona.

Entre sus piernas sentía el ansia de una excitación que la hacía retorcerse. A pesar de lo que la mente le decía, no podía controlar su naturaleza instintiva.

—Ya estás lista. —Los dedos de él la acariciaban entre las piernas y se deslizaban por la cremosa evidencia de lo excitada que estaba—. Debe de ser agotador estar todo el tiempo luchando contra una misma.

—Que te follen —espetó ella. Aunque el tono de Max era desapasionado y nada engreído, ella se sentía reprimida. Contenida.

«Dominada.»

—Lo cierto es que va a ser a ti a quien voy a follar. Y vas a confiar en mí lo suficiente como para disfrutarlo.

—No puedo confiar en ti. No te conozco. Sólo sé lo que quieres, que es exactamente lo contrario a lo que yo quiero.

—¿Ah, sí? —preguntó él en tono paciente—. Me conocerás cuando haya terminado. Empezaremos por el sexo y seguiremos avanzando.

—Qué original —bufó Victoria.

Él se detuvo y ella supo que se había anotado un tanto. Pensó que aquello sería el final.

Entonces, sintió contra la parte posterior de sus piernas la aspereza de los vaqueros de él.

—¿No te vas a desvestir? —susurró ella, con sus sentidos ya intensos ahora dolorosamente agudos por la ceguera.

—No.

Una palabra. Sin explicaciones. Forcejeó pero quedó inmovilizada por el caliente y ancho prepucio de su miembro rozándose contra su clítoris.

—Abre más las piernas, Victoria.

No se movió. No pensaba ayudar a que la domesticara ese cabrón engreído.

Él se introdujo dentro de ella, obligando a que sus resbaladizos

tejidos se abrieran para él, a que lo aceptara. Sólo un par de centímetros. Después, se salió. Restregando el extremo, ahora cremoso, contra ella, Max la provocó y, a continuación, volvió a entrar con fuerza. Sólo dos centímetros. Ella enterró la cabeza en el edredón y gimió mientras su sexo daba espasmos tratando de absorberlo hacia donde lo necesitaba.

—Si abres las piernas tendrás lo que deseas.

Victoria levantó la cabeza.

—Quiero atarte a la cama para poder torturarte yo. No al revés.

La risa estruendosa de él la hizo estremecer. Lo cierto era que, por mucho que Max dijera o hiciera, él la atraía.

—Pero no ibas a disfrutar con eso tanto como con esto.

—A la mierda tus juegos, Max. ¿No podemos limitarnos a follar?

—Quiero follarte así, quiero que estés doblada así.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero? —se quejó ella.

—Tú quieres lo mismo, gatita. Sólo que desearías que no fuera así. De esta forma estás muy apretada. Tu coño es como un puño de terciopelo. Voy a tener que esforzarme para meterme dentro de ti...

Max esperó con la misma paciencia calculada que había mostrado desde que la vio y, durante todo el tiempo, el glande de su falo le acariciaba la boca de la vagina como una tentación silenciosa. El cuerpo traicionero de ella lo atrajo hacia sí con un suave estremecimiento. Estaba húmeda y caliente, más que dispuesta.

Pensó brevemente en cambiar de idea y apartarse, pero entonces no tendría sexo con Max, y no estaba dispuesta a renunciar a ello. Así que, tragándose su orgullo, Victoria adoptó una postura más abierta. Ya se vengaría de él más tarde.

Inmediatamente, él se metió dentro de ella, bien profundo y, después, aún más, hasta que no pudo respirar ni pensar, con cada parte de su cuerpo concentrada en el grueso y palpitante pene que la invadía por completo.

Jadeando, su espalda se arqueó mientras las uñas cortas de él le arañaban ligeramente las caderas. Max se inclinó sobre ella. La dominó. Mientras su vientre marcado tocaba las manos atadas de Victoria, ésta sintió su húmedo sudor a través de la camiseta.

El hechicero no estaba tan controlado como parecía.

Haciendo uso del poco poder que le quedaba, lo agarró de la camiseta y lo atrajo hacia ella.

Con las manos sobre el colchón para soportar su peso, Max empezó a poseerla con largas y profundas embestidas. El ángulo de su

penetración la acariciaba por dentro con una presión tentadora y modificó sus lances, frotándola por arriba y, después, por abajo, con un experto masaje interior.

Fue despacio y muy calmado, bombeando su cadera con un ritmo medido y calibrado. Sin poder ver, ella se imaginó cómo debía estar siendo, con Max completamente vestido, apretando el culo y aflojándolo mientras tenía trato carnal con el cuerpo amarrado de ella. Se estremeció y empezó a ronronear. Él respondió con un gruñido y la vibración atravesó todo su cuerpo hasta llegar a su miembro tieso.

—¿Te sientes débil? —preguntó con su voz gutural y tentadora—. ¿Te sientes inferior porque tu cuerpo está al servicio de mi placer y no del tuyo?

Ella quería replicarle, discutir, pelear, pero no podía. Le gustaba demasiado no estar haciendo otra cosa que recibir lo que él le estaba dando. Al fin y al cabo, era una gata, perezosa por naturaleza.

—Sumisa por naturaleza —la corrigió él. Movió una mano para agarrarle el muslo y abrirlo más para poder penetrarla más adentro. Ahora, cada zambullida de su falo le llevaba sus testículos apretados y pesados hasta el clítoris.

«Me ha leído el pensamiento», reflexionó Victoria con la parte de su cerebro que aún seguía funcionando.

La domesticación había comenzado.

Con un suave siseo, ella lo apretó. Él maldijo en voz baja y se estremeció, viéndose traicionado por su cuerpo.

De repente, Victoria comprendió que él estaba tan indefenso como ella. Había intentado utilizar su cuerpo para seducirlo y él había sucumbido. A pesar del control externo que mostraba, Max había empezado la velada con un acercamiento completamente distinto y había pasado a un evidente deseo. Incluso ahora, sus dedos le arañaban las caderas, sus piernas se apretaban contra las de ella y su respiración fatigosa sonaba con fuerza en la habitación.

Al darse cuenta de que no se encontraba sola en aquella inesperada fascinación física, se relajó y se hundió en la cama con un gemido. No fue una rendición, sino un punto muerto.

La boca de Victoria se curvó con una sonrisa gatuna.

Tres

Max se llevó la taza de café a los labios y miró por la ventana hacia el Hotel St. John que estaba justo en la acera de enfrente. Respiraba profundamente y de forma regular, con los pensamientos plenamente centrados en despejar su mente. La excitación y la expectación le recorrían las venas y se esforzó a conciencia por moderarlas.

Control. ¿Dónde estaba? No tenía duda de que cuando estaba con Victoria era el deseo lo que lo impulsaba, no su misión.

Su gatita era una tigresa que se movía sinuosamente en la cama, arañaba y mordía con una pasión desenfrenada. Atarla al cabecero de metal había sido un placer necesario. Y lo había repetido a menudo en las dos últimas semanas.

«No me gusta esto, Max», había dicho ella cada una de las veces. Pero presionaba sus pezones con fuerza contra la lengua de él, y Max sabía la verdad. Ella se estremecía, maldecía, se retorcía y ver aquello siempre le excitaba tanto que tenía que apretar bien los dientes para contener su deseo. Después, Max se rendía y le hacía el amor durante horas, hasta más allá del agotamiento, abandonando su misión a favor de un placer abrumador.

Y el Consejo lo sabía.

«Tu falta de avances nos desagrada», se habían quejado apenas una hora antes.

—Me habéis concedido muy poco tiempo —replicó él.

«Creemos que nunca habrá tiempo suficiente para domesticar a esa salvaje. Es imposible someterla a rehabilitación.»

—No es así —contestó con un fuerte suspiro—. Nunca antes me habéis metido tanta prisa y éste es el caso más difícil que me habéis dado nunca.

«Han pasado décadas. Nuestra paciencia tiene un límite.»

Max se apartó tanto de la ventana como de aquel recuerdo; maldiciendo en voz baja, cogió su abrigo y salió de la cafetería. El tiempo se había agotado. No podía fallar en esto. El fracaso le costaría

más que la pérdida de su orgullo. Le costaría la vida a Victoria.

Cruzó la concurrida calle y entró en el St. John por la puerta giratoria, esperando a estar en medio de la rotación antes de usar sus poderes para subir a la planta de arriba, donde Victoria trabajaba intensamente. La idea de verla ocupada en su mesa hizo que el pene se le pusiera duro. Adoraba a las mujeres inteligentes y Victoria era más astuta que la mayoría. También era más dura que una piedra.

La única vez que podía ser realmente vulnerable era cuando estaba al borde del orgasmo, así que él la mantenía ahí una y otra vez, absorbiendo el repentino flujo de sus pensamientos y recuerdos, sintiendo el amor que antes había sentido por Darius y la dolorosa tristeza por la pérdida. Aquellos destellos de su alma siempre hacían que él llegara al clímax, pues la sensación de conexión era tan profunda que se quedaba sin respiración.

Apretó los dientes mientras la verga se le hinchaba más. Desde que la había conocido, se había corrido más veces de lo que habría pensado que era posible. Era por eso por lo que había hecho tan pocos avances. Una buena domesticación requería control por parte del Cazador. Debería haber buscado desahogo en otra parte para calmar su deseo, pero ninguna otra mujer le atraía.

—Buenas tardes, señor Westin —le saludó la recepcionista con una sonrisa insinuante.

Con un chasquido de dedos, no recordaría la visita de Max y su memoria quedaría limpia en un abrir y cerrar de ojos. Lo único que sabría era que su jefa estaba demasiado ocupada como para que la molestaran, que tomaría los mensajes e impediría que entraran visitas hasta que le dijera lo contrario.

Max entró en la guarida de Victoria sin llamar, poniendo en marcha un encanto sencillo que evitaba que cualquiera que pasara viera lo que hacían a través de la pared de cristal del despacho.

Ella levantó la vista, arqueó una ceja y dejó el bolígrafo en la mesa.

—Max.

Su nombre. Una palabra. Con aquel suave ronroneo, constituía un afrodisíaco y él no era todo lo inmune que debería.

—Hola, gatita. —Sonrió al notar cómo se estremecía ella. Tampoco ella era inmune.

—Estoy ocupada.

—Estás a punto de estarlo —confirmó él apartando a un lado su café y haciendo aparecer en la mesa una caja hermosamente envuelta.

La boca de ella se curvó con una sonrisa sensual que hizo que la sangre de Max se calentara.

—¿Un regalo? Qué encantador.

Sus largos y elegantes dedos tiraron del lazo tornasolado de color lavanda y arrancaron el envoltorio azul marino. En el interior había una ornamentada caja de madera. Él vio cómo la yema de su índice recorría la frase que había tallada en ella: «Sólo dentro de mis cadenas conocerás de verdad la libertad».

Victoria no dijo nada, pero él la observó con ojos de Cazador y se dio cuenta de la repentina erección de sus pezones por debajo de su blusa de seda blanca. Ella levantó la mano para llamar su atención sosteniendo en alto un juego de pinzas para pezones unidas por una delicada cadena de oro.

—Me preguntaba cuándo tenías pensado pasar a los juguetes —dijo ella un poco entrecortadamente—. Has esperado más tiempo que la mayoría.

La insinuación de que él no era especial, simplemente otro más en una larga cadena de incordios, lo provocó. Un aire que se arremolinaba furiosamente invadió la habitación, haciendo que los papeles de la mesa salieran desparramados y lanzando a Victoria hacia atrás. Max se acercó a ella con los ojos entrecerrados y su mano abierta se cerró en un puño, lo que hizo que ella se detuviera de pronto a escasos dos centímetros de la ventana.

Ella tenía sus ojos verdes abiertos como platos, de sus labios separados salía una respiración jadeante y el pecho se le movía con lo que parecía ser miedo. Él, sin embargo, sabía que se trataba de una intensa excitación. Podía sentirla en sus pensamientos y su vínculo crecía con cada momento que pasaban juntos. La explosión de poder que había en el interior de ella, una esmerada combinación de magia e intensificación de su condición de Familiar, hizo que Max lanzara un fuerte gruñido con su propio y abrumador deseo. Jamás en su vida se había sentido así por una mujer. Era casi como si hubiese encontrado el ajuste perfecto de una pieza de rompecabezas. En las yemas de sus dedos sintió el picor de la magia que le recorría el cuerpo, una magia que se fortalecía con su proximidad a Victoria.

—Gatita —gruñó con las manos extendidas hacia ella. Se las introdujo entre su pelo corto y la empujó contra el cristal, haciendo que sus pies quedaran suspendidos unos centímetros por encima del suelo. Los ojos de ambos quedaron al mismo nivel.

Ronroneó y rozó su nariz contra la de él, que sintió el frío de sus

pendientes de aro plateados acariciándole la mejilla y, a continuación, volviéndose demasiado calientes. Dio un paso atrás e hizo que con sus poderes ella quedara clavada a la vista panorámica de la ciudad que tenía detrás. Los brazos de Victoria quedaron inmóviles junto a su cabeza y sus pechos se impulsaban lascivamente hacia él con una pose sumisa. Sólo allí, en la sede de su influencia empresarial, podría ser posible una verdadera domesticación. Victoria era quien mandaba allí. Hasta que llegó él.

Ésa era la lección que debía enseñarle.

Mientras él se llevaba las manos hacia los botones de la camisa para desabrocharlos, la magia imitó sus movimientos con la blusa de Victoria. Max sonrió al sentir cómo se aflojaba su cinturón, encantado al ver la iniciativa de ella para ejercer su propio poder para desnudarlo.

—¿Un polvo rápido de mediodía? —murmuró ella antes de relamerse los labios.

—Un polvo de toda la tarde —la corrigió él moviendo los hombros para quitarse la camisa.

—Eres insaciable.

—Y a ti te encanta.

Max vio con excitada expectación cómo el sujetador se desabrochaba con un chasquido entre los pechos y, después, se abría. Las pinzas para los pezones se levantaron del suelo y, a continuación, se colocaron en su lugar; la reacción de ella a la repentina presión fue un ligero siseo que salió de entre sus dientes apretados. La visión de aquellos pechos pálidos y firmes rematados con unos pezones hinchados y enrojecidos y la fina cadena hicieron necesaria la liberación de su falo de su confinamiento.

—Oh, Max —ronroneó ella moviéndose sinuosamente contra la ventana mientras él dejaba caer sus pantalones—. Qué polla tan grande tienes.

Él le respondió con su mejor sonrisa lobuna, disfrutando de su tono juguetón, pese a estar tan indefensa.

—Es para follarte mejor, querida.

La cremallera lateral de su estrecha falda se bajó y, después, cayó sobre la moqueta del suelo junto con el tanga de encaje negro y los tacones de aguja.

—Después de follarte con esto —continuó él haciendo aparecer en su mano abierta el resto de los contenidos de la caja.

Victoria tragó saliva al verle en la mano el consolador ligeramente

curvado. Era largo y grueso, parecido en el tamaño, la forma y el color al miembro de Max. Lo lubricó generosamente sin apartar en ningún momento sus ojos de los de ella.

—No quiero esa cosa —dijo ella con un mohín—. Te quiero a ti.

Max vaciló un momento al oír sus palabras y, después, se acercó rápidamente, tomando su boca con profunda ansia, distrayéndola del vínculo cada vez más intenso que había entre ellos.

«Te quiero a ti.» Unas palabras muy sencillas pero, para ella, las palabras suponían un riesgo. No eran para nada la «necesidad» que se requería para hacer aparecer el collar, pero eran casi suficientes para provocar dentro de él un estímulo. No debía sentir otra cosa más que triunfo al oír esas palabras, pero no fue así. Sintió mucho más.

Aquello era lo que él había estado esperando, el resultado que él tenía la intención de alcanzar, pero no había esperado que ocurriera tan deprisa. Había estado seguro de que primero tendría que volverla loca. No podía hacerlo mientras estaba dentro de ella, como había hecho con todas las demás Familiares a las que había domesticado. Cuando estaba conectado a Victoria, el Consejo desaparecía de su mente, dejándolos a los dos perdidos el uno en el otro. Lo único que le importaba eran sus propias necesidades y el Consejo podía irse al infierno.

Mientras inhalaba profundamente el olor de Victoria, apretó los párpados. Su pecho se movía pesadamente contra el de ella, y deslizaba los dedos entre sus piernas para acariciarle el clítoris. Se sentía posesivo y necesitado. Dios, desde que la había dejado esa mañana había estado deseándola. Sólo unas horas separados. Demasiado tiempo. Consciente de que su tiempo juntos era limitado, codiciaba cada momento y odiaba compartirla con el trabajo o con cualquier otra persona.

Irreverente, descarada y traviesa, Victoria era un gato de los pies a la cabeza. Lo confortaba tanto como le instigaba, una dicotomía que le satisfacía en todos los aspectos.

Y la estaba preparando para una eternidad con otro hombre.

Saber aquello le hizo sentir una dolorosa presión en la mandíbula y en el pecho. Apartó de su mente ese pensamiento y se concentró en el presente. Al menos, seguiría viva. Si tenía que perderla, mejor que fuera por otro hechicero que por su muerte.

Gimiendo contra la boca de él mientras le acariciaba su vagina resbaladiza, Victoria trató de retorcerse, pero no pudo luchar contra la fuerza que la sujetaba.

—Max —susurró sobre su boca—. Déjame acariciarte.

Él negó con la cabeza, pues no estaba dispuesto a romper aquel beso.

—¡Quiero tocarte, maldita sea! —Apartó la boca con brusquedad.

—Deberías querer lo que quiero *yo*. —La voz de él sonaba ronca, áspera—. Mi placer es el tuyo. Mi deseo es el tuyo.

—¿Tu necesidad es también la mía? —le preguntó Victoria en voz baja mirando fijamente al hombre que tenía delante. Oyó cómo Max rechinaba los dientes como reacción a su pregunta y sus manos la soltaron.

Había en su seducción un apremio que no había visto antes. Ir a verla durante el día, cuando iban a verse pocas horas después...

Victoria tomó aire con fuerza. ¿Con qué frecuencia se había sorprendido a sí misma fantaseando con él, reviviendo escenas de la larga noche de antes? Cocinaba para ella cada noche y le daba de comer de su mano. Se duchaba con ella y le lavaba el pelo. Había también momentos duros además de los tiernos. Momentos de fuerte pasión, como cuando él había atravesado la puerta de su casa y la había arrastrado por el suelo, saludándola con gritos guturales y propinándole embestidas de su preciosa verga bien dentro de ella. Nunca pedía permiso. Cogía lo que quería como si tuviera derecho a hacer uso de su cuerpo.

Sus atenciones la habían seducido, recordándole la íntima conexión que había entre hechiceros y Familiares. Pero la mujer que había en ella también había quedado cautivada. Ejercía un gran poder en su vida humana. Era la responsable de los miles de empleados que trabajaban a sus órdenes. Encontraba alivio y placer en verse completamente bajo la custodia dominante de Max. Darius la había tratado como a una igual. Max nunca permitía que olvidara que era él quien tenía el poder.

Pero ahora sus palabras le habían traicionado, revelando el profundo cariño que sentía por ella.

«Deberías querer lo que tu Dueño quiere. Su placer es el tuyo. Su deseo es el tuyo. Su necesidad es la tuya.»

Pero Max se había incluido a sí mismo como su Dueño. Y la necesidad de aceptarlo era casi abrumadora.

Cuando estaba con él, la inquietud que la había invadido durante tanto tiempo quedaba enormemente mitigada. No estaba sola cuando estaba con Max. Aparte de Darius, él era el único hombre que la había hecho sentir así. Había ganado peso, cosa que necesitaba, disfrutando

de compartir sus comidas y su vida con alguien que deseaba que ella fuera feliz. Y lo era, porque él se aseguraba de ello. Sí, el aspecto más importante de su relación era que Max quedara satisfecho, pero lo que le satisfacía era darle placer a ella.

Victoria lo observaba con cautela mientras él se acercaba. El consolador, que relucía con el lubricante, apuntaba directamente hacia la unión entre sus piernas. Max se inclinó hacia delante y le lamió los labios.

—Ábrete, gatita.

Ella lo desafió amotinándose.

—Oblígame.

Con una ligera sacudida de la mano, la magia le separó las piernas. Victoria se corrió y se ablandó aún más. Una parte traicionera de su acervo saboreaba aquella domesticación, consciente de que iba a ser complacida mucho más de lo que podría soportar y que no tenía que hacer nada en absoluto.

—Mira cómo te has puesto de húmeda —la elogió, frotando la suave punta arriba y abajo por su empapada hendidura—. Te encanta meterte una polla dura —susurró presionando la boca contra la oreja de ella.

—Me encanta meterme *tu* polla dura —jadeó ella apretando sus genitales con fuerza para tratar de atrapar el grueso glande que le estaba tentando su abertura.

—Primero, vamos a jugar —murmuró deslizando el consolador un par de centímetros dentro de ella. Victoria trató de girar la cadera para bajar sobre él, pero no pudo.

—¡Max!

—Calla. Yo te lo daré. —Con hábiles giros de muñeca, lo bombeó suavemente, abriéndose paso dentro de ella, agarrando con la otra mano la cadena que tenía entre los pechos y tirando de ella con delicadeza. Un profundo deseo apareció dentro de sus pechos extendiéndose por su torso y haciéndola gritar—. Tranquila —canturreó él mientras embestía suavemente y se lo metía por fin hasta el fondo con impresionante pericia.

Ella lo miró a los ojos tratando de comprender por qué estaba tomándola de ese modo y qué era lo que quería de ella para poder dárselo. Después, se rindió, fue cerrando los ojos y su cuerpo se estremeció de placer mientras él la poseía con largas y delicadas caricias.

—Por favor —susurró ella apretando su caliente mejilla contra el

frío cristal.

—Por favor, ¿qué? —Pasó la lengua por la contraída punta de un torturado pezón y, después, cerró la boca alrededor de él y de la pinza, chupando al ritmo del movimiento que hacía entre sus muslos.

—Te deseo.

Max le soltó el pecho y aumentó el ritmo. Las caderas de ella se mecían todo lo que podían, con gritos desesperados, el clítoris estaba hinchado y palpitaba por la ligera caricia que la llevaría al orgasmo. En su interior, la sensación del ancho y grande prepucio acariciándole las paredes de la vagina, le hacía girar la cabeza de un lado a otro, la única parte de su cuerpo que se le permitía mover.

Él lanzó un gruñido y se inclinó sobre ella, su piel cubierta por una fina capa de sudor. Le lamió con la lengua el lóbulo de la oreja y, después, embistió.

—¿No me deseas, Max? —jadeó ella, muriéndose por la necesidad de llegar al orgasmo, de moverse, de tener algo más que un pene falso.

—Me vuelves loco. —Apoyó la frente húmeda contra la mejilla de ella.

—¿Eso es un sí?

Si lo era... si él sentía la misma conexión... ¿Qué no daría ella por encontrar el amor por segunda vez? Puede que, al final, no fuera con Max, pero aquello era lo más cerca que había estado de esa emoción durante más de dos siglos.

De repente, la mano de él estaba en su cuello, su boca sobre la de ella, sus rodillas apuntaladas contra la ventana para soportar los movimientos de su mano.

«Dame lo que quiero.»

La unión de sus pensamientos con los de ella era el único estímulo que Victoria necesitaba. Una parte de la doma consistía en la capacidad de él de leerle la mente, pero para ella, el hecho de conocer la de él implicaba que la conexión fluía en ambos sentidos.

La tensión desapareció del cuerpo de ella. Su sexo empezó a moverse con espasmos de deseo, apretándose con avidez ante lo que *necesitaba*...

—Por favor —susurró, deseando poder abrazarse a él—. Te necesito.

Max inclinó hacia atrás la cabeza de Victoria un instante antes de que apareciera el collar. El fino lazo negro parecía inofensivo, pero la amarraba con más fuerza de lo que podrían hacerlo nunca unas cadenas. Desaparecería cuando se emparejara con un hechicero, se

convertiría en parte de ella, lo mismo que lo haría su nuevo dueño.

La visión del collar y la sumisión que ello implicaba hizo que el semen goteara de la punta del palpitante falo de Max y que cada célula de su cuerpo se encendiera de triunfo masculino. Sacó de un tirón el consolador y lo tiró al suelo, liberando a Victoria de su hechizo, envolviendo su cuerpo dispuesto y sin fuerzas con un abrazo protector.

Max había estado a punto de rendirse de tanto como la había deseado. Sentir cómo su cuerpo se aferraba a él, hambrienta de él, le había vuelto loco. Lo único que le contuvo fue su preocupación por ella. Si no conseguía sacarla de su situación, Ellos la matarían. Y eso acabaría con él.

Apretándola con fuerza, Max usó sus poderes para llevarlos a casa —a la de él—. Allí, la dejó delicadamente sobre su cama cubierta de terciopelo y, después, le agarró la pierna para abrirla. La visión de los relucientes labios vaginales y del diminuto órgano hizo que los testículos se le levantaran. Al mirarla a los ojos sintió un dolor en el corazón.

Horas. Eso era lo único que les quedaba.

Se subió sobre ella, admirando las nuevas curvas que había adquirido con sus cuidadosas atenciones. Con sus cuidados, ella había perdido los signos de la dejadez. Mientras la agarraba de una de sus muñecas y se la pasaba por encima de la cabeza, no apartó los ojos de ella, utilizando la magia para tirar de la cuerda de terciopelo del pilar de la cama y atarla.

—Max. —Un susurro, sólo eso, mientras ella levantaba el otro brazo sin prisas y hacía uso de sus propias portentosas facultades para contenerse.

Victoria era la mujer más poderosa que él había conocido nunca, tanto en su mundo como en el que compartían con los humanos. El sometimiento de ese poder a sus exigencias era un regalo de tal magnitud que le sobrecogía.

Su gatita. *Suya.*

Después, la tomó con un embiste rápido y seguro que los unió de una manera tan estrecha que no quedaba ninguna separación. Un sonido seco salió de su garganta y ella se corrió al instante, succionando su miembro entre oleadas de placer, tentándolo para que se corriera dentro de ella con fuertes y virulentos chorros. Apretando el cuerpo tembloroso de ella contra el suyo, Max bombeó suavemente, vaciando su semilla mientras prolongaba el placer de Victoria,

absorbiendo sus gritos con verdadera pasión.

Después, entrelazó sus dedos con los de ella y cabalgó de nuevo sobre su cuerpo amarrado. Más fuerte esta vez, liberando su pasión con una conquista brutal, azotando con sus caderas las de ella, hundiendo hasta el fondo su pene.

Victoria acogió su deseo con gran belleza, con la voz ronca y sus palabras apenas audibles por encima de los fatigosos gemidos de él.

—*Sí... sí... sí...*

Asimilando todo lo que él era, abriéndose como una flor debajo de él, exuberante ante tal promesa. Los lugares en los que podría tomarla, las cosas que podría enseñarle, la libertad que podría darle...

Pero se trataba de un Cazador dispuesto a entrar en el Consejo, y Ellos no conservaban a los Familiares.

Así que Max tomó lo que pudo, moviendo la lengua y los labios sobre su pecho, valiéndose de ella con ansiosos tirones, mordisqueando el duro pezón contra el cielo de su boca. La sujetaba con las manos y la mantenía inmóvil para la constante subida y bajada de sus caderas, provocándola con su falo para llevarla a un placer infinito, sin darle descanso alguno, temiendo dejar de tocarla. Temiendo perderla.

«Conservarla.»

La compulsión llegó de una forma tan inesperada que el ritmo se le quebró y le dejó en suspenso en el punto más profundo de una zambullida, con su miembro escaldado en el caliente abrazo de su sexo.

—¡No! —exclamó ella retorciéndose debajo de él—. No pares. Por favor...

¿Cómo iba a abandonarla? Ella había sacrificado la vida que se había construido para entrar en la de él.

Max haría lo mismo por ella. *Tenía* que hacer lo mismo por ella.

—Nunca —gruñó él apretándola contra su cuerpo, e insistió en su afirmación presionando su mejilla enrojecida contra la de ella—. No voy a parar nunca. Eres mía. *Mía.*

Victoria cogió la túnica negra que los Familiares llevaban cuando iban a ver al Consejo y se vistió en silencio. Había conservado aquella vestimenta durante todos esos años, guardándola para el día en que tuviera que enfrentarse a Ellos y vengarse. En esos momentos se la estaba poniendo con otro objetivo en mente.

Mientras se preparaba para salir, no apartó ni un instante los ojos de la silueta que dormía en la cama. El poderoso cuerpo de Max estaba tumbado boca abajo y las sábanas de satén rojo le cubrían la parte baja de la cadera. Precioso.

Deseó tocarlo, despertarlo, mirarse en aquellos ojos de plata fundida por última vez.

Qué peligroso era, incluso dormido.

Las lágrimas le caían descontroladas.

Perdido en ella, la mente de Max había bajado la guardia, sus pensamientos y sentimientos fluían hacia el interior de ella en un torrente arrasador de deseo y cariño. Estaba dispuesto a dejar todo aquello por lo que había trabajado con tal de conservarla, y ella no podía permitir que lo hiciera.

No podía perderlo como había perdido a Darius. El Consejo se pondría furioso al ser boicoteado por segunda vez. Su rencor ya le había costado a ella un amor. Victoria se negaba a permitir que le pasara otra vez.

Mejor perderle por una vida lejos de ella que por la muerte.

Así que se tapó la boca para reprimir su dolor y lo dejó.

Cuatro

En el momento en que Max se despertó de las profundidades del puro agotamiento físico, supo que ella se había ido. La conexión entre los dos era tal que había sentido a Victoria dentro de él desde que había aparecido el collar. Ahora, el calor que ella le daba ya no estaba y le había dejado frío.

Pero no estaba solo.

«Una vez más, has superado nuestras expectativas» —dijo el Consejo en un tono teñido de satisfacción—. El Familiar ha vuelto al rebaño, un resultado que, según ella, no habría sido posible sin tu poder y pericia. Estamos encantados.»

Max se dio la vuelta para salir de la cama y se puso unos pantalones holgados mientras el corazón le palpitaba con fuerza, casi con pánico.

—¿Dónde está?

«Preparándose para la ceremonia de unión».

—*¿Qué?* —Se detuvo y echó un vistazo al reloj que había junto a su cama con los puños apretados. Dos horas antes había tenido todo su miembro dentro de ella. ¿Y ahora iba unirse a otro hombre?—. ¿A qué viene tanta maldita prisa? ¡Acabo de ponerle el collar! La formación aún no ha terminado.

¿Cómo podía ella hacer algo así?

Una rabia cegadora le recorrió el cuerpo.

«Nos ha parecido que lo más seguro y efectivo era emparejarla rápidamente. Su hechicero la formará a su gusto.»

—¿Quién es?

«Hemos elegido a Gabriel. Era el único hechicero suficientemente fuerte aparte de ti.»

A Max le dolió la mandíbula de tanto apretar los dientes. Gabriel era fuerte, bastante atractivo, tan popular entre las mujeres como lo era Max, pero el otro hechicero se mantenía alejado del aspecto más oscuro de la magia. Para Max, aquello era un punto débil. Había un

límite que Gabriel no iba a traspasar y eso lo exponía al fracaso. Flaquezas como ésa daban a Victoria demasiada flexibilidad. Ella necesitaba un puño de hierro. Lo ansiaba. Max solamente tenía un punto débil, algo que necesitaba para poder controlarla.

La propia Victoria.

No había límite que él no traspasaría con tal de conseguir sus objetivos.

Y lo demostró al abandonar su hogar, sus ambiciones y la vida que conocía para ir tras ella.

Victoria miraba fijamente su reflejo mientras las sirvientas le ajustaban las túnicas para la ceremonia que venía a continuación. Tenía los ojos enrojecidos. Inyectados en sangre, amoratados por la falta de sueño y por haber llorado tanto.

Había olvidado quién era Max y lo veía solamente a través de unos ojos embelesados, sin recordar que era un Cazador y el siguiente que ascendería al Consejo. Había pasado siglos dedicado a ese objetivo y dos semanas de trabajo con ella —una de sus muchas misiones en el pasado, y más que vendrían en el futuro—. Conseguiría olvidarla.

Aquella idea le hirió el corazón, con un dolor tan penetrante que la respiración se le entrecortaba.

Haciendo un gesto para que sus sirvientas se fueran, Victoria se agarró a un resquicio de vanidad y tomó aire con desesperación. Llevaba tanto tiempo desconectada que no tenía ni idea de quién era Gabriel, pero las sirvientas elogiaron su suerte. Sí, suspiraría por el hombre que había tomado el control de su cuerpo y que lo había invadido de un placer paralizante pero, quizá, en una o dos décadas podría llegar a soportar las caricias de Gabriel…

—Nunca lo sabrás, gatita —retumbó una voz grave y conocida detrás de ella.

Alzó los ojos y vio el gris tormentoso de los suyos.

—Max —susurró mientras las manos se le humedecían al verlo. Con el pecho descubierto, los pies descalzos, vestido tan sólo con unos pantalones que se ajustaban a su esbelta cadera. Sus hombros anchos y su piel dorada y estirada por encima de unos músculos hermosamente definidos. Un depredador.

La boca se le secó y los pechos se le inflaron por el deseo, como si no le hubiese estado haciendo el amor hasta la extenuación apenas unas horas antes.

Se acercó a ella con su andar seductor y zancudo. Ella no apartó los ojos de los de él, olvidándose de respirar hasta que los pulmones le dolieron y, a continuación, jadeó y gritó mientras Max le colocaba la mano en la parte posterior de la cabeza. Con sus fuertes dedos le agarró los mechones del pelo y tiró con fuerza, sometiéndola a su voluntad. Ella levantó la vista hacia él en una nebulosa de miedo y deseo, el rubor de rabia en su cara fue suficiente para asustarla. Y excitarla.

—Voy a quedarme con tu custodia —dijo él con voz ronca justo antes de tomar los labios separados de ella con un ansia posesiva.

Creyendo que él había perdido frente a ella, se fundió en sus brazos. Él la sujetó a la vez que la ponía de rodillas. Con respiración dificultosa, giró la cabeza rozando su mejilla con la de ella, absorbiendo sus lágrimas.

—El Consejo te castigará —gritó ella con la voz rota—. No puedo soportar perderte.

—Pero estabas a punto de hacerlo. —Max le metió la lengua bien dentro y la hizo gemir y abrirse a él, suplicándole en silencio más. Él la complació con un gruñido, acariciando con su lengua la de ella con tanta destreza que la dejó sin aliento. Con un brazo le sostenía la espalda, y la otra mano la apoyaba en su pecho y lo masajeaba con la fuerza agresiva con la que ella tanto disfrutaba y que tanto ansiaba—. Deja que sea yo el instrumento de tu venganza —musitó en tono amenazante moviendo los labios sobre los de ella.

Un regalo. Para ella.

Victoria tragó saliva, sorprendida por lo que él había dicho y sus repercusiones.

—Max.

Él la miró fijamente.

—Cuentas con tus intereses empresariales para mantener ocupadas las horas del día, pero tu tiempo libre es mío. Me servirás, me obedecerás y me complacerás. No cuestionarás nunca una orden ni me negarás nada. Haré cosas en tu cuerpo que pondrán a prueba tus límites. A veces, desearás decirme «no», pero, a pesar de ello, harás lo que yo quiera. Ése será tu compromiso conmigo.

La abrazó con fuerza, enterrando el rostro en el suave espacio entre su cuello y su hombro. Bajó la voz y habló con brusquedad:

—Yo me comprometo a cuidar de ti, a cubrir tus necesidades en todos los aspectos. Si necesitas tu venganza para liberarte del pasado, yo te proporcionaré los medios para ello. Eres mi mayor tesoro,

Victoria. Siempre te valoraré y te trataré como tal.

Ella colocó los brazos alrededor de él con las pestañas mojadas y la visión borrosa.

—Quiero el Triunvirato.

Para darle eso, él tendría que eludir al mismo Consejo al que había estado aspirando durante tanto tiempo. Aquella noche de tanto tiempo atrás habían pasado más cosas de las que ella sabía y el peligro era mortal.

Max asintió y aceptó sin vacilar, pero el tic de su mandíbula lo traicionó.

—¿Me amarás como lo amaste a él? ¿Podrás?

Ella lanzó un fuerte y audible suspiro. Su corazón se estiró hacia el de él, mostrando los muchos aspectos de su cariño y adoración, lo que sentía por Max era muy diferente de lo que había sentido por Darius, pero tenía la misma fuerza y crecía cada día. Empezaba a ver cuánto de sí misma había mantenido alejado de Darius y cuánto había compartido ya con Max, el hombre que le había enseñado a aceptar su propia naturaleza y disfrutar de ella. A salvo entre sus brazos.

—Sí, Max. —Le prometió—. Igual.

Su poder creció en respuesta a la pasión de ella, y fluyó hacia el interior de Victoria, que lo hizo aumentar. La profunda vibración que les recorría era casi abrumadora. Tendrían que entrenar, volver a aprender todo lo que ya sabían, buscar el modo de controlarlo. Juntos.

«Estoy deseando que nos pongamos en marcha.» La voz confiada de Max en la mente de ella le dio valor.

La tarea que les esperaba no sería fácil...

«A ti no te gustan las cosas fáciles, gatita.»

Victoria le ofreció su boca y Max la tomó; su pecho retumbó de la risa cuando ella curvó los labios sobre los suyos con una sonrisa gatuna.

Aquella antigua magia negra

Uno

Un cuarto de hora antes de la medianoche, la hora de las brujas. Nochebuena

Había algo indefinible en aquel hombre alto vestido de oscuro que cruzaba por la acera. Aquella cualidad misteriosa atraía las miradas persistentes de cada borracho que ocupaba los asientos de las ventanas del restaurante de Richie. Él parecía no darse cuenta, con la mirada fija en el frente y un inmutable propósito en mente.

Resultaba difícil precisar qué era lo que llamaba la atención. ¿Se trataba de la impresionante anchura de sus hombros y el modo en que su melena negra se deslizaba por debajo de ellos? ¿Era la sensualidad con que se movía, con paso elegante pero depredador? ¿O era su rostro, de una belleza clásica pero a la vez descarnada, con planos y ángulos marcados y una mandíbula rígida combinada con unos labios hermosamente grabados?

Quizá pasaba simplemente que era Nochebuena, una festividad en la que debería estar en el calor y la seguridad de su casa con todos sus seres queridos. No en la calle nevada, solo y serio.

Tenía los ojos grises, como una tormenta que se avecina, y un aire de absoluta seguridad que claramente expresaba que no se trataba de un hombre que se enfadara sin imponer un castigo.

—Ese hombre podría follarse a una chica y llevarla al orgasmo a grito limpio. Seguro —dijo la mujer de Richie en voz baja a su prima.

—¿Dónde hay que firmar?

El restaurante estaba cerrado para los clientes, pero lleno hasta arriba con la familia y los amigos de Richard Bowes. Los niños manejaban la máquina de helado de crema y se preparaban batidos mientras los hombres cocinaban y contaban chistes verdes en la cocina. Frank Sinatra entonaba canciones de Navidad por los altavoces y las risas invadían el aire con la alegría propia de aquellas fechas.

Deteniéndose en la esquina, el cachas que estaba en la calle

extendió ambos brazos y un ágil gato negro que no se había dejado ver con anterioridad desde los asientos de las ventanas saltó rápidamente a sus brazos. Antes había estado nevando con fuerza y aún se movían entre las caprichosas ráfagas de viento algunos ligeros copos, pero el suntuoso pelaje de color ébano del animal no había sufrido con el mal tiempo. El hombre tampoco parecía estar mojado ni tener frío.

Sostuvo al felino con reverencia, acariciándole detrás de las orejas y pasándole la mano por toda la arqueada espalda. El gato se subió al pecho del hombre y miró por encima de su hombro, retando con sus ojos verde esmeralda a los ocupantes del restaurante. Mientras frotaba la parte superior de su cabeza contra la mejilla de él, el gato parecía sonreír engreídamente a las miradas envidiosas de las mujeres del establecimiento.

No hubo una sola mujer de la familia Bowes que no deseara ser aquel gato.

Durante un largo rato, las resplandecientes luces de Navidad de las ventanas proyectaron colores del arcoíris sobre el lustroso pelaje y el abundante cabello creando una excepcional y hermosa escena navideña.

El hombre cruzó la calle, dobló por la esquina y desapareció.

Max Westin lanzó un suave gruñido al sentir que una áspera lengua felina le acariciaba de forma rítmica la sensible piel de detrás de la oreja.

—Gatita... —le advirtió.

«Estás delicioso», ronroneó Victoria en su mente.

—Ya entiendo por qué los hechiceros del grado superior no conservan a los Familiares. —La apretó con más fuerza para suavizar la punzada de sus palabras—. Eres una distracción.

«Soy necesaria —replicó ella riéndose—. No podrías vivir sin mí.»

Él no contestó. Los dos sabían que era verdad. La amaba con profunda y absoluta entrega y disfrutaba con el vínculo que compartían como hechicero y Familiar. Ella estaba con él en todo momento, sus pensamientos y emociones se mezclaban con los de él, su poder aumentaba el de él. Incluso cuando la distancia física los separaba, siempre estaban juntos. Ya no podía respirar sin ella. Formaba parte de él y no aceptaría que fuese de otra forma.

Siendo ya Cazador para el Consejo que gobernaba en toda la «raza

mágica», le habían asignado solamente las misiones más difíciles: derrotar a aquellos que se habían pasado a la magia negra y que no podían ser salvados. Lo habían preparado para entrar en el Consejo, un honor que se otorgaba en tan raras ocasiones que pocos recordaban la última vez que se había dado un ascenso así.

Después, le asignaron una última misión: capturar o matar a Victoria St. John, una Familiar que se había convertido en una salvaje a causa del dolor por la pérdida de su hechicero.

Max no olvidaría nunca la primera vez que la vio y lo muchísimo que le había conmovido. Delgada y de piernas largas, con ojos verdes oscuros y pelo negro y corto, tenía la sensualidad propia de un felino y el cuerpo de una mujer nacida para el sexo.

Una parte de él en lo más hondo de su ser supo que ella le pertenecía desde el momento en que se vieron. Una parte de ella también lo supo, pero habían jugado al gato y al ratón hasta que ya no pudieron seguir haciéndolo. Hasta que el Consejo intervino y los obligó a tomar una decisión: los dictados del Consejo o los de ellos mismos.

Ninguno de los dos dudó en optar por su amor, a pesar del castigo.

«Puedo sentirlos», dijo ella con su voz gutural desprovista de la guasa burlona de un momento antes.

—Yo también.

El Triunvirato. Ellos eran los responsables de la muerte del anterior hechicero de Victoria, Darius. También él había sido preparado para el Consejo, el último hechicero que había recibido tal honor antes de que se fijaran en Max. Furiosos por la decisión de Darius de emparejarse con Victoria en lugar de aceptar el escaño del Consejo, habían contraatacado enviando a la pareja en busca del Triunvirato solos.

Darius debió haberse negado, sabiendo que su muerte sería el resultado inevitable de un enfrentamiento tan desigual. Debió haber luchado por quedarse con Victoria, por protegerla de las intrigas del Consejo.

Eso es lo que habría hecho Max.

«Sin embargo, ahora los estás persiguiendo», murmuró ella.

—Por ti.

Ésa fue la promesa que él le había hecho cuando la reclamó para sí —su sumisión a cambio de que él destruyera al Triunvirato—. Ella no se lo había pedido hasta que él insistió, pero un Dueño tenía derecho a asegurarse de que su sometida tuviera lo necesario para ser feliz. Victoria necesitaba un desenlace. Él se lo daría.

«Te quiero.»

Max sintió la indiscutible verdad de los sentimientos de ella en lo más profundo de su alma. La reluciente luz del amor de Victoria era tan poderosa que hacía que la oscuridad que había en su interior permaneciera en las sombras, donde debía seguir. Bordear los límites de la magia negra era peligroso, pues el lado oscuro era tentador. Si no contara con Victoria como ancla, Max no estaba seguro de en qué habría llegado a convertirse con el paso de los siglos.

—Yo también te quiero, gatita.

La nieve empezó a intensificarse de nuevo y dificultaba la visibilidad. El viento se volvió más frío, soplando en diagonal y arrojándoles ráfagas de nieve desde el lateral. Deberían estar en casa, con sus cuerpos enredados y desnudos delante de la chimenea, sudando tras el esfuerzo carnal, y no tiritando por el frío que venía tanto del interior como del exterior.

Protegiendo a los dos con la magia, Max los mantuvo secos mientras doblaban la esquina y, después, otra vez más al adentrarse en un callejón lleno de basura. La repentina ventisca era una muestra de la fuerza del Triunvirato, un recuerdo de que los tres hermanos eran tremendamente poderosos. Pese a ser dos contra tres, las probabilidades eran menos favorables aún. El Triunvirato obtenía su poder de la Fuente de Toda Maldad. Max y Victoria sólo se tenían el uno al otro, no contarían con ningún otro recurso. El Consejo no les ayudaría. Se había negado a autorizar esa batalla, sabiendo que era lo que Max y Victoria deseaban por encima de todo. Cuando se trataba de mostrarse rencoroso, el Consejo era único en su género.

«¿Merece la pena?.»

Max se detuvo de pronto, sorprendido ante lo que ella estaba pensando.

Victoria dio un salto desde su hombro hasta la acera mojada. Cambió su forma al instante y apareció de pie ante él, desnuda e infinitamente sensual, llevando como único adorno un lazo negro alrededor del cuello.

Su collar. Ver aquello y saber lo que simbolizaba excitó a Max con una repentina celeridad.

—Dios, qué hermosa eres —dijo él con voz áspera, admirando la absoluta perfección curvilínea de su ágil cuerpo. Con un chasquido de dedos, ella quedó vestida de pies a cabeza con una licra negra ajustada. Aquella figura era para disfrute de él y de nadie más.

Cuando se conocieron, ella estaba demasiado delgada, una señal

del abandono forjado a lo largo de siglos vividos sin un Dueño que cuidara de ella. Los Familiares necesitaban que los alimentaran y los acicalaran, que los acariciaran y los mimaran. También necesitaban disciplina y ella no había tenido ninguna, ni siquiera con Darius, quien a pesar de su poder y destreza, había sido demasiado flexible a la hora de controlar a una Familiar tan terca como Victoria St. John.

—No estoy segura de querer hacer esto, Max —dijo ella aproximándose a sus brazos.

Él sintió cómo la fuerza vibraba por sus venas al tenerla tan cerca. Ese día le había estado haciendo el amor durante horas, usando su vínculo para almacenar reservas que serían muy necesarias para la batalla que los esperaba. Cada vez que ella llegaba al orgasmo, la magia estallaba por todo el cuerpo de Max, intensificándose y redoblándose antes de volver a ella, lo que creaba un ciclo que les hacía sentirse invencibles estando juntos.

—Pero no somos invencibles —alegó Victoria en contra de los pensamientos de él—. Y yo no puedo perderte. No merece la pena poner en riesgo tu vida. Puedo sobrevivir en un mundo con el Triunvirato. No puedo hacerlo en un mundo sin ti.

—Esto es lo que tú querías.

—Ya no. —Apretó su deliciosa boca con determinación. Era muy hermosa con sus ojos de un brillante color verde rodeados de unas densas pestañas de ébano—. Durante mucho tiempo mi deseo de venganza era lo único que tenía en la vida. Mi única razón para seguir viva. Tú has cambiado eso, Max.

Él introdujo la mano entre los cortísimos mechones de ella y la colocó en la parte posterior de su cabeza.

—Esta noche tenemos nuestra mejor oportunidad en todo el año de vencer al Triunvirato.

El mundo estaba lleno de alegría y amor, de celebración y felicidad, con las oraciones de los creyentes y la esperanza de los no creyentes. Los mortales sentían aquel cambio, aunque no eran conscientes de lo real que era. Los poderes del Triunvirato quedarían reducidos, una diminuta ventaja que Max y Victoria necesitaban con desesperación.

—Olvídate de este año y del que viene —dijo ella con lágrimas en los ojos—. ¿No te das cuenta? Te quiero demasiado. Derrotar al Triunvirato no va a hacer que Darius vuelva y, aunque así fuera, seguiría sin merecer la pena. Esa parte de mi vida terminó. Tú y yo tenemos una nueva vida juntos y es más valiosa para mí que cualquier

otra cosa.

—Gatita. —A Max se le contrajo la garganta. No había creído que fuera posible amarla más de lo que ya lo hacía, pero aquel repentino dolor de su pecho demostró que estaba equivocado. Durante siglos, ella había buscado un modo de vengar a Darius. Ahora estaba dispuesta a abandonar esa cruzada. Por él.

«Qué conmovedor.»

Las voces chillonas del Triunvirato se arremolinaron a su alrededor, agitando la burbuja protectora que los protegía de la nieve. La fuerza necesaria para afectar al hechizo que los amparaba era enorme y Max respiró profundamente mientras instaba a Victoria a que unieran sus fuerzas.

Un escalofrío recorrió su tenso cuerpo. Max lo sintió y la tranquilizó, acariciándola a lo largo de la curva de su espalda.

—Podemos hacerlo —murmuró con total determinación.

—Sí —respondió ella apretando en un puño la camisa de él.

Max le dio un fuerte beso en la frente. Ella lo soltó y tomó posición a su lado, con los dedos entrelazados a los de él.

Ante ellos estaban colocadas en fila tres figuras encapuchadas con ojos de color rojo que relucían desde el interior de las sombras de sus capuchas, con una altura de más de dos metros y complexión muy delgada, pero poseedora de un increíble poder.

—Quizá esta vez te llevemos con nosotros, linda gatita —le dijo uno de ellos a Victoria con voz ronca y riéndose. Su rostro era blanco como la tiza y estaba muy arrugado, como si la piel se le fuese desprendiendo poco a poco de los huesos.

—No mientras yo viva —les desafió Max en voz baja.

—Por supuesto que no —intervino otro con una carcajada—. ¿Qué tendría, si no, de divertido?

El frente unido del Triunvirato y su apariencia aumentaba la sensación de que uno estaba ante un auténtico ejército al enfrentarse a ellos. Aunque normalmente era fácil deshacerse de otros demonios y cancerberos y apartarlos del favor de la Fuente, estos hermanos llevaban siglos inmutables en la Orden del Mal. La mayor parte de la raza mágica había llegado a considerarlos figuras tan permanentes como Satán. Simplemente existían y siempre estarían ahí.

Con un movimiento rápido como un rayo, Victoria se agachó y extendió el brazo para lanzar una bola de magia y alcanzar al hermano del centro. Casi instantáneamente, dieron dos golpes de contraataque desde la izquierda y la derecha. La fuerza de aquellos

golpes fue suficiente como para lanzarla hacia atrás, a pesar de las defensas que tenía a su alrededor.

Max embistió hacia delante con las dos manos extendidas para devolver el fuego. Victoria volvió a atacar al del centro, lo que hizo que el Triunvirato sufriera golpes simultáneos.

Si no fuera por el don que Darius le había dado, Victoria no podría hacer más que estar junto a Max para darle fuerza, tal y como había hecho la noche en que mataron a Darius. Pero ahora ella llevaba en su interior la fuerza del hechicero caído. El poder de Darius vibraba en su sangre y le permitía luchar como una bruja, intensificado todo ello por el hecho de ser una Familiar. Max esperaba que aquello fuera suficiente para salvarse los dos.

El Triunvirato contraatacaba como uno solo, avanzando paso a paso, lanzando una descarga tras otra de una heladora magia negra que echaba abajo las defensas de Max y Victoria.

Pero no se retiraron. Mientras luchaban para mantener su defensa protectora y devolver el fuego, el sudor apareció en sus frentes, a pesar de la fuerte nevada. El Triunvirato lanzaba aullidos de furia, al parecer impasibles ante el ataque que estaban sufriendo.

Victoria echó un vistazo a Max, vio su mandíbula apretada y las venas marcadas en sus sienes mientras lanzaba por sus dedos una magia gris de chisporroteantes arcos de energía. Se concentró en un hermano, sus hombros echados hacia dentro con la fuerza con la que proyectaba el poder que tenía en su interior.

Cuando los maliciosos torrentes penetraron las túnicas oscuras y carbonizaron la pálida piel, el hermano al que iban dirigidos gritó de agonía. Sus hermanos corrieron en su ayuda, centrando su atención en Max. Victoria continuó atacando con la esperanza de atraer el fuego hacia ella. Pero ante la posible pérdida de uno de ellos, el Triunvirato recibió sus ataques con una resistencia admirable.

La defensa que protegía a Max empezó a ondularse y a doblarse, cediendo ante el poder mayor que se levantaba contra el exterior. Le sangraba una de sus fosas nasales y el dolor le invadía el pecho como una lanza candente. Victoria lloraba, con el estómago en tensión y aterrorizada. El recuerdo de la noche en que perdió a Darius se mezclaba con el horror del momento actual, dando lugar a una pesadilla sin precedentes.

El Triunvirato era demasiado fuerte. Max podía morir.

Victoria gritaba, incapaz de soportar la idea de perderle.

Siglos en soledad… Afligida por la pena… Después, Max había

entrado en su vida. Lo había cambiado todo. La había cambiado a ella. Completándola de nuevo. Calmando su inquietud. Amándola a pesar de sus fallos.

«¿Cómo voy a vivir sin ti?»

Entonces, con una rapidez pasmosa, apareció una solución en su mente que le ofreció un remoto rayo de esperanza.

Ella podía repetir el hechizo que Darius había utilizado y traspasarle la mayor parte de sus poderes a Max. Así, él sería más fuerte y podría salvarse y huir.

«Hazlo.»

Reuniendo hasta la última gota de magia que tenía, Victoria empezó a recitar aquel conjuro que nunca había olvidado. Jamás podría olvidarlo, pues habían sido las últimas palabras que Darius había pronunciado.

Atraídos por un hilo invisible, sus poderes se unieron y sintió un extraño mareo por su fuerza. Sus labios se movieron más rápido y las palabras empezaron a fluir con mayor libertad.

—¡Victoria! —gritó Max moviendo su escudo protector de forma serpenteante como anuncio de la destrucción que se les avecinaba con rapidez.

Era culpa de ella que él estuviese allí, combatiendo en una batalla que era solamente de Victoria. Era su amor por ella lo que le había llevado a ese final. Sería el amor de ella por él lo que le salvaría la vida a Max.

—Max. —La magia salió de Victoria con una explosión tan potente que hizo que cayera de rodillas. Golpeó a Max con tal violencia que su cuerpo se sacudió como si hubiera sufrido un golpe físico. Su escudo protector recuperó su estado rígido y sus brazos doblados se enderezaron con una fuerza renovada.

Ella le dio todo lo que tenía, sin quedarse nada para sí misma, pues su vida valdría muy poco sin él. No sobreviviría a su pérdida. Apenas había sobrevivido a Darius.

Max lanzó un alarido de triunfo ante aquella repentina y embriagadora avalancha. Una fina capa de protección se separó del escudo que protegía a Max. Aumentó de tamaño expandiéndose hacia fuera y abarcando al Triunvirato, lo que evitó que los poderes fortalecedores que provenían de la Fuente llegaran a los hermanos.

Incapaz de recargar su fuerza que se iba agotando, el objetivo de Max cayó de rodillas, gritando ante su inminente derrota.

Victoria miraba con los ojos inundados de lágrimas.

«El Triunvirato saca fuerza de sus números.»

La voz de Darius recorrió la mente de Victoria. Ella y Max no estaban solos. Eran tres, lo mismo que también eran tres los hermanos. Y era Nochebuena. Tenían posibilidades de sobrevivir.

Haciendo uso hasta de la última gota de fuerza que tenía, Victoria lanzó una última descarga contra el hermano que tenía más cerca. La fuerza impotente de la explosión apenas fue suficiente como para llamar su atención. Pero mientras ella caía de rodillas, la mirada de él, brillante como un rayo láser, la fulminó. Victoria notó la satisfacción que aquel hermano sintió al ver su estado tan débil. Debió suponer que su ayuda a Max la estaba afectando. No sabía que ya era demasiado tarde.

Preparada para el inevitable golpe, Victoria no emitió sonido alguno cuando el lacerante y funesto ataque penetró bien dentro de su pecho, congelándole el corazón y reduciendo el ritmo de sus latidos. Se mordió el labio y cayó sobre sus manos, conteniendo cualquier grito que pudiese distraer a Max en el momento del triunfo.

El callejón empezó a dar vueltas y a retorcerse. Otra sacudida la alcanzó en la parte superior de la cabeza y la hizo caer de espaldas. El cráneo dio un golpe seco contra el asfalto granulado y la visión se le volvió borrosa y reducida. Sentía un pitido en los oídos que ahogaba el sonido de su pulso acelerado.

—Max... —susurró, notando el sabor metálico de la sangre en su lengua.

Una explosión de luz cegadora convirtió la noche en día. El azufre invadió sus fosas nasales y le quemaba la garganta. Los edificios que los rodeaban temblaron con el impacto, liberando una nube de diminutos restos que se mezclaron con la nieve que caía.

«Lo has conseguido, mi amor», pensó ella mientras sus extremidades se enfriaban.

—*¡Victoria, no!*

El grito angustiado de Max le rompió el corazón.

Los helados copos de nieve se fundieron con las lágrimas calientes. En aquella repentina quietud, los sonidos lejanos de los villancicos y del tintineo de las campanillas trataban de contagiar alegría. En lugar de ello, sonaban como un triste réquiem.

El pecho de Victoria se hinchó con un último aliento.

«Te quiero.»

Con Max en su mente y en su corazón, Victoria murió.

Dos

Seis horas antes...

Él estaba allí, en la oscuridad. Observándola. Rodeándola.

Su ansia la envolvió, intensa y penetrante. Insaciable. A veces, la sorprendía por su voracidad. Ella no podía atemperar ni apaciguar los deseos de él.

No podía hacer nada más que rendirse. Someterse. A ellos, a él.

Arqueó la espalda, extendió los brazos todo lo que se lo permitían los grilletes de seda de sus muñecas y agitó sus pestañas bajo la venda de satén rojo. Victoria se puso de pie, sujeta, con los brazos y las piernas en cruz, las manos cerradas alrededor de las cuerdas de terciopelo verde oscuro que caían del techo. Los colores de esa temporada. Más que de simple sentimentalismo, se trataba de un testimonio de la atención que Max prestaba a los detalles. La misma atención intensa que prestaba al cuerpo de ella. La conocía por dentro y por fuera, cada curva y cada fisura, cada sueño y cada secreto.

El repentino azote de la fusta contra sus nalgas desnudas la hizo sisear como la felina que era. El escozor persistió, se volvió caliente y la hizo retorcerse.

—No te muevas, gatita —murmuró Max, y su voz profunda sonó como una caricia áspera.

Deseó poder verlo. Su visión felina podría empaparse de él, adorarlo. Era muy hermoso. Delicioso. Su hechicero. Suyo.

El deseo de él dejaba un fuerte olor en el aire, oscuro y sensual, poderoso. Le ponía de punta los pezones, le hinchaba los pechos y le humedecía el sexo. La boca se le hizo agua por el sabor de su pene y ronroneó, el murmullo de una inconfundible súplica de querer más. Siempre más.

Ella era tan insaciable como él, impulsada por un amor tan arrollador y vital que llegó a preguntarse cómo había vivido alguna vez sin él.

—Max —susurró lamiéndose los labios—. Te necesito dentro de mí.

La magia se elevó en el aire entre ellos dos, y el considerable poder de él aumentó con los dones de Victoria como Familiar. Sintió un hormigueo en el cuello por el collar. Era invisible para los mortales, pero para cualquier otro miembro de la raza mágica era un símbolo evidente e inconfundible de que era propiedad de Max. Un sencillo lazo negro que dejaba claro que tenía un dueño que la amaba, la cuidaba y la protegía. Durante siglos, había rechazado aquel símbolo de sumisión tras el fallecimiento de Darius. Después, Max Westin la capturó y ella aprendió a apreciar las súplicas.

Ahora eran animales solitarios a los que asignaban solamente las misiones menos deseadas, castigados constantemente por el Consejo. La adversidad no hizo más que fortalecer el vínculo entre ellos dos y aumentar su conexión.

—Te quiero —susurró ella arqueándose, en un esfuerzo por liberar el insoportable deseo que la consumía. Tenía la piel caliente y húmeda por el sudor, desesperada por sentir el poderoso cuerpo de él apretado contra el suyo.

El tórrido azote de una lengua sobre su pezón de punta la hizo gritar con un deseo casi irracional.

—Yo también te quiero —murmuró él, su respiración húmeda contra la piel recién empapada de ella. Victoria oyó el estrépito de la fusta sobre el suelo justo antes de que las grandes manos de él se posaran en sus caderas.

—S-sí. —Tragó saliva con fuerza—. Sí, Max.

Mientras su rostro encendido se apretaba contra el valle que había entre los pechos de ella, sus manos se deslizaron alrededor de las nalgas de Victoria, amasando con los dedos la carne prieta. Su caricia era suave y reverencial, a pesar del salvaje deseo que ella olía en él. Max la amaba mucho, lo suficiente como para moderar su pasión y controlarla. No había nada en el mundo como que le hicieran el amor con una intensidad y una atención tan voraces. Victoria era adicta al placer que él ofrecía de forma tan experta y minuciosa.

—Fóllame —susurró a través de sus labios secos—. Por todos los dioses, Max... Necesito tu polla.

—Todavía no, gatita. No he terminado de jugar.

Ella se estremeció cuando la boca caliente de él envolvió la punta dolorida de su pecho. Jadeando, se retorció en sus brazos

—Maldito seas... me estás matando.

El sonido de la orquesta Boston Pops interpretando canciones de Navidad entraba desde el equipo de música de la sala de estar, mezclándose con el sonido de la sangre que palpitaba en sus oídos. Afuera, la nieve seguía cayendo sin cesar, cubriendo la ciudad con un manto inmaculado. Era bonito, pero engañoso. El vello de la nuca de Victoria se le puso de punta y una gota de sudor le cayó por la sien. Una magia oscura y maliciosa los esperaba. El silbido del viento contra las ventanas daba prueba de ello.

«Estamos esperando», susurraba.

La tormenta daba voz al desafío burlón del Triunvirato.

Pero allí, en el interior del amplio ático de Max, ella estaba protegida por una cápsula de deseo y amor. Juntos, su magia era una fuerza poderosa que había que tener en cuenta. Hasta el momento, habían sido imbatibles. Pero nunca habían combatido contra ningún demonio tan cercano a la Fuente como lo era el Triunvirato.

«Piensa en mí», gruñó Max, apretando los dedos sobre su delicada piel.

Su voz resonó en la mente de ella, una manifestación de la profunda conexión que había entre Dueño y Familiar. Su vínculo tenía que estar en su grado más fuerte y profundo si albergaban la esperanza de vencer esa noche.

«Siempre», respondió ella con voz ronca, envolviendo con sus largas piernas la estrecha cintura de Max.

—Siempre pienso en ti.

Victoria se elevó con el poder de él, levantada en el aire como si estuviera sujeta por un arnés. La venda se le cayó y empezó a pestañear mientras los ojos se le acostumbraban a la visión felina nocturna que le permitía ver a su amante en todo su esplendor.

Max estaba de pie entre las piernas abiertas de ella, con su pelo negro empapado de sudor y pegado a su frente arrogante. Tenía los ojos oscuros y brillantes, la piel dorada y su musculatura era visible por la intensa tensión sexual.

Mientras bajaba la cabeza y acercaba los labios a su trémulo sexo, la profundidad de su deseo invadió la mente de Victoria con un voraz gruñido que hizo que ella se sacudiera entre sus grilletes.

«Mi preciosa gatita tiene un coño muy bonito —canturreó él—. Suave, dulce y delicioso.»

Entonces, puso la boca entre sus piernas y deslizó la lengua entre los resbaladizos pliegues, acariciando su clítoris hinchado. Ella se arqueó entre sus manos, con el cuerpo estremeciéndose por aquel

placentero tormento.

Con ojos aturdidos y somnolientos, Victoria asimiló la visión de un hombre hermoso que se la estaba comiendo con una fascinación desesperada. Su amor no hacía más que aumentar el erotismo del momento. Max disfrutaba teniéndola así y ansiaba tanto su sabor que la chupaba a diario, y su placer era obvio con los gruñidos ansiosos que hacían vibrar la carne delicada de ella. El placer de Max estimulaba el de ella hasta que la montaba con fuerza, desgarrándola.

El poder de Victoria aumentaba con el éxtasis que él le dispensaba con endiablada destreza, haciendo crecer el de él, invadiendo el apartamento hasta que las vigas de madera del techo y los tablones del suelo crujían por el esfuerzo de contenerlo.

—Déjame tocarte —le suplicó ella apretando y abriendo las manos sin parar. Podía liberarse fácilmente, pero no lo hizo. Aquello provocaba que su sumisión tuviera para él más valor. Él la quería por eso y ella lo adoraba por verlo como el símbolo de fortaleza que era y no como un punto débil.

«Te quiero así.»

Ella ahogó un grito cuando sus labios le envolvieron el clítoris y chupó; el placer le recorrió el cuerpo en una sucesión de oleadas. Su lengua le acariciaba de manera rítmica a lo largo del endurecido manojo de nervios, haciendo que su vagina se apretara desesperadamente con una silenciosa súplica de que lo invadiera.

—Max...

Él inclinó la cabeza y la levantó más, dando profundas embestidas con la lengua, metiéndosela con fuerza y rapidez en las profundidades de ella mientras se derretía y se movía con espasmos.

Victoria gritó corriéndose con fuerza y arqueando la espalda mientras el orgasmo la cegaba. La magia estalló desde su cuerpo como las ondas en el agua, entrando en Max hasta que empezó a agitarse de una forma tan salvaje como ella.

Pero él no se detuvo.

Sus labios, su lengua y sus dientes siguieron dándose un banquete con ella, y de su garganta salían gruñidos mientras se la bebía. La sedosa cortina de su pelo se restregaba contra la parte interior de sus muslos, aumentando el abrumador aluvión de sensaciones que la acometía. Todo aquello habría sido demasiado de no ser por el amor de él, que la sujetaba en medio de aquella vorágine y evitaba que perdiera el juicio.

—¡Por todos los dioses, Max! —gimió ella estremeciéndose con los

temblores posteriores.

Nunca había imaginado que el sexo pudiera ser tan… *ferviente* hasta que conoció a Max. Él llevaba su cuerpo hasta lugares que no sabía que pudiera ir. Max no dejaba que hubiese ninguna barrera entre ellos, ninguna resistencia.

Le soltó las muñecas y ella se hundió sin fuerzas entre sus brazos, con la mejilla cayendo sobre el hombro de él y los labios acariciándole la piel. Su sabor era afrodisíaco y hacía que se mantuviera caliente y húmeda. Hambrienta.

Él la puso de pie con cuidado y, a continuación, presionó suavemente pero con insistencia sobre sus hombros.

—Chúpame la polla, gatita.

Ella se puso de rodillas elegantemente y agradecida, con la boca sedienta de su sabor y de la sensación de aquel miembro pesado y venoso deslizándose por encima de su lengua. Estaba deseándolo y la garganta se le cerraba ante la expectativa.

Él sostuvo su pesado y largo instrumento con una mano apretada y dirigió el sonrojado y reluciente prepucio hacia los labios separados de Victoria.

—Sí —dijo con un gruñido mientras su pecho se ensanchaba—. Te pones muy guapa cuando me la mamas, cariño.

Caliente y palpitante, el pene de Max se deslizaba inexorable dentro de su boca empapada. Con las manos, Victoria le agarraba las nalgas y se lo acercaba más, adaptando la garganta para introducírselo más adentro.

Él mantenía la mano apretada alrededor de la base para no metérsela demasiado. La otra la tenía colocada sobre la mejilla de ella, sintiendo desde fuera cómo su boca rendía culto a su falo.

—Ah, dioses —exclamó con un grito entrecortado, apretando sus nalgas contra las manos de ella mientras la lengua de Victoria revoloteaba sobre el punto sensible por debajo del glande—. Más despacio, gatita.

Victoria se soltó con un pequeño estallido húmedo, curvando los labios en forma de una sonrisa gatuna. Inclinó la cabeza y siguió una palpitante vena con la punta de la lengua y, después, rodeó la mano de él que agarraba el miembro. Volvió a su tarea, chupando suavemente al mismo tiempo que se movía hacia arriba, mientras sus emociones se mezclaban con sus reacciones físicas.

—Joder —gruñó él, temblándole las piernas—. Chúpala, cariño. No juegues.

Apretó los labios contra el diminuto agujero de la punta sin apenas separarlos y, después, se deslizó sobre él con un rápido movimiento de la cabeza.

Soltó la mejilla de Victoria y colocó la mano en la parte posterior de su cabeza, inmovilizándola mientras le penetraba la boca con empujones rápidos y poco profundos. Ella gimió de placer, apretando con fuerza las piernas para controlar la sensación de vacío de su sexo.

—Chúpala con fuerza, gatita.

Sus mejillas se ahuecaron para absorber y el feroz grito de triunfo de Max se elevó a través de los conductos descubiertos, combatiendo los sonidos desafiantes del Triunvirato en el viento de fuera.

Estremeciéndose, Max se corrió con un chorro caliente y denso, y la estela cremosa de su semen fluyó sobre la lengua de ella y bajó por su garganta. Movió el puño desde la gruesa base del pene hasta llegar a los labios de Victoria, bombeando su leche fuerte y rápidamente a lo largo de su miembro entre sacudidas para introducirla en la boca que la esperaba dispuesta.

El poder que ella le había dado con su orgasmo regresó de nuevo a Victoria, más caliente y más potente, una avalancha tan intensa que no habría sido capaz de tomar de no ser por el don que Darius le entregó. Sentía a Max en su mente y su amor fluía a través de ella con un abrazo que la colmaba. El placer de él era para ella tan necesario como respirar.

Max se salió de su gatita mamadora. Al instante, un terciopelo fresco y arrugado amortiguaba la espalda de ella y Max estaba encima, abriéndole más las piernas para poder hundir su cadera entre ellas. Victoria ronroneó al sentir la húmeda punta colocándose en la diminuta entrada abierta de su vagina.

Con una potente embestida, se metió en ella hasta el fondo, su falo aún rígido entró a través de los tejidos hinchados hasta llegar al final.

—¡Max! —Su nombre fue un grito jadeante en sus labios y los dedos de los pies se apretaban por el placer de tenerlo palpitando dentro de ella, estirándola hasta el límite de la forma más deliciosa posible.

—Gatita mala —dijo él con voz ronca, acariciando su mejilla contra la de ella—. Casi me dejas seco con tu boca.

—Me encanta tu polla, Max.

—Toma todo lo que quieras. —Inclinó la cabeza y con sus ojos le prometió que les esperaban varias horas de deleite—. Siempre te daré todo lo que puedas tomar, gatita.

—Dámelo ahora —ronroneó ella—. Dura y hasta el fondo.

Con los puños cerrados apretando la colcha, Max la complació y la clavó al colchón con la largura caliente de su magnífica verga. Le susurró lascivos elogios al oído, describiéndole cómo la sentía rodeándole, cómo le encantaba su vulva caliente y sus gritos ansiosos pidiéndole más.

Victoria le hincó las uñas en la espalda, envolviendo con sus largas piernas sus caderas en movimiento, apretando el sexo con cada retirada y estremeciéndose con cada zambullida. Disfrutando golosamente de la brutalidad de la pasión de él.

Había desesperación en su manera de tomarla, un deseo primario de penetrar todo lo hondo que le fuera posible para que nunca pudieran separarse. Esa noche se enfrentaban al mayor enemigo de sus vidas y quizá no sobrevivieran.

«Te quiero… eres tan hermosa… mía…»

Mientras las emociones de Max invadían la mente y el corazón de Victoria, las lágrimas corrían por sus sienes y le mojaban el pelo. Se abrazó a su espalda mojada en sudor y abrió más las piernas, gimiendo por el placer abrumador de verse poseída por él, temblando intensamente por el orgasmo más feroz que había experimentado nunca.

El orgasmo de Max siguió al suyo, y su semen salió con chorros abrasadores, sacudiendo su pene dentro de ella con cada impulso. La magia mezclada de los dos aumentó, haciendo temblar todo lo que había en el apartamento. Las ventanas crujieron, chirriaron, apenas incapaces de contener el poder que los dos habían formado en uno solo. Esa misma noche.

Victoria se aferró a Max, llorando. No iba a perderlo. No podía.

Si se acercaba el final, sería su vida por la de él.

Se aseguraría de ello.

Tres

Medianoche, la hora de las brujas.

Él iba a morir.

Por el goteo caliente de sangre que salía de la nariz de Max, estuvo seguro de que sería así. Sus venas se abrasaban por el ácido, el pecho le quemaba con cada jadeo, sentía el cráneo como si se lo estuvieran estrujando en un torno. Cada golpe a su hechizo protector era como un puñetazo físico y no paraba de recibirlos, procedentes de dos lados.

—¡Victoria! —gritó Max, mientras su blindaje se ondulaba sinuosamente como muestra de su desplome, que se aproximaba con rapidez. Victoria tenía que darse la vuelta y salir corriendo antes de que la fuerza de él disminuyera y la hiciera vulnerable.

«¡Corre!»

Justo cuando su visión empezó a nublarse y temió caer inconsciente, una oleada de fuerza casi demasiado potente como para contenerla le recorrió el cuerpo como un torrente abrasador.

Victoria. La sensación era tan visceral que fue como si el alma misma de ella hubiese entrado en su cuerpo. La intensificación que provenía de ella le azotó por todo el cuerpo, fortaleciéndolo y protegiéndole de todo daño.

Cuando su objetivo cayó de rodillas y tuvo la victoria en sus manos, un frío invasivo salió del centro del pecho de Max y se le aferró al corazón. Aquel puño helado se tensó y, después, se extendió arteramente por sus venas. La repentina ausencia de Victoria dentro de su mente fue como un grito silencioso, penetrante y aterrador.

Giró la cabeza, la buscó y la encontró tumbada en la acera con un agujero llameante en su pecho.

—¡Victoria! ¡NO!

Su amada voz, con su suave y gutural ronroneo, susurró a través de su mente: «Te quiero».

Max lanzó un rugido en la tormenta. Empezó a bajar las manos,

pues su necesidad de estar con ella era una fuerza impulsora que no podía controlar.

Pero ella no le iba a permitir que se rindiera.

Su fuerza de voluntad enderezó los brazos de Max y aumentó el flujo de magia gris que estaba lanzando al hermano caído. Sus brazos temblorosos se impulsaron hacia delante y la magia salió de la punta de sus dedos con chorros candentes que dibujaban un arco en el aire, como un rayo, y se hundían en el cuerpo caído del hermano del Triunvirato que estaba en medio. Los escudos que le rodeaban se hicieron más densos, protegiéndole de los golpes que acribillaban su perímetro frontal.

El cuerpo y la magia de Max ya no eran suyos. Estaban poseídos por una fuerza más grande que él. Algo extraño y nuevo le caló hasta los huesos, abrazando su pena y su furia, engrandeciéndolos y lanzándolos hacia fuera en una onda sísmica de fuerza tan destructiva que destrozó sus escudos y rebanó a los hermanos del Triunvirato por la mitad como la hoja de una guillotina.

Sus gritos resonaron en el callejón, elevándose como los lamentos de las hadas que anuncian la muerte, rasgando el cielo con estruendo atronador. Al unísono, el Triunvirato explotó con un resplandor cegador, obligando a Max a moverse hacia atrás y haciendo temblar el mismo suelo que había bajo sus pies. Los edificios se sacudieron con tal violencia que amenazaban con venirse abajo y los animales de toda la ciudad protestaron con una repentina cacofonía. Los perros gimieron y aullaron. Los gatos chillaron. Los pájaros salieron huyendo de sus calientes nidos en un tumulto de aleteos y graznidos.

Después, el callejón quedó en silencio. Los únicos sonidos que rompían la quietud eran los tintineos de lejanos cascabeles y el llanto atormentado de Max.

Se dejó caer de rodillas en la nieve y el vacío de su interior se convirtió en un enorme agujero abierto al que sabía que no podría sobrevivir. Necesitaba a Victoria. No podía vivir sin ella.

Había pasado siglos solo, concentrado en su misión principal —hacer valer la voluntad del Consejo con la muerte—. Victoria había llevado luz a su vida, calidez con el fuego de su pasión y amor para el vacío de su corazón.

—Maldita seas —dijo él con voz ronca, arrastrándose hacia ella mientras los escombros caían y se mezclaban con los copos de nieve—. No puedes dejarme aquí solo.

Max la levantó y la puso en su regazo. Recitando un hechizo tras

otro. Tratando de hacer todo lo que sabía, magia negra y blanca, lo que fuera para curarla y volver a tenerla con él.

Pero ella no se movía, su pecho no subía ni bajaba con la respiración, sus párpados no se agitaron sobre aquellos iris esmeralda que él tanto adoraba.

—Gatita… —sollozó—. No puedes dejarme aquí solo… No puedes dejarme…

Acunándola, Max besó con labios temblorosos su frente y sintió que la cordura se destilaba como la arena de un reloj.

—¡Curadla! —Su orden sonó como un estruendo en la noche y llegó hasta el Consejo, que lo había visto y oído todo—. Curadla o iré a por vosotros —siseó—. Hasta el último de vosotros. Os mataré a todos. Lo juro.

«Te dijimos que pasaría esto —se pavonearon—. Su pérdida es el castigo por tu arrogancia.»

Max apretó la mandíbula. Miró con los ojos entrecerrados a Victoria, que tenía un aspecto hermoso y curiosamente tranquilo. Su piel pálida y luminosa como una perla, sus densas pestañas atravesadas por las lágrimas y la nieve derritiéndose. Relucía. Suave y ligeramente. Con un resplandor interior.

Inmóvil, Max contempló aquel atisbo de luz. Y lo que significaba.

La magia que había dentro de ella seguía viva. La magia de Darius.

«No podéis tenerla —gruñó Max, la furia superando a su demoledora tristeza—. Es mía.»

Había consecuencias por penetrar en el Reino Transcendual. Castigos terribles.

No le importó.

Quedaría manchado, marcado. Algunos lo perseguirían por haberse apartado de la manada. La paz sería algo efímero mientras su cabeza tuviese un precio.

Max no vaciló. Todo ello merecería la pena. Si tenía a Victoria.

Se hizo un corte transversal en la muñeca con una astilla mágica y sostuvo el brazo sobre las heridas del pecho de Victoria. El carmesí de su sangre se mezcló con la nieve y goteó sobre la carne carbonizada de ella. La mezcla crepitó sobre su piel y empezó a salir humo.

Max cerró los ojos y comenzó a entonar un conjuro.

Victoria se despertó con un jadeo y se vio tumbada en un campo de flores amarillas. Había un aroma de lirios y de hierba calentada por

el sol y las mariposas revoloteaban por el aire en cantidades pocas veces vistas.

Incorporándose, miró detenidamente a su alrededor con enorme atención, tratando de conciliar la belleza de aquel día de verano con el callejón cubierto de nieve donde había estado tan sólo un momento antes. Bajó la mirada y vio el vestido suelto y sencillo que llevaba, bien confeccionado y sin adornos. Levantó la mano hacia su pecho intacto y frunció el cejo.

¿Dónde estaba Max? ¿Y dónde estaba ella?

Una mano masculina apareció en su campo de visión.

Levantó la mirada y fue a posarla sobre un rostro amado que creía que no volvería a ver nunca.

—Darius.

—Hola, Vicky. —Su hermosa boca se curvó con una encantadora sonrisa. La luz del sol iluminó su cabello dorado con una luminosidad que le cortó la respiración y le hizo sentir una presión en el pecho. Su hoyuelo favorito se le marcó en la mejilla y le trajo un torrente de valiosos recuerdos.

—¿Dónde estamos?

Aceptó la mano que él le tendió y dejó que tirara de ella para ponerla de pie.

—Juntos —respondió él sin más —. Aunque yo siempre he estado contigo.

Darius entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Damos un paseo?

—¿Estoy muerta?

Él inclinó la cabeza, como si estuviese escuchando algo que ella no podía oír. Sus atractivos rasgos adoptaron una expresión pensativa y apretó los labios. A continuación, empezó a andar, tirando de ella para que fuera con él y olvidando darle una respuesta. O decidiendo no hacerlo.

Mientras paseaban, Victoria reconoció el lugar donde estaban: el sur de Francia. Uno de los muchos lugares que habían visitado y que habían disfrutado como pareja.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —preguntó ella.

—No. Voy rulando de vez en cuando.

—¿Rulando?

Él la miró con un resplandor familiar en los ojos.

—Me estoy poniendo al día con el lenguaje coloquial.

Mientras las flores se aplastaban bajo sus pies, una fragancia dulce

y sensual impregnaba el aire. Aquello era, en cierto modo, un paraíso, pero unos ecos de dolor y anhelo doblaban hacia abajo las comisuras de su boca.

«Max». El miedo que sentía por él ocupaba un lugar primordial en su mente.

—¿Dónde estamos, Darius?

—Ya sabes dónde estamos. —Él miraba hacia delante, sin mostrar nada más que la elegancia clásica de su perfil.

—Entonces, ¿todo ha acabado para mí?

—Puede ser. —Con un gesto de la mano, le indicó que se sentara en un banco en forma de media luna que rodeaba un árbol. Un árbol que no estaba allí un segundo antes.

—Sigues teniendo magia —aseveró ella.

—Está arraigada en nosotros.

Victoria se sentó mientras movía los dedos sin cesar por el filo de su falda. La premura de su interior crecía con cada aliento que daba, provocándole una necesidad que la impulsaba a actuar. Para ella, el reloj avanzaba a doble velocidad, un contraste que desentonaba con la generalizada sensación de ocio que había en aquel Reino Transcendual.

Darius se sentó a su lado y le agarró una de las manos.

—La primera vez que te vi supe que eras la única mujer para mí —dijo él calladamente—. Aquella sensación era única, me di cuenta de inmediato. Estuve seguro, antes de intercambiar palabra alguna contigo, de que me harías más feliz de lo que había sido nunca o de lo que podría llegar a serlo sin ti.

Ella sintió un escozor en los ojos mientras la visión se le empañaba por las lágrimas.

—Yo sentí lo mismo.

—Siempre supe que me amabas.

—Sí…

—También sabía que yo no era tu alma gemela.

Victoria enmudeció. Darius sonrió, pero sus atractivos rasgos estaban marcados por la tristeza.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú eras todo lo que yo necesitaba, Vicky, pero yo no podía ser todo lo que tú necesitabas. Yo no tenía suficiente mano dura. Estabas contenta conmigo, pero no satisfecha.

—No —protestó ella ladeándose para mirarlo a los ojos—. Eso no es verdad.

—Sí que lo es. —Colocó la mano en la mejilla de ella y con el dedo pulgar siguió la línea de su mandíbula—. Por eso te regalé mis poderes. Quería que tuvieras una oportunidad. Quería darte la posibilidad de hacerlo bien la próxima vez.

—Lo hice bien la primera vez —insistió ella—. Siempre te he querido, siempre te he amado.

—Lo sé. —La tristeza abandonó sus ojos azules y fue sustituida por el brillo travieso del que ella se había enamorado—. Lo que tuvimos fue perfecto… pero ahora tienes algo aún más perfecto. Ojalá hubiera podido ser yo eso para ti. Sin embargo, me siento agradecido por lo que tuvimos. Sé que compartimos algo maravilloso.

—Sí. Así fue. —Victoria miró hacia el campo de flores que los rodeaba—. ¿Qué va a pasar ahora?

—Ahora, tú decides. —Le apretó la mano—. Te quedas conmigo o vives el resto de tus ocho vidas.

Ella le dio un leve golpe en el hombro con el suyo.

—Eso es un mito.

Darius sonrió.

—¿Sí? —Se burló él poniéndose de pie.

Victoria hizo lo mismo y se quedó mirándolo.

—¿Eres feliz?

—Desde luego. —Su hoyuelo resplandeció—. Estoy siempre contigo. No podría pedir nada mejor.

—¿Quieres que me quede?

—Quiero que seas feliz —contestó con voz baja y apasionada—. Ya sea conmigo o con Westin. Él te ama. Casi tanto como yo. Está tratando de hacerte volver mientras hablamos.

—Yo lo quiero. —Las lágrimas empezaron a caer sin control.

—Me alegro mucho, Vicky.

—También te quiero a ti.

—Sé que es así.

Inclinó hacia abajo su cabeza dorada, dirigiendo su boca a la de ella. Su avance era lento, pero desgarradoramente familiar. La presión de sus labios calmó una parte de su corazón que había estado inquieta mucho tiempo. No había tenido oportunidad de despedirse. Se lo habían arrebatado muy rápidamente. Aquella falta de un desenlace la había perseguido durante siglos.

Las manos de Victoria se apretaron sobre la camisa de lino de Darius y lo besó con desesperación. No con la pasión que sentía por Max, pero sí con el amor que habían compartido una vez y que aún

sentía. Fue una despedida agridulce, pero la hizo sentir absolutamente bien. Su vida estaba ahora con Max. Y su corazón también.

—Gracias —susurró ella—. No podría haberle salvado sin ti.

—Te veré en el otro lado, cariño —contestó Darius en voz baja—. Hasta entonces, no te metas en líos.

Victoria trató de abrir los ojos, pero en lugar de ello, se sumió en la oscuridad.

Victoria se despertó al sentir la nieve cayendo sobre su rostro. Notó un calor que la mecía por el lado derecho y se giró hacia él, gimiendo mientras un dolor penetrante le abrasaba el pecho.

—¿Gatita? —Incluso desde una considerable distancia, el doloroso interrogante de la voz de Max era inconfundible.

—Hola. —Apretó la mejilla contra la camisa empapada de él—. ¿Me has echado de menos?

—No te burles, condenada. Me dan ganas de matarte por haberme hecho pasar por esto. —La atrajo hacia sí y su enorme complexión tembló por la violencia de sus emociones—. Vaya disparate hacerle algo así a un hombre. Sobre todo, en Navidad.

—Lo siento, cariño. —Le pasó la mano por el costado.

«Cuida bien de ella, Westin.»

La voz de Darius recorrió el cuerpo de Victoria como una caricia real.

—Lo haré —aseguró Max con voz ronca.

Victoria giró la cabeza y vio a Darius de pie a varios centímetros de distancia. Translúcido y resplandeciente, la miraba con ojos cálidos y llenos de amor.

«Ahora vive tu propia vida —le aconsejó con ternura—. Ya has vivido suficientes siglos por mí.»

Ella asintió.

Despidiéndose con la mano, Darius desapareció.

Y con un chasquido de dedos de Max, también desaparecieron él y Victoria.

Epílogo

Seis días después...

—Como lo vuelvas a hacer, te voy a dar azotes en el culo hasta que se te ponga rojo —gruñó Max poniéndose encima de ella en su cama cubierta de terciopelo.

—¿Se supone que eso es una amenaza?

Victoria ronroneó mientras él giraba las caderas y apretaba su magnífica verga contra ella.

—No tienes ni idea, gatita. —Se retiró y embistió hasta el fondo y el prepucio grande y ancho de su miembro acarició un punto sensible dentro de ella—. Pensé que iba a perder la cabeza en aquel callejón. Así habría sido si Darius no te llega a traer de vuelta.

—Siempre iré corriendo hacia ti, Max.

Agarrándole la cadera con una mano, él respondió a su burla embistiendo su sexo con empujones fuertes y feroces.

—Córrete por mí ahora —dijo con brusquedad.

Ella llegó al orgasmo con un maullido, jadeando mientras un acalorado placer recorría con una explosión todos sus sentidos con un resplandor cegador.

Un murmullo provocador vibró en el pecho de él.

—Joder, ese sonido me pone muy cachondo.

—¿Después de casi una semana sin nada más que duchas, comida y sexo? —preguntó ella sin aliento—. Eres insaciable.

—Simplemente estoy disfrutando de mi regalo de Navidad, gatita. Además, a ti te encanta.

Max se quedó mirándola con sus ojos de color gris tormenta y ella supo que nunca lo había amado tanto. Durante la última semana la había tenido todo el rato a su lado, preparándole sus comidas favoritas, dándole de comer con la mano y lavándole el pelo y el cuerpo. Para una Familiar, aquello era el paraíso y ella lo absorbía como si fuera la luz del sol tras un invierno largo y gris.

—Max…

Embestía de forma rítmica, sumergiéndose hasta el fondo y lentamente para darle a ella tiempo para recuperarse, haciéndole sentir cada palpitante centímetro de él.

Victoria arqueó el cuello, clavó las uñas en su espalda y su vagina palpitó alrededor de él con un placer desesperado y muy intenso.

—Ah, sí —murmuró él con una sonrisa maliciosa a un lado de su preciosa boca—. Definitivamente, está claro que te encanta.

—Te quiero. —Le ofreció su boca y él la tomó con una pasión arrebatadora.

—Yo también te quiero.

Satisfecha por fin, los labios de Victoria se curvaron sobre los de él con una sonrisa felina.

Mujer de magia negra

Uno

Max Westin estaba en la cafetería de enfrente del Hotel St. John y apenas podía contenerse ante la expectativa de los orgasmos que iba a disfrutar durante las horas siguientes.

La mujer que iba a estar al servicio de sus necesidades se encontraba ya dentro. Había visto a Victoria en la acera recibiendo a su cita de negocios de esa mañana, con su ágil cuerpo embutido en una falda de tubo negra y una blusa esmeralda de seda que combinaba a la perfección con sus ojos endrinos. Llevaba unos tacones de aguja color carne que hacían que sus piernas ya largas pareciesen infinitas.

Estaba deseando sentirlas alrededor de sus caderas, apretándose en un esfuerzo vano de contener las embestidas de su pene dentro de ella.

El camarero gritó su nombre y él se dirigió al mostrador para recoger el té favorito de Victoria que había pedido acompañado de una generosa dosis de leche. Mientras salía por la puerta, consultó su reloj y se dio cuenta de que iba a llegar justo a tiempo de utilizar el almuerzo como excusa para monopolizar sus atenciones. La sangre le vibraba en las venas, calentándose a cada paso que daba.

Había estado dos días fuera, en una reunión con el Consejo Supremo, y la abstinencia de aquellas separaciones las sufría intensamente. Tenía el falo grueso y pesado entre las piernas, sus testículos llenos y duros. La necesidad de correrse en las apretadas y afelpadas profundidades del dulce sexo de Victoria se lo puso duro.

Max entró en el St. John por la puerta giratoria del vestíbulo y saludó con un movimiento de cabeza a los tres empleados de la recepción. Si hubiese estado seguro de que la reunión matutina de Victoria había acabado, podría haber recorrido la distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos, un hechizo vergonzosamente sencillo para un hechicero con sus poderes. En lugar de hacerlo, rodeó la esquina para entrar en el ascensor privado que funcionaba por código.

Cuando el ascensor empezó a elevarse, se obligó a controlar sus

deseos. La inagotable sed por su pareja había aumentado por la magia negra que había envuelto su última captura. Aunque Victoria era lo suficientemente fuerte como para saciar sus ansias más oscuras, él quería presentarse ante ella con ternura. Quería demostrarle que la había echado de menos desde lo más profundo de su alma, pues se había enfrascado en una captura sin ella y sabía que eso le haría daño, a pesar de que tenía buenas razones para hacerlo.

En el momento en el que las puertas del ascensor se abrieron en la planta de la dirección, la vio. El pecho de Max se tensó por la intensidad de su amor por ella, la feroz sensación de conexión que solamente había tenido con ella. Victoria estaba en la zona de recepción de su despacho, con una mano sobre su esbelta cadera y una amplia sonrisa en su sensacional rostro. Estaba hablando con los dos hombres que Max había visto con ella en la calle y las miradas ávidas de ambos delataban su acalorada apreciación masculina. Aquellos hombres estaban hechizados por la belleza y la traviesa naturaleza de Victoria, como lo estaban todos los hombres, que estaba jugueteando con ellos como la gata que era.

Max hizo una señal a la secretaria para que permaneciera callada de modo que él pudiera disfrutar del espectáculo, pero Victoria lo sintió, notó la carga de la fuerza que surgía entre ellos y la serenidad interna que le proporcionaba el volver a estar junto a la otra mitad de sí misma. Lo miró y él casi pudo ver cómo meneaba su cola.

—Ah, caballeros —ronroneó—. Ahora van a tener que perdonarme. Ha llegado mi cita para el almuerzo.

Los dos hombres trajeados lo miraron entonces para examinarlo.

—No quiero interrumpir —le dijo Max—. Puedo esperar.

—*Yo* no. —Victoria se acercó a él y cogió el vaso que llevaba en su mano—. Mi té preferido. Gracias. ¿Por qué no te pones cómodo en mi despacho? Sólo tardaré un momento.

Él se dispuso a hacer lo que ella le pedía, rozando cariñosa y posesivamente la curva de su cadera.

El despacho de Victoria tenía paredes con ventanales a dos lados: uno daba a la animada ciudad que había abajo y el otro a la recepción. Se trataba de un espacio femenino que, sin embargo, transmitía poder, y era allí donde ella dirigía su imperio de la hostelería. Su mente rápida e inteligente la mantenía varios pasos por delante de la competencia, mientras que su sensibilidad felina garantizaba una comodidad, un lujo y un servicio discreto para su clientela.

Max se desabrochó la chaqueta de su traje de Armani, se la quitó con un movimiento de hombros y la echó sobre el respaldo de una silla que estaba frente al escritorio.

Antes de conocerla, había admirado su inteligencia y ambición. En el tiempo que llevaban juntos, su respeto y reconocimiento no había hecho más que aumentar. Estar allí, en su guarida, reforzaba su orgullo por sus triunfos. Max sabía muy bien lo afortunado que era por ser el hombre que se atribuía su pertenencia. Aquélla era una decisión que volvería a tomar si tuviera la oportunidad, sabiendo incluso el coste que conllevaría y todo lo que arriesgaría por compartir su vida con una mujer tan magnífica.

Ella entró en el despacho rápidamente y sus ojos brillaron de amor y placer al verlo. Llevaba el cabello, de un lustroso negro azabache, rapado casi al cero, para exhibir mejor su fino cuello y sus esculpidos pómulos. Aquella suntuosa piel permanecía inalterable en su forma felina, junto con sus ojos. En cualquiera de sus encarnaciones —mujer o Familiar—, Victoria le dejaba sin aliento.

El amor por ella le hacía crecer la verga y provocaba todo instinto primario que había en él. Era casi una salvaje cuando se conocieron. La misión de Max había sido domesticarla para un posterior apareamiento con otro hechicero, o bien derrotarla. Al final, no pudo hacer otra cosa que quedársela para sí mismo. Se había vuelto tan necesaria para él como el aire que respiraba. Las sombras del salvajismo que había en ella se adaptaban a la perfección a la tendencia del propio Max a bordear los límites de la magia negra.

Victoria cerró la puerta de un puntapié al entrar y cruzó la amplia habitación con su exuberante elegancia felina.

—Te he echado enormemente de menos, Max.

—No más de lo que yo te he echado de menos a ti. —Le envolvió el cuello con sus manos, imitando el collar que la ataba a él. Con el pensamiento, lanzó un hechizo a la pared de cristal que enmarcaba la puerta del despacho para ocultar su abrazo de la vista de la recepción y creó una fuerza que evitaba que los molestaran.

Estaba en casa. *Ella* era su casa.

Max tomó su boca con un beso ardiente y delicioso, introduciendo la lengua profundamente y con seguridad, deslizándola por la de ella. Apretó su abrazo, no lo suficiente como para dejarla sin respiración, pero sí como para aumentar la sensación de presión que haría que su mente se alejara del trabajo y entrara en un lugar donde sólo existieran ellos dos. Victoria gimió y se derritió en sus brazos,

abandonando el peso del dominio y rindiéndose a la insaciable necesidad que Max tenía de ella. Se sintió invadido por una felicidad eufórica.

«Te quiero.» La apasionada declaración de ella se deslizó por la mente de Max como un humo fragrante, apartando las sombras que le habían invadido incesantemente durante los últimos dos días. La magia negra era tentadora y capturar a dos practicantes consumados le había vuelto a despertar su ansia de ella. De no ser por el amor de Victoria, podría ser vulnerable a su atracción. Ella hacía que siguiera estando cuerdo y limpio, le mantenía anclado mientras su poder seguía creciendo cada día que pasaba.

Separó los labios de los de ella y los acercó a su oído.

—¿Has sido buena mientras he estado fuera?

Ella le agarró la muñeca.

—Por supuesto. Pero ha sido duro.

Él se echó hacia atrás y la miró. Le pasó el dedo pulgar por encima del carnoso labio inferior sabiendo lo necesitada que debía estar tras haber obedecido su orden de no darse placer a sí misma mientras él no estaba.

—No tan duro como ha estado mi miembro los dos últimos días. Iba a esperar a después del almuerzo, pero voy a comerme tu boca ahora, gatita.

Ella le mordió la yema del dedo pulgar, mirando hacia abajo, sumisa. Él tiró de ella hacia atrás y la mantuvo pegada a su cuerpo, hasta alcanzar la parte delantera del escritorio y medio sentarse en el borde.

—Tócame —ordenó, necesitado de las manos de Victoria sobre su cuerpo.

Ella le desabrochó el chaleco con dedos ágiles y separó los filos para bajar la mano a lo largo de su corbata.

—¿Qué quería el Consejo Supremo?

—Lo que siempre quiere. —Respiró hondo, dudando si echar a perder su buen humor—. Sirius Powell se ha escapado.

Victoria se quedó inmóvil, con las manos sobre el corazón de Max. A continuación, acercó una silla y se sentó.

—¿Cómo es posible?

—Ha tenido ayuda. Xander Barnes se ha escapado con él.

Victoria se llevó la mano al cuello, tanteándose el collar que sólo aquellos que practicaban la magia podían ver. *Su* collar, el símbolo del sometimiento de ella y de la posesión de Max. Victoria comprendió la

gravedad de la noticia. Tanto Powell como Barnes eran unos granujas despiadados tan adictos a la magia negra que mataban a quienes la practicaban para robarles sus poderes.

Victoria no le preguntó por qué el Consejo le había elegido a él. Sabía que Max era su primera elección para capturar a los Otros —aquellos que habían cruzado con creces los límites de la magia negra y no podían ser salvados—. Aun así, él le explicó:

—Para empezar, fui yo quien los capturó a los dos.

Victoria dejó caer la mano en su regazo y la apretó en un puño.

—Por supuesto. ¿Estaban separados en aquel entonces? ¿O juntos?

—Separados. Pero esta vez mis órdenes son distintas. Ahora sólo tengo que sacrificarlos.

—Has dicho «tengo» en lugar de «tenemos». —Su mirada se endureció—. Formamos un equipo, Max. Ya no trabajas solo.

Él le tomó la cara entre las manos. Como Cazador de disidentes, no debería tener un Familiar. Aunque los Familiares aumentaban enormemente los poderes de un hechicero o una bruja, también constituían un terrible punto débil en la batalla. Él sabía de primera mano que eso era cierto, pues casi perdió a Victoria cuando se enfrentaron al Triunvirato. Verla sangrando y destrozada en la nieve aquella noche, con su vida apagándose a pesar de que él apretó su cuerpo contra el suyo, lo había llevado al borde de la locura. Pero nunca la abandonaría. No podía. Había dejado todo aquello por lo que siempre había luchado, renunciando a un puesto en el Consejo Supremo, y desatando con ello la ira de sus miembros, porque su vida no valía nada si Victoria no estaba en ella.

—Hay una razón por la que los Cazadores no tienen Familiares —le recordó él con cuidado—. Además, éste es un asunto inacabado de antes de conocerte.

—También lo era mi lucha contra el Triunvirato —espetó ella—, pero te permití que lucharas conmigo. No te atrevas a actuar como si yo fuera una carga.

Los dedos de él recorrieron la curva de sus cejas.

—Tú eres mi corazón.

—Max. —Su voz se suavizó. Pero mientras examinaba su rostro, entrecerró los ojos y adoptó la mirada calculadora de una astuta felina.

Para distraerla y recordarle la orden que ella tenía pendiente de cumplir, Max movió una mano y se quedó desnudo ante ella, con su ropa bien doblada sobre el sofá de detrás. Sentada, con los ojos al

mismo nivel de su ingle, Victoria se lamió los labios. Por un momento, controló su necesidad de obedecerlo y, después, accedió y acercó sus finas manos a su largo y ansioso instrumento.

Max deslizó sus manos por el cuello de ella y le levantó el mentón para que se miraran a los ojos.

—Me vas a chupar la polla porque eso me da placer, no porque tú lo veas como una forma de controlarme.

—¿Por qué no puede ser por los dos motivos? —le desafió ella.

—Ah, Victoria —canturreó, mientras la sangre se le calentaba a un ritmo peligroso. Concentrándose, apareció un cordel de seda y se lo enrolló a Victoria sinuosamente alrededor de las muñecas, atándoselas a la espalda—. Vamos a mantener ocupada esa bonita boca tuya con otra cosa antes de que te dé unos azotes.

—Max... —Ella se estremeció por la excitación y los pezones se le pusieron duros bajo la blusa. Lo mismo que le gustaba controlar, también le gustaba ceder... ante él. Sólo ante él.

—De rodillas —murmuró él acariciándose desde la base hasta la punta.

Ella se dejó caer desde la silla y bajó al suelo elegantemente, manteniendo el equilibrio gracias a su lado felino.

Él se apretó el miembro y llevó un chorro de fluido preseminal hasta la punta.

—Lámelo, gatita. Con esa lengua caliente y áspera que tienes.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás y abrió la boca, gimiendo cuando él le colocó una mano en la nuca y deslizó el pene dentro de ella con la otra.

—Hasta el fondo y despacio —le ordenó.

Max vio cómo ella se sometía y soltó un gruñido al sentirla. La boca de ella se movió sobre él, rodeando la sensible punta con un baño de calor húmedo. Él echó la cabeza hacia delante, con los ojos entrecerrados y los párpados pesados por aquel deseo narcotizador. Le acarició el pelo, pasando los dedos por la corona de sedosos cabellos, tratando de expresar sin palabras lo mucho que la quería.

A continuación, ella chupó, tirando de él más hacia dentro, y el cuerpo de Max se tensó mientras el placer amenazaba con romper las riendas de su control.

Gruñó, con el falo tan duro que le dolía.

—Me la estás chupando muy bien. No hay nada en el mundo como follarme tu boquita glotona.

La traviesa lengua de Victoria revoloteó por debajo del prepucio y

el sudor estalló en el pecho de Max. Ella lo miró con aquellos ojos verdes y rasgados, ardiendo de amor y sintiendo cómo su poder femenino brillaba en las profundidades de color esmeralda. La punta de su lengua sondeó el agujero del glande de su miembro dando lengüetadas al fluido preseminal que salía en un goteo continuo.

—Por todos los dioses, eres preciosa... —Se estremeció cuando ella le acarició los testículos con la mejilla. Ya estaban elevados y duros, pesados de semen y desesperados por derramarse a chorros por su garganta. Victoria chupó el tierno prepucio con fuerza y le sacó la leche. Tragó con avidez, ronroneando, y extrajo otra oleada de semen cremoso.

Soltó un murmullo de placer al saborearlo y chupó más rápido, dando lengüetazos a la gruesa verga.

Él apretó las manos, una a un lado, la otra, en el pelo de Victoria. Su abdomen se contrajo, mientras su cuerpo luchaba contra la necesidad de correrse demasiado pronto. La boca de ella estaba suave y caliente y su deseo era voraz. Los sonidos eróticos que invadieron la habitación estimularon la lujuria de Max y lo acercaron más al borde de la sinrazón.

—Me estás matando —dijo con brusquedad, con el pecho tenso de amor por ella—. No vayas muy rápido. Haz que dure.

Ella gimió alrededor de su pene como si le estuviese adorando, soltándolo para besarle la punta antes de seguir con la lengua las gruesas venas que lo recorrían. El brutal placer golpeaba el poco control del que disponía tras haber pasado varios días sin ella. La magia negra se retorcía en su interior, luchando contra las emociones que Victoria le inspiraba. No había espacio para el amor en la magia negra. Ni espacio para la magia negra en el vínculo de Max con su amada.

—Max —susurró ella—. No te contengas.

Ladeó su miembro y le acarició los labios con la punta.

—Me voy a correr para ti —prometió con voz áspera—. Cuando llegue el momento.

Ella hizo un mohín y él puso una sonrisa forzada, consciente de que Victoria pensaba que se estaba burlando de ella. La verdad no era tan hermosa, pero sí igualmente motivada por su preocupación por ella. Cuando se corriera, su magia fluiría hacia el interior de ella, aumentaría gracias a sus dones como Familiar y volvería a él. Victoria sentiría entonces su agitación y entendería de dónde procedería.

Ella se la metió hasta el fondo y sus mejillas se ahuecaron.

—*Victoria.*

Su lengua se agitó contra la sensible parte de abajo, provocándolo, tentándolo con la promesa de un orgasmo explosivo.

Max le tomó las mejillas para inmovilizarla, balanceó las caderas y penetró aquella ansiosa boquita dictando él el ritmo. Deslizándose hacia dentro y hacia fuera dejó que el placer fuera aumentando hasta sentir los primeros hormigueos del orgasmo. A continuación, fue más despacio para saborear la avalancha.

—Oh, dioses —gruñó mientras sus piernas se debilitaban por la atroz necesidad de dejarse ir tras varios días sin ella.

Victoria gimió y chupó frenéticamente retorciendo la lengua. Su necesidad de darle placer conmovió a Max, instándole a darle lo que ella quería. La soltó y se agarró al escritorio enroscando las manos alrededor del filo.

Ella movió la cabeza de arriba abajo y lo llevó hasta la parte posterior de su garganta, una y otra vez, mientras sus pestañas revoloteaban, concentrada en hacer que terminara. Sus suaves labios se deslizaban arriba y abajo, a lo largo de su verga, acariciándolo, provocándole para que se corriera dentro de su boca en movimiento. Con los ojos entrecerrados, levantó la vista hacia él, con los pezones en tensión, suplicando su caricia.

Max colocó la palma de las manos sobre sus pechos y los apretó, haciendo girar sus pulgares sobre las duras puntas. Ella se estremeció y gimió, y la vibración reverberó a través de la tensa complexión de Max. Las feromonas de Victoria impregnaron el aire, un olor tan carnal y tentador que él no podía resistirlo.

Con un grito ahogado, él se dejó ir, se corrió. El primer impulso le sacudió el cuerpo y un calor derretido le recorrió la columna antes de estallar desde la punta de su miembro. Gruñó mientras lanzaba chorros ardientes, bombeando semen en la temblorosa lengua de ella. La garganta de Victoria lo rodeó, cerrándose mientras tragaba hasta el fondo, bebiéndoselo. Ante los ojos de Max aparecieron puntos en movimiento y los pulmones se le detuvieron mientras el orgasmo lo destrozaba. Su fuerza salió desde su tenso cuerpo y explotó con una oleada de calor.

Las luces parpadearon violentamente. Con un grito de dolor, Victoria absorbió la magia y después la soltó con una ola de fuerza que rompió la cuerda de sus muñecas e hizo estallar la bombilla de la lámpara de su escritorio. La oscuridad se hizo en la habitación con un siseo, enroscándose y serpenteando para, después, introducirse de

golpe en Max, haciendo que se balanceara sobre el escritorio.

Victoria dio un traspié al levantarse y fue hacia él, lo agarró y lo sostuvo. Max enterró su rostro húmedo en el recodo de su cuello y la aplastó contra él, temblando mientras el poder vibraba a través de su cuerpo como el martilleo brutal de un dolor de cabeza.

Ella hundió los dedos en su espalda.

—Max… ¿Qué has hecho?

Dos

Xander Barnes se llevó la copa de vino a los labios y miró por las ventanas del restaurante hacia la terraza del café que había al otro lado de la calle. Allí, Max Westin daba de comer con la mano unos tentadores bocados a su preciosa Familiar.

—Tendremos que acabar con ella —pensó en voz alta—. Le está volviendo demasiado fuerte. Nunca podremos eliminarlo mientras la tenga a ella.

—Eh… —Sirius Powell estaba cortando su filete—. Antes de verlos juntos, habría estado de acuerdo, pero he cambiado de opinión. ¿Ves el modo en que la mira? La ama. Sería un desperdicio eliminar su punto débil con un simple golpe.

Xander se cruzó de brazos. Una suave brisa de la tarde le revolvió el pelo como los dedos de una amante.

—Entonces, tendremos que utilizarla en su contra.

—Sí. Eso creo.

—Tiene los poderes de Darius Whitacre.

Sirius sonrió y dejó los cubiertos en la mesa. Aquella Familiar era única gracias al anterior hechicero que le había transmitido su fuerza. Esa magia la hacía fuerte, lo cual hacía más fuerte a su vez a Max Westin, pero también era la causa de una nueva vulnerabilidad.

—Los poderes de Whitacre la hacen propensa a la magia negra. Sólo necesitamos proporcionarle un incentivo para que la utilice.

—Westin está aventurándose ya en ella para hacer que salgamos. Si ella no la ha probado todavía, lo hará pronto.

—Lo cual hará que quiera más —concluyó Sirius—. La magia de Darius no es su único punto débil. También lo es Westin. Considerando lo territoriales que son los Familiares, no va a querer que le recuerden de cuántas brujas ha disfrutado Westin.

Xander se rio silenciosamente.

—¿Quieres poner celosa a una Familiar? Eres muy malo.

Sirius jugueteó con la larga trenza rubia que le caía por el hombro.

—Y vamos a disfrutar de un gran espectáculo. ¿A quién deberíamos utilizar para ponernos manos a la obra?

—Jezebel Patridge —contestó Xander sin vacilar—. Ella y Westin tuvieron una relación ardiente e intensa durante un tiempo. Cuando él iba tras de mí, pensé utilizar su influencia, pero no dio resultado.

—¿Cómo piensas hacer que se involucre?

Sonriendo, Xander se recostó sobre el respaldo de la silla y le dio un sorbo a su vino.

—Con una nota del mismo Westin. Es bastante fácil de falsificar.

Sirius levantó la copa para brindar.

—Esto va a ser divertido.

Algo iba mal.

Victoria se apoyó en la puerta de la cocina y vio cómo Max preparaba la cena. Desde la primera noche en que él había entrado en su vida con la orden del Consejo Supremo de domesticarla, o bien matarla, la había estado cuidando. A cambio, Max no esperaba nada más que su amor, su confianza y su sumisión, y ella le daba todo eso a pesar de su temperamento de hembra alfa.

Sus ojos adoradores absorbían cada apetecible centímetro del cuerpo de él, desde lo alto de la cabeza hasta la punta de los dedos de los pies. El cabello negro oscuro le colgaba hasta los hombros en una melena espesa y exuberante que servía de marco a un rostro tan salvajemente masculino que hacía que ella se estremeciera sólo con mirarlo. Tenía los ojos del color gris de una tormenta de verano y sus labios eran sencillamente divinos, firmes y hermosamente esculpidos.

Sus poderosos brazos y espalda exhibían su fuerza mientras se movía por la cocina, su cuerpo sin más adornos que unos pantalones de pijama de seda anchos. Sus pies descalzos constituían una pícara tentación para su sensibilidad felina, y hacían que ella cambiara de forma y se enroscara entre sus tobillos. Su piel era del color del más delicioso caramelo, de textura firme y suave como el satén. Su trasero duro conseguía que la boca se le hiciera agua y, cuando Max se giró hacia el fregadero, ella vio el inconfundible balanceo de su pesado pene y la vagina se le apretó deseoso de sentir cómo la embestía por dentro.

Los dos días que había estado sin él habían supuesto una auténtica tortura, pero las horas que habían pasado desde el almuerzo habían sido peor. Se había levantado un muro entre ellos desde que habían

salido del despacho. Saber que él estaba en casa pero, a la vez, lejos era doloroso, tanto física como emocionalmente. Se había cerrado a ella de un modo que nunca antes había hecho. Aunque seguía siendo cariñoso y atento, no había duda de que estaba ocultándole la verdad de dónde había estado esos dos últimos días y qué había hecho. Durante la comida había hablado de todo excepto de lo que había decidido hacer con respecto a la reunión con el Consejo.

Max siempre había utilizado la magia gris. Pero lo que ella sentía ahora era mucho más peligroso. Y mucho más tentador.

Incluso en esos momentos podía sentir la oscuridad que envolvía el alma de Max y el control férreo que estaba ejerciendo por contenerla. La caza de brujos del poder de Sirius Powell y Xander Barnes le llevaría hasta el mismo límite. Aquella misión pondría a prueba las fuerzas de Max de muchas formas y a ella le correspondía apoyarlo mientras durara. Pero Victoria no podría hacerlo si él no le dejaba entrar.

Tras desabrocharse su bata de seda negra, Victoria se acercó a él y apretó su torso desnudo contra su espalda, envolviendo su pecho con sus brazos. Deslizó las manos por encima de sus abdominales marcados y sus firmes pectorales, apretando la carne caliente y dura con manos ávidas.

—Te quiero, Max —murmuró con los labios sobre su omóplato.

—Lo sé, gatita.

Ella bajó las manos y palpó entre la seda de los pantalones; luego desató el cordón para cogerle piel con piel el miembro cada vez más grueso.

—Te necesito.

Él se hinchó entre sus manos, lo que provocó en Victoria un ronroneo de placer. Se le pusieron duros los pezones y el sexo se le reblandeció, dispuesto. Lo acarició desde la base hasta la punta, haciendo que se pusiera más larga y más dura, preparándolo para darle placer.

De repente, él se apartó de la placa y se giró con agilidad. Tomó el control con una facilidad pasmosa, agarrando con una mano las de ella por detrás de la espalda. La excitación hizo que la piel de Victoria enrojeciera.

Max se inclinó sobre ella, con sus ojos tormentosos y ardientes. Pasó su mano libre por el centro de su cuerpo, desde el cuello hasta su sexo, colocando la palma de una forma posesiva sobre la carne vibrante que había entre las piernas de ella.

—¿Qué quieres, Victoria?

—A ti. —Se abrió de piernas, invitándolo a tocarla—. Siempre te he deseado, desde el momento en que entraste en mi vida.

Separándola, le acarició suavemente el clítoris.

—Me has tenido desde el principio.

Todo su cuerpo se ablandó y el corazón le palpitaba por estar sujeta y complacida.

—No siento que te tenga ahora.

Él movió sus hábiles dedos alrededor de la entrada a su cuerpo.

Ella ahogó un grito cuando él bajó la cabeza para lamer uno de sus pezones erectos; su lengua era un látigo de terciopelo.

—¿Por qué no me hablas de lo que ha pasado los dos últimos días?

El pelo sedoso de Max le acariciaba la curva de sus pechos. Con sus labios rodeó la punta hinchada y sus mejillas se hundieron mientras la chupaba. Metió dos dedos dentro de ella.

—Te he echado de menos —murmuró sobre la piel húmeda de Victoria—. Te follaría sin parar si pudiera. Me quedaría dentro de ti para siempre. Cuando no estoy dentro de ti, pienso en ello. Lo anhelo. No me siento completo cuando no soy una parte de ti.

—Sé una parte de mí ahora —susurró ella moviendo las caderas sobre las suaves embestidas de sus dedos. El fuego le recorría la piel, provocándole una capa de sudor. Su útero se apretó con la honda necesidad de estar conectada a él.

—Ahora estoy cocinando. —Su voz áspera sonó grave y firme y sus dedos se quedaron inmóviles… dejando que ella lo sintiera ahí, dejando que ansiara la fricción y la excitante oleada desfogue—. Cuando llegue el momento de jugar, te lo diré.

—Por favor, Max.

—¡Chis! Yo me encargo de ti. —Enrolló los dedos y le acarició el punto sensible de su interior una y otra vez. Ella llegó al orgasmo con un suave grito mientras temblaba entre sus brazos.

Max le proporcionó lo que quería sin dar nada de sí mismo.

Acarició con sus labios los de ella, que estaban separados, y sintió sus jadeos sobre su mandíbula.

—¿Mejor?

Victoria gimió cuando los dedos de Max salieron de ella.

—No. —Sin el placer de él, estaba vacía. Insatisfecha—. Me estás dejando fuera, Max.

Él deslizó su mirada por su rostro, tan lleno de amor y, sin embargo, cauteloso.

—Tienes que confiar en mí.

Victoria sintió cómo su pecho se tensaba dolorosamente.

—Eso no es justo.

—Acéptalo, Victoria —respondió él en un tono sereno de autoridad.

—Siempre hemos trabajado juntos —protestó.

—Y volveremos a hacerlo, cuando la situación lo requiera. —Le agarró el mentón con una mano—. Incluso con los poderes de Darius hay un límite a las cosas que puedes hacer. Y aumentar mi magia cuando voy en busca de dos granujas como Sirius y Xander puede resultar contraproducente.

—Entonces, ¡deja que te ayude en casa! Habla conmigo. No me dejes en la sombra.

Max metió la mano por debajo de su bata para colocarla sobre su nalga desnuda y atraerla con fuerza hacia él.

—Deja que cuide de ti. Eso es lo único que necesito.

Bajó la cabeza y tomó su boca, besándola con la pasión posesiva que la había seducido desde el principio. Sus labios firmes se sellaron sobre los de ella y deslizó la lengua bien dentro para acariciar la suya. En el pecho de Max retumbó un gruñido que vibró sobre los pechos de Victoria. El ligero vello de su pecho supuso un estímulo difícil de soportar. Max se había puesto duro y grueso, y su erección se presionaba contra la parte inferior del vientre de ella.

Le comió la boca, tomando posesión de ella, saboreándola con largos y profundos lametones. Introdujo los dedos entre los cortos cabellos de ella, colocando la palma de la mano sobre su cráneo y sujetándola con fuerza mientras bebía su sabor. Le hizo el amor con la lengua despacio, provocándola con la promesa de lo que de verdad ella deseaba.

Victoria gimió, perdida en sus brazos. Sentía los labios hinchados y calientes, los párpados pesados por los efectos narcóticos de la experta seducción de Max. Sus fervientes palabras resonaron en la mente de ella, sus declaraciones de obsesión incontrolada constituían un erótico contraste con su control absoluto al agarrarla.

Cuando ya estuvo sin aliento y dócil, él se separó. Le pasó la lengua por la carnosa curva de su boca.

—Primero a cenar.

Victoria asintió, pero su mente se aceleró. Ya había perdido a un hombre al que amaba. No estaba dispuesta a quedarse sentada mientras volvía a ocurrir lo mismo.

Tres

Max cortó otro trozo de vieira, la mojó en una deliciosa salsa de nata y, a continuación, la llevó hasta los exuberantes labios de Victoria. Ella ronroneó mientras masticaba, barriéndole con sus uñas la pierna al tragar. El orgullo y el placer recorrían el cuerpo de Max junto con el calor de dos dedos de buen whisky.

Ella negó con la cabeza cuando él cortó otro trozo.

—Ya está. No puedo comer un bocado más.

Max dejó el tenedor en la mesa, se inclinó hacia ella y le lamió una gota de nata de la comisura de su boca. Nunca había pensado en tener una Familiar. Nunca creyó que querría contar con esa responsabilidad. Pero cuidar de Victoria —darle de comer, bañarla, quererla— era su razón de ser.

—Has traído una película —le recordó— ¿Quieres verla?

—¿Y tú? —La voz de Victoria sonó suave y ronca y sus mejillas se sonrojaron llenas de vitalidad.

Cuando se conocieron, ella estaba muy delgada, sufría por la ausencia de un dueño que cuidara de ella. Había perdido a su anterior hechicero, Darius, dos siglos antes, y el abandono le había pasado factura tanto en su apariencia como en su temperamento. Se había convertido casi en una salvaje, provocaba al Consejo Supremo con fortuitas travesuras y se burlaba de los numerosos Cazadores que habían enviado para que la domesticaran.

Atraído por aquel espíritu, Max se había esmerado en sus cuidados desde que Victoria pasó a ser suya, manteniendo la mano firme con la que se desarrollaban los Familiares, pero proporcionándole espacio suficiente para que continuara desafiándolo. Se trataba de un delicado equilibrio que contentaba a los dos. Él la amaba con cada centímetro de su cuerpo y la deseaba con una necesidad tan profunda que era insaciable.

—Vamos a verla —contestó él deseando retenerla mientras pensaba cuáles serían sus siguientes pasos. Ya había tenido más de un

orgasmo antes. Había comprendido lo peligroso que era su búsqueda de Sirius y Xander. La magia que había vaciado en Victoria estaba contaminada y ella la había limpiado para él, haciéndole recuperar su ecuanimidad, pero ¿a qué coste para ella?

Victoria llevó el vino y las copas a la sala de estar mientras él quitaba las cosas de la mesa. Cuando se unió a ella en el amplio espacio de la sala de estar de su ático, vio velas encendidas en cada superficie y a su mujer acurrucada en el sofá con el mando a distancia en la mano. Dedicó un momento a estudiar su cuerpo, dorado a la luz de las velas y, a continuación, encendió la chimenea con un chasquido de dedos. Se echó en el sofá y sonrió mientras ella se arrimaba a él y ponía en marcha la película. La elección de ella de *Los mercenarios 2* le hizo sonreír. Era muy... típico *de ella*. Recostándose sobre los cojines, le pasó los dedos por el pelo y pensó en cuál sería el modo más eficaz de hacer salir a su presa.

La película iba por la mitad cuando Victoria decidió que merecía una recompensa. Max sabía que para ella no resultaba fácil la sumisión, en parte por su naturaleza y en parte por Darius, que le había regalado su magia mientras yacía moribundo tras una batalla contra el Triunvirato. Ella era la Familiar más poderosa de la que el Consejo había tenido noticia y su apareamiento con él, el Cazador más consumado, la hizo aún más fuerte. Le resultaba difícil ceder el control y él valoraba enormemente el hecho de que lo hiciera.

Agradecido por su amor y confianza, le pasó la mano por la elegante curva de su espalda y, después, la deslizó por debajo del dobladillo de la bata para jugar con ella.

Victoria giró la cabeza para rozar su mejilla con la de él y Max sintió su aliento caliente contra su cuello cuando ella susurró:

—Ah, Max... Me encanta cuando me acaricias.

Él la subió a su regazo de cara a la televisión y le separó las piernas a cada lado de su propio cuerpo para abrirla y continuar con sus caricias exploradoras. Victoria dejó caer la cabeza sobre su hombro y su respiración se aceleró cuando él la separó para masajearle el clítoris. Max ladeó la cabeza y le lamió el lóbulo de la oreja con la lengua, mientras su verga se volvía dura y vibrante contra la curva de su trasero.

—A mí me encanta tocarte —contestó él en voz baja, deslizando un dedo en el interior de su suave y sedoso sexo.

Ella bajó el volumen del sonido envolvente con sus poderes y cubrió con una mano la que él deslizaba entre las dos mitades de su

bata para colocarla sobre su pecho.

—Me necesitas, Max. No sólo en tu vida y en tu cama, sino en tu trabajo. Sobre todo, en una caza como ésta.

Max sacó su dedo lubricado y regresó con dos, embistiendo suavemente el interior de su trémulo útero.

—Irán a por ti para llegar hasta mí.

—Por supuesto que lo harán. —Tomó aire temblorosa mientras él la llevaba deliberadamente a un estado de excitación extrema, masajeando con sus dedos los tejidos sensibles de su interior—. Pero nosotros somos más fuertes juntos que por separado.

Lamiéndole la oreja, Max presionó la base de la mano contra su clítoris. Ella jadeó y se corrió, estremeciéndose encima de él. La sensación de tenerla retorciéndose en su regazo era deliciosa. Max se preguntó cómo había sobrevivido antes de encontrarla. Cuando miraba su pasado le parecía que no había más que sombras, recuerdos que carecían de claridad y definición. Parecía otro mundo lejos de la intensidad de esta existencia.

El resto de la película pasó en una neblina y Max sólo prestó atención al tesoro que tenía en sus brazos. Metía los dedos dentro de ella y los sacaba de un modo deliberadamente lento, con suavidad, haciendo que se corriera en repetidas ocasiones hasta que le suplicó que le diera su pene.

Cuando empezaron a pasar los títulos de crédito, él le colocó la mano en la mandíbula y le giró la cabeza. Tomó su boca con toda el ansia que surgía de su interior, la necesidad de ella que nunca quedaba del todo satisfecha. Victoria gimió mientras el beso se volvía descontrolado y codicioso y la lengua de él daba embistes profundos y rápidos, bebiéndose a lengüetazos su embriagadora saliva.

Victoria se dio la vuelta en sus brazos para mirarlo y sentarse a horcajadas, a la vez que introducía las manos entre su pelo. La respiración de Max se convirtió en un susurro que salía de sus pulmones y su miembro se humedeció ante la expectativa.

—Hora de jugar, gatita —dijo con voz ronca.

Victoria se echó hacia atrás para poder mirar los ojos entrecerrados de Max.

—Necesito más que esto. Necesito que tú me necesites, Max. Para todo. Sobre todo, para tu trabajo.

Las sombras recorrieron los ojos de él. El aire que los rodeaba se

volvió más cargado, pesado y electrizado. La fuerza salía vibrante de él en oleadas, lamiendo los sentidos de Victoria como las olas del mar.

Max apretó los labios y los convirtió en una línea seria.

—No me está gustando cómo estás sacando esta conversación a la hora del recreo. No puedes controlarme arrastrándome de mi polla, Victoria. Pero sí puedes muy bien cabrearme si lo intentas.

Ella sintió el fajín de su bata reptando por sus muñecas y atándolas por la espalda. La respiración se le aceleró hasta que el pecho le empezó a subir y bajar con rapidez. La vulva se le volvió resbaladiza por el deseo y el cuerpo se preparó para la deliciosa invasión del de él. Cuando Max la agarró de la cadera, ella se estremeció y su deseo se intensificó con un fino atisbo de miedo. Sabía que él se moriría antes de hacerle daño, pero Max tenía un alma oscura, sus deseos sexuales eran atroces e insaciables y su necesidad de dominarla, una parte intrínseca de su relación amorosa.

Durante el tiempo que habían pasado juntos, él había tomado su cuerpo de maneras que ella jamás podría haber imaginado y la había llevado hasta su límite y más allá. Era un amante habilidoso, señor de los deseos de ella y de los de él mismo, y con un control inquebrantable.

Con poco esfuerzo, la levantó y la colocó, sujetándola por encima del ancho glande de su falo. Entró un poco en la tensa abertura de su sexo y, después, introdujo los pocos centímetros necesarios para que ella hundiera las rodillas en los cojines del sofá. Victoria ahogó un grito ante la provocadora plenitud y aquella tentadora presión estimuló la expectativa de sentir su grueso órgano deslizándose bien profundo.

—No te muevas —le advirtió él en tono amenazante, prohibiéndole bajar hasta su regazo—. Tendrás mi polla cuando yo te la dé.

Le subió la mano suavemente por la espalda, se la colocó en la nuca y la obligó a doblarse hacia delante para poder comerle la boca. Ella cerró los ojos mientras sus labios se tocaban y el ángulo de la penetración empujó con fuerza contra su punto G. Ella se apretó alrededor del suave prepucio, ansiosa por sentirlo adentrándose más hondo mientras la ensanchaba.

—Max —gimió ella, desesperada por empezar la fricción.

—Sácame la leche, gatita. Muéstrame cuánto la deseas.

Victoria apretó hacia abajo y se estremeció golosa mientras su sexo ansioso trataba de tirar de él hacia dentro.

Con un fuerte movimiento de caderas, Max la complació, tirando

de ella sobre su intensa erección con una fuerza que la hizo gritar.

—*¡Max!*

Él soltó un gruñido. Su hermoso rostro estaba enrojecido y tenso, y las líneas de expresión se le marcaban con el éxtasis de la unión de los dos. Movió la cadera hacia arriba y apretó hasta el fondo.

—¡Qué polvo tan bueno y excitante!

Con las muñecas atadas a la espalda y la postura inclinada, Victoria no tenía apoyo. Sólo podía descargar su peso sobre Max y dejar que él la usara como quisiera, dejar que la sujetara mientras la embestía.

El acto de darse de una forma tan absoluta a él, de entregar su cuerpo sin reservas, era tremendamente excitante. Se iba poniendo más húmeda por momentos y su vagina se estremecía con un placer desesperado a lo largo de su verga, que se iba sumergiendo. Los sonidos eróticos invadieron la habitación —los gruñidos de Max y los profundos ronroneos de ella, el sonido de la carne al golpear la carne y la suave absorción del cremoso sexo de Victoria mientras él la penetraba.

—Fóllame —le ordenó él mientras con sus manos la enderezaba para que se pusiese recta. Agarrándole los pezones entre el pulgar y el índice, él se balanceaba y estiraba mientras ella cabalgaba sobre su miembro. La endiablada absorción de la carne sensible de Victoria resonaba entre sus piernas. Él la pellizcó lo suficientemente fuerte como para hacerla gritar y, a continuación, colocó las manos sobre sus pechos, amasándolos para suavizar el escozor. Y mientras tanto, las caderas de ella golpeaban contra las suyas y la verga de Max tocaba fondo con cada profunda embestida.

Victoria sintió el soplido de su aliento en la piel cuando él susurró con tono excitante:

—Cómo me gustas… Tan húmeda y apretada. Tu coño me está estrujando como un puño. Me faltan pocos segundos para correrme con fuerza dentro de ti.

—Sí —jadeó ella mientras su sexo se movía con espasmos ante la expectativa, absorbiéndolo con avidez.

Max la rodeó con sus brazos como si fuese de acero. Con un gruñido salvaje, se corrió, con chorros tan fuertes que ella los sintió. La magia de él la golpeó como un mazo, invadiéndola con una avalancha, mientras la impureza de la magia negra le arrancaba a Victoria un grito de su garganta.

Sus poderes de Familiar intensificaron la magia de Max y se la

devolvió. Él se apoderó de ella en cuanto le llegó y su respiración se convirtió en un siseo mientras su orgasmo era estimulado por la oleada de poder y su falo se hinchaba mientras bombeaba lleno de semen caliente y cremoso.

Victoria se estremeció por la necesidad de correrse, con su vagina preparada y dispuesta. Pero él no le había dicho que podía hacerlo y su cuerpo flotaba ante la expectativa de aquella orden.

Poniéndose de pie, Max se dio la vuelta y la echó sobre el sofá, cerniéndose sobre ella con su cuerpo grande y fuerte. Sus caderas arremetieron y clavó su grueso miembro bien dentro de ella. Se la benefició con violencia, sin apenas mantener el control, y por el modo en que la tomó, hizo que se sobrentendiera que exigía el orgasmo de ella. Se agarró al brazo del sofá y se metió con más fuerza dentro de ella, llevándola al orgasmo con largas y fluidas embestidas.

—Córrete —gruñó—. Córrete ahora.

Victoria arqueó la espalda mientras el placer la atravesaba, apretando su sexo y, después, sacudiéndose sobre él. Gritó, temblorosa y retorciéndose por el amor y el deseo y por una desesperada oleada de magia. La fuerza salió de ella con un estallido, apagó las velas y, después, las volvió a encender con resplandecientes llamas. Max se arqueó hacia arriba con la cabeza hacia atrás con un gruñido viril. Se convirtió en el ojo de la tormenta y su cuerpo en el nexo de aquella tempestad mágica.

Victoria se aferró a él mientras aquello lo devastaba, el ancla que necesitaba pero que se negaba a agarrar.

Cuatro

A primera hora de la mañana, Max se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Victoria, que dormía profundamente. Puede que ella aún no se hubiese dado cuenta, pero la estaba vaciando y su magia estaba aprovechándose ávidamente de la de ella. Así era como actuaba la magia negra parasitaria. Era voraz y aniquiladora de almas y convertía a los hechiceros y brujas en adictos a los que no les importaba nada aparte de su próxima dosis.

Max se puso los pantalones y se ató el cordón mientras salía a la sala de estar. Durante la siguiente hora, aumentó la protección alrededor del apartamento, reforzando la seguridad para proteger su posesión más valiosa. Había estado a punto de perder a Victoria en la batalla contra el Triunvirato y casi había perdido la cabeza en el proceso. Esa noche había cruzado una línea al utilizar tanto la magia blanca como la negra para traerla de vuelta del Reino Transcendual. En ese momento, cambió, mancillado por aquella violación de una ley sagrada. El Consejo decidió no renegar de él, pues era demasiado valioso para Ellos como hechicero capaz de hacer lo que fuese necesario.

Una vez protegido su hogar, entró en el dormitorio. La mujer que dormía en su cama estaba estirazada como un gato, con los brazos por encima de la cabeza y las piernas extendidas. Unos suaves ronroneos retumbaban en el aire y llenaban a Max de una felicidad que no había conocido antes de ella. La sábana de satén de oscuro color púrpura envolvía su piel pálida y cubría su terso vientre, aunque dejaba al aire un pecho y una pierna.

No debió haber regresado a casa para verla después de comenzar la caza. Debería haber permanecido fuera hasta que hubiese terminado.

—Max.

Forzando una sonrisa, se inclinó sobre Victoria y besó su suave boca.

—¿Por qué te has levantado?

Él acarició su nariz contra la de ella y, a continuación, se incorporó.

—Estaba pensando qué darte para desayunar.

—Mmm... —Adoptó su sonrisa de gata, una provocación a la que el cuerpo de él reaccionó al instante.

—¿Quieres ducharte antes o después? —Max disfrutaba de Victoria de cualquier forma, pero desnuda y mojada era una de sus favoritas.

—Quiero quedarme en la cama todo el día contigo.

Max respiró hondo, pues deseaba lo mismo, pero sabía que no podía permitirse el lujo de perder un día entero. Mientras Powell y Barnes estuviesen en la calle, Victoria corría peligro.

—Pronto, gatita.

Victoria entrecerró los ojos.

—¿Vas a empezar la caza?

—No hay momento mejor que éste. —Se dirigió a la cocina con la esperanza de evitar una pelea.

Se dio cuenta de que había sido en vano cuando un gato negro y meloso corrió a su lado y se sentó rápidamente en el umbral de la cocina. Victoria no podía seguir el ritmo de él en su forma humana, pero le había ganado en la felina.

—Cariño —dijo él con tono serio moviéndose para no pisarla y recibiendo un golpe.

Ella cambió de forma y apareció ante él en toda su gloriosa desnudez.

A él se le cortó la respiración, como ocurría siempre que la veía desnuda. Nunca había deseado más a ninguna mujer.

Con un movimiento impaciente de los dedos, la cubrió con una bata de seda roja y le gustó cómo ese color contrastaba con su piel cremosa y su pelo negro.

—No vamos a discutir sobre esto otra vez.

—Al menos, dime adónde vas y cuánto tiempo vas a estar fuera.

Max la miró sorprendido.

—Eso ha sonado como una orden.

—Quizá lo sea. Max, tú me seguiste cuando yo traté de salir de tu vida. Me reclamaste. Si no querías problemas, deberías haber dejado que el Consejo me apareara con Gabriel, como era su intención...

«¡Victoria!» La magia salió de él junto con unos agrios celos. No podía imaginársela con ningún otro, le ponía furioso.

—Me estás presionando, gatita.

Al ver el temor en sus ojos, Max tiró de ella para acercársela y la

besó en la frente.

—Están cerca —dijo en voz baja—. Muy cerca. Necesito saber que estás a salvo o les proporcionaré una oportunidad que, de otro modo, no existiría.

—Yo también los noto —contestó ella acurrucándose en sus brazos —. Eres fuerte, Max. El hechicero más fuerte que he conocido. Pero ¡son dos contra uno! Al menos, conmigo puedes igualar las posibilidades.

—Puedo igualarlas sin ponerte en peligro.

—Con la magia negra. ¡Eso es demasiado peligroso!

Max apoyó el mentón sobre la cabeza de ella.

—Los iguales se atraen. Tengo que hacer que se acerquen.

—¡Por eso es aún más importante que yo esté contigo! —Se apartó para mirarlo y sus ojos esmeralda le suplicaban—. Puedo dejarte encerrado.

—O yo puedo corromper la magia de Darius y lanzarte demasiado lejos.

—¿Es a eso a lo que tienes miedo?

Max la soltó y le pasó una mano por el pelo.

—Entre otras cosas.

—Nunca he tenido nada que perder.

Victoria le colocó la mano en la mejilla y se puso de puntillas para juntar su boca con la de él. Clavó su lengua sobre los labios de Max y dejó en ellos su sabor.

—No te preocupes por mí —murmuró.

—No puedo evitarlo. —La agarró de la muñeca y sintió lo frágil que era. A pesar de todo su poder, era vulnerable y delicada—. No lo voy a conseguir sin ti, Victoria. Lo eres todo para mí.

—Max...

La besó, silenciando así las súplicas que trataban de debilitar su determinación.

Victoria se esforzó por aceptar la decisión de Max, combatiendo la sensación premonitoria que la perturbaba. Lo último que deseaba era distraer en modo alguno la atención de Max de su caza, a pesar de estar segura de que no debería ir solo.

Max le subió la cremallera de la falda y, a continuación, le pasó las manos por la cadera. Le acarició la nuca con los labios y ella cerró los ojos. Estaba tan acostumbrada a que cuidaran de ella que se había

sentido perdida los dos días que Max había estado fuera.

—¿Lista? —preguntó él.

Victoria asintió, aunque era mentira. Max la llevaría al trabajo y, después, desaparecería y ella no tenía ni idea de cuándo estaría de vuelta —si es que volvía—. No era propio de ella aceptar no salirse con la suya. Max era el único que le había dicho alguna vez que no. Aprendió a aceptarlo porque sabía que la recompensa haría que el sufrimiento de la negativa mereciera la pena, pero esta vez no veía ninguna recompensa más allá de esperar y rezar porque él regresara a ella con vida y sin corromper.

Entrelazó su mano con la de ella y, en un abrir y cerrar de ojos, estaban en la esquina del St. John. Victoria volvió a quedarse anonadada ante la envergadura de los poderes de él... y eso la excitó. Max hacía uso de su magia con gran facilidad. Sin ningún esfuerzo. Y lo hacía con un aire de dominio que le resultaba sensual y enormemente atractivo.

—No bajes la guardia —dijo Max en voz baja.

—Por supuesto que no.

La besó en la frente, en los párpados, en la punta de la nariz y, después, por fin en la boca. Su olor era maravilloso y su aspecto aún mejor. Alto, fuerte y esbelto, con sus anchos hombros envueltos en un Armani entallado. Aquel traje negro de tres piezas hacía juego con su pelo oscuro, enmarcando un rostro esculpido que aún seguía haciendo que a ella se le cortara la respiración al verlo sonreír.

—Deja de preocuparte —le advirtió él.

Abrumada por el miedo, Victoria lo agarró de la corbata.

—Deja esta caza. No vayas.

—Victoria...

—Pueden enviar a otro.

—Yo no quiero que envíen a otro.

Ella se quedó inmóvil.

—¿Por qué? ¿Es que el Consejo Supremo te ha amenazado? ¿Me han amenazado *a mí*?

—No. —Le puso la mano en el cuello y sus ojos plateados le recorrieron el rostro—. Yo me dedico a cazar, Victoria. Siempre lo has sabido.

—Sí, pero habrá otras ocasiones. No tienes por qué aceptar...

—No tan estimulante como ésta.

Ella se quedó mirándolo y la respiración y el pulso se le aceleraron.

—¿Preferirías esta caza a mí?

—No digas eso. —Su expresión se endureció—. Soy quien soy. No me querrías de otro modo.

—¡Te quiero vivo!

—Tú quieres a un depredador como tú. Has derrotado a todos los Cazadores que te han acechado antes de que yo apareciera. Los derrotaste y los echaste a un lado. —La agarró de los brazos y la puso de puntillas—. Me dedico a cazar y a atrapar a otros. Yo te cacé a ti. Y me quedé contigo. Y volveré a casa contigo. No intentes atarme, gatita. Yo no lo aceptaría y tú no lo querrías.

«Te quiero.»

Ella lo miró atentamente a los ojos mientras sus palabras recorrían la mente de él.

«Yo también te quiero.»

Max la envolvió en sus brazos. La sostuvo cerca y a ella no le importó que estuviesen abrazados en la calle mientras la gente pasaba a su lado. No quería soltarlo.

—Vamos —dijo Max por fin apartándose—. Cuanto antes empiece, antes habré terminado.

—Ya has empezado.

El pecho de Max se expandió al respirar honda y lentamente. Un reconocimiento silencioso.

Con la mano en el codo, le hizo doblar la esquina y se detuvo de pronto. Victoria dio un traspiés a su lado e hizo acopio de sus poderes para enfrentarse a la amenaza. No era lo que se esperaba.

Ella no era lo que Victoria se esperaba.

Menuda y voluptuosa, aquella rubia que aguardaba delante del St. John estaba claramente esperando a Max, como evidenció la amplia curva que se formó en sus labios rosados cuando lo vio. El cuerpo de Max se puso tenso al verla e hizo que a Victoria le crecieran las garras mientras un gruñido grave resonaba en su pecho.

Aquella mujer era una bruja. Y poderosa. Victoria pudo sentir la magia que desprendía. Con altísimos zapatos de tacón de aguja y un vestido cruzado azul sin mangas, aquella bruja atraía las miradas de todos los hombres que la tenían en su campo de visión.

—Por fin vienes —dijo la rubia, acercándose a ellos con un andar lento y seductor mientras balanceaba su cabello largo hasta la cintura —. Siempre te gusta hacerme esperar. No es que me haya quejado nunca.

Ignoró a Victoria por completo.

—Jezebel —contestó Max con voz cansina—. ¿Qué estás haciendo

aquí?

—Cuando escuché tu nombre unido a los de Powell y Barnes, no había nada que pudiera mantenerme alejada. Una caza doble como ésta aparece una vez en la vida. —Sonrió y sus ojos azules resplandecieron con un reconocimiento femenino mientras lo recorría con la mirada de la cabeza a los pies—. Teniendo en cuenta todo el tiempo que dura nuestra vida, querido, es mucho decir.

Se detuvo delante de Max y le pasó la mano por la corbata, sin tener en cuenta el hecho de que él tuviese la mano entrelazada con la de otra mujer. Max la agarró de la muñeca, lo cual hizo que la sonrisa de ella se ensanchara.

—Jezebel, permite que te presente a Victoria. Cariño, ésta es Jezebel... una vieja amiga.

Victoria se enfureció, consciente de lo buena «amiga» exactamente que Jezebel había sido de Max. Saltaba a la vista la sensualidad que había entre los dos, igual que su química.

«¿Te has follado a ésta?», preguntó.

«Guarda tus garras, gatita.»

Jezebel dirigió la mirada a Victoria por primera vez.

—Una Familiar. Qué curioso. Me habían dicho que te habías emparejado con una, pero no me lo podía creer.

—Pues créetelo —gruñó Victoria enfatizando sus palabras con un repentino soplo de aire que hizo que la rubia se tambaleara hacia atrás sobre sus tacones.

—Victoria —le advirtió Max. «No puedes enfrentarte a ella. Es muy poderosa.»

«No me importa. ¡Está hablando de mí como si yo no estuviese presente!»

«Está tratando de hacerte enfadar —respondió él con seriedad—, y tú se lo estás permitiendo».

Jezebel se rio con una carcajada y se apartó el pelo.

—No está nada domesticada, ¿verdad? Conociéndote, Max, eso te parecerá un entretenimiento estimulante.

Victoria esperó a que él dijese algo en su defensa.

—Deja que lleve a Victoria hasta la puerta y después hablamos —dijo en su lugar.

«Si te vas con esa puta, me voy a enfadar.»

«Ya lo estás», repuso él.

«¡Max!»

Sintió el destello de magia que cortó el flujo de pensamientos que

compartían y notó un nudo en el estómago. Max estaba cambiando. Y lo que era peor, estaba desconectándose de ella mientras lo hacía.

Su beso superficial en la frente y un rápido «te quiero» no consiguieron aliviar el miedo que ella sentía de estar perdiéndolo.

Victoria vio a través de las puertas giratorias del St. John cómo Jezebel tomaba a Max del brazo y cruzaba con él la calle. Formaban una pareja llamativa. Max, alto y oscuro, y Jezebel, pequeña y dorada. Había también una familiaridad natural en el modo en que se movían juntos.

Max había estado con ella durante un período de tiempo considerable en algún momento.

Furiosa por los celos y el sentimiento de posesión territorial, Victoria se dio la vuelta y se dirigió a los ascensores, decidida a descubrir exactamente qué tipo de amenaza suponía Jezebel.

Cinco

—Demasiado fácil —dijo Xander con los ojos puestos en la Familiar de espalda rígida mientras ésta entraba por la puerta del Hotel St. John. Una entrada a la que él había lanzado un hechizo que provocaba inquietud.

Sirius volvió la cabeza para seguir a Westin mientras cruzaba la calle. Tenía más de una cuenta que saldar. Quería darle al Consejo Supremo donde más le dolía, y convertir a su chico de oro en un señor oscuro sería un golpe devastador. Westin ya les había adelantado buena parte del trabajo al atravesar el Reino Transcendual. Su aura estaba contaminada por ese esfuerzo. Debía ser un animal solitario... al que cazar... Pero Westin siempre se salía con la suya. El Consejo tenía más miedo de perderlo que de conservarlo.

—Necesitaremos algo más que ese pequeño enfado —murmuró Sirius—. Tenemos la oportunidad de mancillar a esa Familiar. Si metemos la pata, Westin se dará cuenta y tomará medidas. No tendremos una segunda oportunidad.

—¿Se te ocurre algo?

—Él necesita tener un motivo para no dejar que Patridge siga su camino. La mantendrá cerca si cree que es un objetivo.

—¿Quieres enfrentarte a los dos a la vez? —Xander miró a Sirius con los ojos abiertos como platos—. ¡Así se habla!

Sirius se trasladó a un lugar por delante de Westin y su bombón y se quedó entre las sombras. Extendiendo una mano espectral —formada por codiciosos rizos de humo gris—, lanzó un hechizo con el que creó un charco oscuro en la acera. Se revolvía suavemente y formaba ondas al notar que su presa se acercaba. Xander se unió a él justo cuando Jezebel Patridge pisaba el engañoso charco de agua de apariencia superficial.

Ella gritó cuando el agua le subió por el cuerpo como una manga, abrazando ávidamente las curvas que Westin conocía de una manera tan íntima. De la garganta de Sirius salió una carcajada...

Westin se giró de pronto. Extendió las manos y lanzó una bola de energía desde las yemas de sus dedos que golpeó a Sirius en el pecho con certera precisión. Lo lanzó hacia el interior de las sombras dando vueltas. Y después, más lejos, al olvido.

Arianna se acomodó en el asiento que había delante de la mesa de Victoria y cruzó sus piernas envueltas en pantalones vaqueros. Aquella bruja llevaba su pelo rojizo muy corto y de punta. Los ojos marrones muy maquillados con lápiz de ojos y los labios pintados de color borgoña acentuaban la palidez de su piel inmaculada. También hacía que la gente la tomara por una delincuente carente de talento.

Lo cierto era que Arianna era la mejor ayudante que había tenido nunca Victoria. Ya se tratara de alguna información o de algún objeto, ella lo encontraría.

—Westin ha estado follando con Jezebel Patridge de vez en cuando durante los últimos veinte años, más o menos —le informó la bruja, dejándose caer con su habitual pose desgarbada.

Victoria aguantó la respiración y, a continuación, la expulsó con fuerza.

—¿Veinte años?

—Nada serio, por lo que yo sé. La mayoría de la gente con la que he hablado los describe como amigos con derecho a roce. Lo cierto es que él no ha sido ningún monógamo. Ha estado saltando de cama en cama todo el tiempo. Aunque no siempre ha sido en camas, por lo que me han dicho.

Aquello no hizo que Victoria se sintiera mejor.

—Veinte años es mucho tiempo.

—Sí. —Arianna se encogió de hombros—. No hay historias truculentas de ninguna ruptura desagradable ni cosas así. Me da la impresión de que se trata más de una decisión de los dos de tomarse un descanso que de una separación.

Victoria se apartó de la mesa, se puso de pie y empezó a andar. Su necesidad felina de deambular cuando se sentía enjaulada había hecho acto de presencia con una venganza. Todo parecía estar enrarecido. El personal del hotel estaba siendo dirigido de manera desordenada por las preguntas y peticiones de los huéspedes. Victoria se preguntó si la inquietud que ella sentía estaba afectando a todos los que la rodeaban o si era lo contrario.

—Además, Patridge se ha convertido en una especie de experta en Westin y en su técnica. Ha impartido clases en la academia en las que analizaba los métodos que él utilizó para capturar a Barnes y Powell,

así que la información que he recopilado viene, sobre todo, de ella.

Ello significaba que Jezebel podría ser realmente útil para Max en una caza de esos mismos granujas, y pensar en eso no tranquilizaba a Victoria. Había investigado a Max cuando se conocieron, pero sólo superficialmente. Se daba cuenta de que, de forma inconsciente —pero probablemente también deliberada—, había evitado indagar sobre su vida personal. Incluso entonces, ella no había podido soportar la idea de que él estuviese con otra.

—¿Han realizado cazas juntos en el pasado? —preguntó Victoria, deteniéndose en la ventana para contemplar la jungla urbana que se extendía ante ella. La niebla se cernía sobre la ciudad oscureciendo las plantas superiores de los rascacielos que salpicaban el paisaje en varios kilómetros. Por debajo, el tráfico se deslizaba por las calles en filas infinitas y la cacofonía de la ciudad bañaba sus aguzados sentidos felinos.

—No que yo haya podido saber. Oye, no te vuelvas loca con esto. Ningún tío lo merece. Además, los compromisos deben cumplirse por parte de los dos. Casi nunca se oye hablar de parejas que se anden fastidiando el uno al otro.

—Casi nunca se oye hablar tampoco de parejas compuestas por un Cazador y una Familiar —repuso Victoria con frialdad, volviendo la cara de nuevo hacia la pelirroja.

—Cierto. —Arianna se puso de pie y sacó de su bolsillo una unidad de memoria USB. Se la lanzó a Victoria—. Pero él no vale una mierda si no sabe tenerla guardada dentro de los pantalones por ti.

Victoria cogió el dispositivo y cerró la mano en un puño alrededor de él. El nivel de experiencia de Max había quedado claro desde el momento en que ella le echó el ojo. Cada centímetro de su cuerpo exudaba pecado y sexo. Desde su forma de moverse hasta la seguridad que había en sus ojos. Y cuando la tocaba, su destreza la volvía loca.

Max Westin hacía el amor como los dioses.

Aun así, los hombres que jugaban a veces se terminaban descarriando y, claramente, Jezebel tenía algo que a Max le había gustado disfrutar una y otra vez. Durante *décadas*.

—Te pasaré la factura —dijo Arianna antes de salir.

Reponiéndose, Victoria se sentó a la mesa y conectó la memoria USB. Estaba deslizando la flecha para pulsar sobre el fichero cuando sintió los primeros hormigueos de la magia de Max introduciéndose en la suya. Sin mayor aviso, la intensidad de la atracción estalló. La absorbió la fuerza como un fuerte torbellino, tirando de ella hasta que

cayó de la silla sobre el suelo.

—Maldita sea. —Jezebel se quedó mirando la humeante taza de té que sostenía entre sus manos—. Ese asalto no debía haberme asustado tanto.

Max estaba de pie junto ella, con lúgubres pensamientos.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. Jezebel llevaba puesta una de las batas de Max. Se había desecho de su ropa porque estaba contaminada. Se había duchado, pero su pelo y su maquillaje estaban tan perfectos como siempre, retocados con un sencillo conjuro.

Él miró el reloj de pared. Sabía que Victoria saldría del hotel en una hora. No podía arriesgarse a que volviera a casa sola y sin protección, por muchos poderes que tuviera.

—Tengo que irme.

—¡No vayas a por ellos sin mí! —protestó Jezebel poniéndose de pie, movimiento que hizo que la bata que llevaba se abriera y dejara ver su pierna desnuda.

En el pasado, aquella visión habría removido el deseo de Max y le habría puesto dura la verga, pero ahora tenía poco efecto sobre él. Sus pensamientos estaban con Victoria.

No estaban del todo concentrados en mantenerla a salvo.

Animado por el hecho de hacer uso de toda la fuerza de su magia, su deseo estaba candente y su mente pasaba de una visión erótica a otra. Quería a su mujer desnuda y atada, con su ágil cuerpo tendido y abierto para su disfrute. Sólo entonces estaría ella abierta a la oleada de magia que repondría lo que él había tomado de ella antes. Y también le repondría a él, lo que aumentaría las reservas que necesitaba para derrotar a su presa de una vez por todas.

—Voy a por Victoria —dijo con la voz ronca por lo profundo de su deseo.

Jezebel apretó los labios al oír cómo mencionaba a su Familiar.

—Voy contigo.

—No es una buena idea. —Su gatita ya se había alterado bastante con Jezebel. Pero más importante era el hecho de que cuando él pusiera sus manos sobre Victoria, no la iba a soltar hasta que hubiese derramado hasta la última gota dentro de ella. Estaba claro que Jezebel no iba a estar conforme con tener que esperar mientras él lo hacía.

—¿Es que no sabe cómo eres, Max? —preguntó ella con la mirada

resplandeciente... e igual de dura—. Los celos son inútiles contigo.

—Ya no soy el hombre con el que solías follar, Jezebel.

—Entonces, ¿es que ella te ha domesticado a ti? —le provocó en voz baja—. Qué pena.

Max torció la boca y se alejó. Decidió no molestarse en ponerse el chaleco y la chaqueta. Tenía la sangre caliente por la caza y eso hacía que prefiriera la piel desnuda a ir vestido.

—Jezebel, tú y yo podemos ser amigos o no. Tú decides.

Ella se materializó desnuda y de rodillas delante de él, con la cabeza inclinada en una postura de sumisión que sabía que sería un estímulo para su naturaleza dominante. Se colocó las manos en las rodillas mientras su cuerpo esperaba sus órdenes.

—Mientras me metas la polla dentro, puedes llamarme lo que quieras. La necesito, Max. Me siento vacía sin ella.

Max respiró hondo. Su cuerpo estaba duro y dolorido y la magia negra seguía aferrada levemente a Jezebel, invocando la oscuridad que había dentro de él. La mente del Cazador conservaba recuerdos ardientes de su pasado con Jezebel, una verdadera sumisa, lo que provocó una reacción reticente ante la visión de su capitulación. Aunque Victoria se rendía al final, no era sin mostrar cierta resistencia. Le daba el control a él porque decidía complacerlo, no porque se viera forzada de verdad a hacerlo.

Pero ella era la única mujer a la que él quería. La única que podía apaciguar a la bestia que había dentro de él.

Se dirigió rápidamente al despacho de Victoria, instigado por la idea de someter su carácter desafiante por naturaleza. En ese sentido, Jezebel tenía razón: a Max le encantaban los desafíos.

Su gatita estaba sentada tras su mesa con una expresión de concentración en su precioso rostro mientras leía algo en la pantalla. Tenía sus largas y esbeltas piernas cruzadas a la altura de los tobillos por debajo de la mesa y unos pendientes de diamante relucían con un fuego de múltiples tonalidades en sus orejas. Él apareció detrás de ella, leyendo por encima de su hombro, intrigado al darse cuenta de que estaba investigándolo a él.

Oh, dioses, cómo la amaba. Le encantaba que estuviese tan consumida por él como él lo estaba por ella.

—Quiero tu coño —dijo con brusquedad impulsado por su necesidad—. Y tu culo.

Victoria giró la cabeza hacia él y se puso de pie.

—Max, ¿qué carajo ha pasado hoy?

Él chasqueó los dedos y le quitó la ropa, dejándola tan desnuda como había estado Jezebel. Las dos mujeres no podían ser más distintas, no sólo en su apariencia, sino también en el efecto que provocaban en él. Mientras el deseo se le despertaba de manera instintiva con Jezebel, lo que Victoria le provocaba era un tipo de ansia completamente distinto. Voraz. Insaciable. Que le llegaba hasta el alma. Que estaba provocado tanto por su amor por ella como por el deseo por su cuerpo.

—De rodillas —le ordenó.

—Max…

—*Ahora.*

Victoria apretó la mandíbula antes de echar la silla a un lado y obedecer. Aquel indicio de rebelión fue un nuevo impulso para Max. Le tocó el hombro y la llevó hasta su ático al otro lado de la ciudad, un lugar donde él ya no residía pero que mantenía como cuarto de juegos.

—Muy bien, gatita. Es hora de jugar.

Seis

Victoria se puso tensa cuando se dio cuenta de adónde la había llevado Max. Al contrario que el apartamento que él compartía con ella ahora, con su cálida gama de suelos de madera de tonos miel y de paredes de colores crema, el antiguo piso de soltero de Max era de estilo industrial. Un suelo de cemento pulido enfriaba las rodillas desnudas de Victoria y los conductos de aire vistos por encima de su cabeza y las paredes de color gris claro los rodeaban, junto con una impresionante colección de objetos sexuales.

El sexo se le contrajo lleno de deseo, pues su cuerpo estaba entrenado para anticipar los placeres que iba a disfrutar en aquel espacio tan familiar. Pero la rabia y los celos hervían en su interior. No quería jugar. Quería pelea.

—¿Dónde está Jezebel? —preguntó, manteniendo la cabeza hacia atrás para mirarlo desafiante.

La boca de Max se curvó con una lenta y sensual sonrisa.

—Tus celos me ponen la polla tan dura que me duele.

—¿¡Estás seguro de que tu excitación no se debe al hecho de haber visto a la mujer a la que te has estado follando durante veinte años!?

Max empezó a desnudarse. Se desabrochó los botones de la camisa de uno en uno, mostrando centímetro a centímetro la dura amplitud de su pecho.

—Ahora mismo podría estar dentro de ella —contestó con voz lenta, mirando con los párpados pesados por la excitación que se apretaba contra la cremallera de sus pantalones—. Está desnuda en nuestro apartamento. De rodillas y desesperada por mi polla.

Victoria ahogó un grito y, a continuación, se movió para levantarse.

—¿Qué coño...?

Con un despreocupado movimiento de la mano, él la desnudó y la mandó a la cama, que estaba al otro lado de la habitación. Una barra de prácticas de *bondage* apareció sobre el satén rojo, junto a ella, y un

gran estremecimiento le recorrió el cuerpo al verlo. Pronto estaría indefensa y expuesta, con el cuerpo sujeto y dispuesto para servirle a él. Antes de Max, nunca se había imaginado que ansiaría ese grado de vulnerabilidad y pérdida de control. Ahora, no podía imaginarse sin ello. Él le decía qué tenía que hacer y sentir. Y, a cambio, ella alcanzaría orgasmos hasta volverse loca de placer.

—No puedes echarme en cara mi pasado —repuso él, con voz tensa y grave—. Me gusta follar. A ti también. Durante el resto de nuestras vidas vamos a follar solamente el uno con el otro. Lo demás no importa.

Se acercó a ella con ese caminar tan extremadamente sensual y que prometía darle todo lo que ella pudiera soportar, con sus músculos formando ondas por todo su cuerpo. Tenía una erección gruesa y larga y su ancho prepucio resplandecía por la excitación. Se curvaba hacia el ombligo, con un tamaño suficiente como para hacer que ella apretara las piernas ante el ansia que le despertaba. Victoria se incorporó y se sentó sobre sus piernas enroscadas, deseando tenerlo pero también deseando que le diera respuestas.

Le resultaba más difícil permanecer concentrada en la conversación de lo que le gustaría admitir. Sabía exactamente qué se sentía con aquel pene dentro de ella, cómo la abría y le frotaba todos los puntos más sensibles, cómo ella se retorcía bajo aquel cuerpo tan duro y le suplicaba que se lo diera todo.

—Max...

—Debería estar de caza.

Llegó a los pies de la cama y ella vio el sudor que resplandecía sobre los acerados surcos de su abdomen. Una gota cremosa y reluciente de líquido preseminal se deslizaba hermosamente a lo largo de su miembro de gruesas venas.

Eso lo hacía más sensual.

—Pero en lugar de estar allí, me falta el aire por todo lo que te deseo —continuó—. No puedo pensar. Estoy deseando meter mi polla dentro de ti y correrme hasta que las pelotas dejen de dolerme.

—¿Te ha puesto ella así de caliente? —preguntó Victoria en voz baja.

—Nunca. —Cogió la barra apretando el puño y, de repente, el cromo brillante parecía peligroso al estar sostenido por aquel brazo tan hermosamente definido—. Nunca he sentido esto por nadie. Lo sabes. Deja de dudar de mí, Victoria. Está empezando a hincharme los huevos.

Ella tomó aire rápidamente, sus pezones duros y ansiosos. Él estaba allí de pie, esperando, un hombre impresionante completamente en celo, con la expresión severa por la necesidad de montarla.

—Ya sabes qué tienes que hacer —dijo con voz ronca—. No me hagas esperar.

Victoria se giró y se tendió boca abajo, extendiendo las piernas para colocarse la barra. El pulso se le aceleró, estimulándole la respiración y el deseo. Aun así, no pudo evitar decir:

—Ella querrá que vuelvas.

Su antigua amante estaba en la casa, desnuda y dispuesta. ¿Qué excusa podría haber para eso?

—No me importa lo que quiera ella. Sólo me importas tú. —Una suave cinta de cuero envolvió el tobillo de ella apretándolo—. Tu magia está en mí. Te siento. Te huelo. —Deslizó la mano con veneración por la parte posterior de su pierna hacia arriba—. Te saboreo.

Ella gimió.

—¿Por qué está en nuestra casa?

—¿Por qué estás tan obsesionada con ella? —Dejó caer la mano con fuerza sobre su nalga. El sonido de la carne contra la carne retumbó como un trueno. Ella gritó y se retorció, con la piel ardiendo por el azote—. Sabes que te quiero demasiado. No hay sitio para nadie más.

Su voz vibraba de la emoción y Victoria apretó los ojos al cerrarlos. La mano de él le golpeó con fuerza la otra nalga y el calor le recorrió las piernas, hinchándole los labios de su sexo.

—No sabes cuál es vuestro aspecto cuando estáis juntos —se quejó ella—. Lo evidente es que os gusta follar juntos. No lo comprenderás a menos que me veas con alguno de los Cazadores que vino antes que tú. Si vieras cómo me miran, de un modo que deja claro que saben lo que se siente si les mamo la polla... si están dentro de mí...

—*Victoria* —gruñó él justo antes de doblarse y hundir los dientes en su cadera. Castigándola. Marcándola.

Victoria gimoteó, tan excitada que el cuerpo le dolía.

—Odio que ella sepa lo que se siente contigo. Los sonidos que haces. Odio que la desearas tanto.

—No tanto como a ti —susurró él, acariciándole la mejilla con la suya—. Ni por asomo.

El otro puño de cuero se abrochó por arte de magia en el tobillo.

—Hoy han ido a por ella —le explicó él con voz áspera—. La han

atacado en la calle a plena luz del día estando yo a su lado.

A Victoria se le cortó la respiración.

—Te dije que esta caza era peligrosa. Te dije que irían a por quienes me rodean. Podrías haber sido tú…

La voz se le quebró. Deslizando las manos suavemente por debajo de su torso, las colocó sobre sus pechos, tiró de ella hacia arriba para que se pusiera de rodillas. Él se montó sobre la cama mientras le tiraba y le exprimía los pezones, Victoria sintió el pecho de él caliente y duro sobre su hombro y su pelo como una suave caricia sobre su cuello. Arqueó la espalda apretando sus ansiosos pechos contra las manos de Max y dejó que su equilibrio dependiera por completo de la fuerza de él.

—Podrías haber sido tú —repitió él con los labios sobre el cuello de ella—. Y yo no podría haberlo soportado, Victoria.

—Deja que te ayude. Por favor.

—Me ayudas ahora. —Le agarró con fuerza la nuca y la echó hacia delante, sujetándola por la cintura mientras ella se doblaba para apretar la mejilla contra la cama.

Extendió los brazos entre las piernas desplegadas y quedaron al instante atados a la barra con unos puños de cuero. Se quedó indefensa e incapaz de moverse, con las caderas arqueadas hacia arriba y el sexo abierto y en posición para darle placer a él. Para la más profunda de las penetraciones.

Victoria gritó de la excitación y ante la expectativa. Cuanto más sujeta estaba, más caliente se ponía Max. Y cuanto más caliente se ponía él, más lo deseaba ella.

Max se incorporó y chasqueó los dedos. Fue el único aviso que ella tuvo antes de que el latigazo de un flagelador le quemara la parte posterior de sus muslos. Victoria gimió sobre el edredón, absorbiendo el pico del dolor con el sexo apretado. Dentro de ella, algo se rebeló. Pero no era más fuerte que su deseo. Max la llevaba a lugares a los que no quería ir y a los que, sin embargo, estaba deseando llegar.

Él le acarició la piel caliente y dolorida.

—Deja de pelearte conmigo.

—Fóllame.

El flagelador volvió a bajar. Ella apretó los dientes ante aquel placer/dolor. Max hacía uso de la perfecta cantidad de fuerza con destreza y meticulosidad. Victoria no pudo evitar preguntarse cuánta experiencia tenía, cuánta oscuridad había en él que le hacía necesitar una innegable subyugación.

—Deja de analizarme. —La voz de Max sonaba grave y controlada, tranquila y autoritaria. Le asestó otro azote, golpeándole sobre una carne nueva con una precisión certera. Cuando hubo terminado, las marcas pasajeras que le dejó formaban un dibujo claramente artístico —. Deja de dudar de mí.

—Max… —La súplica de su voz procedía de un manantial interno que sólo él había conseguido abrir.

—Deja de cuestionarme. Sólo he pasado dos días fuera, Victoria. Y pareces haber olvidado lo que me prometiste. —Las correas de gamuza golpearon sobre sus nalgas—. Servirme, obedecerme y complacerme. Nunca cuestionar una orden ni negarme nada. Nunca decirme que no.

—Te doy más de lo que nunca he dado a nadie.

El fustigador cayó con más fuerza. No lo suficiente como para lastimarla, pero sí como para que le prestara más atención. Al sonido de su respiración regular e impasible. A los latidos desbocados del corazón de ella.

Para hacer que se pusiera más húmeda. Más necesitada.

—Estás demasiado concentrada en tu vulnerabilidad —dijo él canturreando en voz baja mientras le masajeaba la carne ardiente con sus suaves dedos—. Era un regalo que me prometiste cuando pedí tenerte, pero lo cierto es que nunca me lo has dado, ¿verdad? Pero yo sí he cumplido lo que te prometí. Quererte… valorarte… mantenerte a salvo.

—Tu vida es peligrosa, Max. *Tú eres* peligroso. Forma parte de lo que eres.

—¿Sigues todavía discutiendo conmigo, gatita?

Ella se puso tensa, pero él le contagió su juego. Pasó del dolor al placer. Sus hábiles dedos planearon por encima de su vulva expuesta. Victoria se estremeció cuando aquella sensación le recorrió el cuerpo, tensándole la piel. Se le escapó un jadeo mientras le frotaba el clítoris y daba vueltas alrededor de él ejerciendo una ligerísima presión.

—¡Qué coño tan bonito! —murmuró, soltando su aliento caliente sobre los brillantes pliegues de ella. La provocó con la lengua, lamiendo el borde de su sexo—. Suave, apretado y cremoso. Voy a follármelo con fuerza y a tener el más delicioso de los orgasmos dentro de él. Voy a bombear hasta llenarte de semen denso y suave.

—Sí. Max… por favor.

Él se incorporó, la besó en los labios y le dio la vuelta para ponerla boca arriba. Victoria quedó tumbada con las piernas abiertas.

—No te corras.

Ella lanzó un gemido y tragó saliva.

—Te he obedecido.

Los ojos plateados de Max la miraron desde un rostro marcado por el deseo. Había en su mirada un salvajismo que ella no había visto antes.

—En la práctica, pero ¿es lo que querías?

Ella sintió un hormigueo de alarma en todo su cuerpo.

—¿Qué ha pasado hoy, Max?

Sujetando la parte posterior de la pierna de Victoria, Max se cogió el miembro con la mano y lo pasó entre los labios de su sexo, cubriéndolo con el líquido preseminal que le salía copiosamente de la punta. Lo tenía grande y duro, mucho más grueso de lo que ella había visto antes. Las venas le recorrían todo el miembro lo mismo que por sus antebrazos en tensión, su cuerpo listo para aparearse con la fuerza que había prometido.

—He derrotado a uno de ellos —espetó con los dientes apretados.

A continuación, embistió con su pene dentro de ella y su magia la azotó por dentro con igual fuerza.

La boca de Victoria se abrió con un grito silencioso. Poseída por él. Devastada.

Siete

Victoria se corrió. No pudo controlarlo. Preparada y dispuesta como estaba, sólo hizo falta el brutal embiste de aquella gran verga dentro de su tierno sexo para hacerla estallar. La magia oscura la golpeó con la misma fuerza que lo hacía Max. Cada inmersión en su vulva iba acompañada por una oleada de poder. Ella se estremeció debajo de él al mismo tiempo que su sexo ordeñaba aquel miembro en movimiento y su visión se oscureció por un momento mientras la sangre le recorría el cuerpo caliente y a toda velocidad.

Agarrándola por la parte posterior de los muslos, Max la mantenía inmóvil y abierta para copular con ella de forma enloquecedora, un recipiente apresado para su deseo embravecido. Sus caderas se movían con fuerza entre las de ella y sus testículos golpeaban contra las curvas de su culo. El falo bombeaba dentro de la resbaladiza vagina zambulléndose y saliéndose, y su cuerpo se movía como una máquina de alto rendimiento bien engrasada.

—Mía —gruñó—. Mía.

—Max… por favor. —Victoria no sabía si le estaba suplicando que parara o que no lo hiciera nunca, pues su cuerpo se deleitaba con aquella forma brusca de tratarla y disfrutaba del acto de ser utilizada con el único propósito de proporcionarle placer a él. El miembro de Max se metía dentro de ella incansablemente, embestía a través del tejido codicioso y glotón, deslizándose frenéticamente entre la carne sensible.

Echó su cabeza oscura hacia atrás y el pelo le cayó entre sus anchos hombros mientras los músculos se le tensaban y el cuello se arqueaba a la vez que una descarga de candente semen se derramaba a chorros dentro de ella. Las manos y los pies de Victoria se doblaron con la necesidad de más movimiento y la respiración le agitaba el pecho mientras él se vaciaba sin perder el ritmo de las embestidas. Un rugido viril reverberó en la enorme habitación, un sonido de primitiva satisfacción masculina que hizo que ella volviera a correrse.

El cuerpo de Victoria seguía sacudiéndose por el poderoso orgasmo cuando él se salió de ella. La barra desapareció y Max le dio la vuelta para montarla por detrás y clavársela hasta el fondo. Postrada y abierta en la cama, y envuelta por el cuerpo enfebrecido y sudoroso de él, Victoria clavó las uñas en el edredón y lo mordió, sofocando los gritos de placer que no podía contener.

Puso los ojos en blanco y, a continuación, los cerró. Sus sentidos estaban inundados por el olor del diligente cuerpo de Max y por la sensación de sus músculos flexionándose contra ella mientras él sucumbía al instinto animal y lo perdía todo excepto la necesidad de cabalgarla y meterse dentro de ella. Su falo seguía manteniendo su desesperada rigidez y su magia vibraba dentro de ella, inundándola. El aura de Max estaba nublada y oscura, contaminada por la magia que había absorbido por el combate de ese mismo día. Entonces, ella comprendió su mal humor. Comprendió qué era lo que le estaba llevando hasta el límite.

Victoria se rindió y se abrió en todos los sentidos. Max lo notó y lanzó un gruñido, agarrando sus manos y entrelazando sus dedos con fuerza. La magia fluyó entre ellos y su esencia se purificó mientras se filtraba entre los dos.

Apretó la cara contra el recodo del cuello de ella, sus sudores se mezclaron y el pecho se le empezó a agitar por el esfuerzo. Copulaba con ella como un hombre poseído y quizá, en cierto sentido, lo estaba. Ella no podía hacer otra cosa que aceptarlo, tomarlo y correrse. Una y otra vez.

«Te quiero.» Le abrió más la pierna con la rodilla para poder embestirla más adentro. «Te quiero.»

Victoria apretó la mejilla contra la de él. «Lo sé.»

Xander se incorporó y dejándose de apoyar en la puerta de una tienda a oscuras al otro lado de la calle del edificio de apartamentos donde Westin vivía con St. John. El hechicero había salido antes, hecho que evidenciaba el repentino vacío donde antes había vibrado la magia. Aun así, un rápido examen de reconocimiento había revelado que había dejado en la casa unas poderosas medidas de protección. Era de esperar.

Lo que Xander no esperaba era la absorción por parte de Westin de parte de la magia de Sirius. Aquello lo enfureció. Había manipulado con cuidado a Sirius para que creyera que él era el inteligente,

dándole una falsa confianza. Xander había planeado cada palabra y acción con el fin de provocar al otro hechicero para que fuese el primero en golpear a Westin. Había aparecido deliberadamente en las sombras en el momento justo del ataque de Sirius, llamando la atención de Westin para conseguir, así, que el Cazador atacara y derrotara a su enemigo. El plan había sido que *él,* Xander, absorbiera el poder de Sirius, no Westin. De ese modo, él habría sido lo suficientemente poderoso como para atraer la atención de la Fuente de Toda Maldad. Podría haberse vuelto tan fuerte como lo había sido el Triunvirato.

Pero no todo estaba perdido. Westin vertería parte de esa magia interceptada en St. John, lo cual hacía que para Xander fuese también más fácil robarla. Aquella Familiar había sido antes una salvaje. Una dosis considerable de magia negra y un diminuto germen de duda sobre Westin haría que volviera a caer por ese precipicio. Sirius había sido útil para la elaboración de aquel plan. Si Xander pudiese convertir a St. John, ella se volvería incontrolable, salvaje, y Westin perdería la forma que ella le proporcionaba de aumentar su poder. Él también había detenido su caza por estar en desacuerdo con su amante y aquello era lo único que Xander necesitaba: una simple brecha.

—Ahí estás —murmuró cuando una encantadora rubia salió por la puerta giratoria del edificio de apartamentos como si él la hubiese hecho aparecer.

Vestida con un atuendo nuevo compuesto por unos pantalones de pitillo negros y una blusa azul sin mangas, Jezebel Patridge no hizo caso del saludo del portero y lanzó una mirada de odio al mundo que la rodeaba. Podría haber salvado en un momento la distancia entre el edificio y cualquier lugar al que quisiera ir, pero estaba claro que no tenía ni idea de adónde quería llegar y probablemente carecía de ningún deseo de marcharse. Quería estar con Westin. Irse no la iba a ayudar en nada. Pero era obvio que esperarle por allí cerca no le sentaba bien.

Xander salió de las sombras y lanzó un suave impulso de magia para llamar su atención. Cuando ella miró en su dirección, él se movió como si quisiese esconderse de ella y empezó a caminar a paso rápido. Huyendo. O eso es lo que ella creería.

Y Jezebel lo perseguiría. Al fin y al cabo, era una Cazadora. Y él un animal apartado de la manada que por esos días aparecía en la lista de los más buscados del Consejo.

Cinco minutos después, el cabello de Patridge estaba extendido como un halo dorado sobre el suelo frío y húmedo de un callejón, con el pecho abierto por un ataque doble de magia.

Xander se apretó la muñeca y sonrió mientras su sangre contaminada goteaba sobre la cavidad.

Max daba vueltas al pezón de Victoria con la lengua, moviendo suavemente la cadera mientras removía su verga en las profundidades de ella empapadas de semen. Victoria maulló y le acarició suavemente la espalda con los dedos. Estaba agotada, con el cuero cabelludo mojado por el sudor, la piel de un resplandeciente color rosado y las largas pestañas aleteando sobre sus ojos cerrados.

Él la acariciaba mientras se calmaba. Estaba tan agotado como ella por su feroz necesidad de dominarla. Por penetrarla hasta llegar a pensar que no podría aguantar más. Y ella le había dejado hacer.

A Max le daba rabia no haber visto su ansia como lo que era: la magia negra que había dentro de él en busca de una válvula de escape en su querida Familiar. Su alma gemela. La mujer a la que amaba más de lo que nunca se habría creído capaz de amar a nadie.

Ahora, la piel de Victoria sabía a esa impureza. Su esencia de vainilla se había vuelto más almizclada y más provocativa para sus sentidos. Estaba bajando en espiral por el desagüe y la estaba arrastrando con él.

Giró la cabeza y jugueteó con su otro pezón con suaves lengüetadas.

—¿Te hago daño? —preguntó con la voz ronca por las muchas veces que había lanzado rugidos de placer al correrse.

—No —susurró ella clavándole los dedos en el culo con la fuerza justa—. No pares.

Su miembro se deslizaba dentro y fuera de ella de forma pausada, siendo el bienestar de Victoria la principal preocupación que había en su mente. Se detendría si pudiera, pero necesitaba aquella conexión. Necesitaba estar seguro de que todo iba bien entre ellos. El olor de su piel, la suavidad de su cuerpo, su tacto… nada había sido en su vida tan necesario como ella.

Moviéndose con cuidado, empezó a acariciar con la cabeza del falo el sensible haz de nervios de su interior. Max sintió cómo aumentaba la tensión de ella y escuchó cómo contenía la respiración. Cuando Victoria se estremeció con un orgasmo, él gimió y la siguió, corriéndose junto a la delicada ondulación de su vagina.

Max jadeaba y se estremecía de placer cuando notó que la

protección que rodeaba su ático sentía la presencia de alguna magia. Se puso de pie al instante, con el pene húmedo y semierecto mientras su cuerpo recibía las reservas de magia recién almacenadas para fortalecer los músculos que habían quedado debilitados tras varias horas de sexo duro.

«Has vuelto a superar nuestras expectativas —dijo el Consejo con una multitud de voces hablando a la vez de forma inquietante, una mente colectiva de los más poderosos hechiceros y brujas de todos los tiempos—. Has derrotado a Sirius con sorprendente rapidez.»

—Era eso lo que queríais, ¿no? —contestó mientras se ponía unos vaqueros. Lanzó una mirada hacia la cama y vio que Victoria se había acurrucado de lado y se había dormido.

«Tus poderes son impresionantes. Nos gustaría ver una muestra de ellos.»

—El hecho de que Powell esté muerto ya es suficiente muestra. —Se dirigió hacia la puerta del apartamento; en la mano del brazo derecho llevaba una bola de magia que se agitaba.

«No olvides que ha sido por nuestra paciencia por lo que no eres ahora un animal solitario y capturado.»

—No olvidéis vosotros que seguiríais detrás de Powell y probablemente perdiendo a otros Cazadores de no ser por mí. La nuestra es una relación simbiótica, no un regalo.

«Ya veremos cuánto tiempo tardas en derrotar a Barnes», respondieron en tono despectivo.

—Sí —confirmó él extendiendo el brazo hacia el mango de la puerta—. Ya veremos.

La abrió y lanzó su brazo hacia atrás.

—¡Eh! —Gabriel levantó las dos manos en señal de rendición—. Relájate, asesino.

Max entrecerró los ojos para examinar al hombre al que siempre consideró un rival. Gabriel Masters sonrió y sus ojos de color avellana se iluminaron divertidos. El hechicero de pelo oscuro era del grado más alto, pero carecía de la destreza de Max. Aun así, tenía suficiente poder como para haber sido elegido el hechicero de Victoria… antes de que Max la hiciera suya.

—¿Qué haces aquí, Masters?

No eran amigos ni lo habían sido nunca. Al estar casi siempre los dos de caza, rara vez tenían la oportunidad de que sus caminos se cruzaran.

—¿No me invitas a entrar? —preguntó Masters.

Max dio un paso atrás e hizo una señal para que el otro pasara. Por toda la habitación hizo aparecer biombos para ocultar la cama donde dormía su gatita. A pesar de ello, el olor de sus feromonas estaba muy presente en el aire y Masters no era inmune a ellas. El hechicero se giró sin moverse del sitio y echó los hombros hacia atrás.

—Mía —le advirtió Max con voz grave.

—Es ella la razón por la que he venido —dijo Masters enfrentándose a él—. Ha corrido rápidamente el rumor de la derrota de hoy. Jezebel dice que te deshiciste de Powell con un solo golpe.

—¿Y qué pasa?

—Pues pasa que todos saben que tu Familiar te ha ayudado. No soy yo el único Cazador que se está pensando ahora hacerse con un Familiar.

—Tiene sus ventajas —admitió—. Pero los Familiares requieren muchísimo trabajo. Si se tratase de cualquier otra que no fuese Victoria, no creo que mereciera la pena el esfuerzo.

—Sí, puedo oler cuánto trabajo acarrea. —La sonrisa de Masters desapareció—. Algunos están preguntando si eres lo suficientemente fuerte ahora como para desafiar al Consejo Supremo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Max. Al Consejo no le iba a gustar aquello. Se tomaban las amenazas muy en serio. Si lo veían como una de ellas, tomarían medidas. Y el aumento de poder que le aportaba Victoria era lo que le daba ventaja.

—Yo me mantendría alejado de eso si pudiera —respondió lentamente, con cuidado de ocultar su inquietud—. Tengo aquí mismo todo lo que deseo.

—Tú sí. Puede que otros no.

Max cruzó los brazos sobre su pecho desnudo.

—No traigas la revolución a mi casa.

Masters sonrió irónicamente.

—¿Por qué no? Fuiste tú el primero que la trajiste al mundo de la magia.

Ocho

Victoria sintió un nudo en el estómago al escuchar la noticia que Gabriel Masters le había dado a Max. Fingió estar dormida, pues rara vez se quedaba profundamente dormida mientras echaba una siesta, y decidió que no diría que lo sabía a menos que él se lo contara directamente.

Se preguntó si él habría previsto aquello, si había evitado que ella saliera con él de caza para librarse justamente de este tipo de cosas. Max no querría preocuparla, pese a que el hecho de contárselo haría que los dos dejaran de discutir por su decisión de mantenerla fuera.

Max acompañó a Gabriel a la puerta y, a continuación, fue hasta la cama en silencio. Ella lo oyó, lo olió, se sentía más calmada por su presencia a medida que él se acercaba. La cama se hundió cuando él se sentó a su lado. Le pasó la mano por el costado.

—Gatita —dijo en voz baja inclinándose hacia ella y besándola en el hombro—. Tengo que irme.

Cuando se incorporó, ella se puso boca arriba y alzó la mirada hacia él.

—¿No deberías dormir un poco? ¿O es que vas a volver pronto a casa?

—Cuanto antes termine con esta caza, mejor. —Sus ojos grises se suavizaron mientras la miraban—. Después, nos iremos durante una temporada. Puede que a algún lugar tropical donde estés desnuda todo el día. O a otro que esté aislado por la nieve, para que pueda tenerte tumbada delante de una chimenea.

Victoria le agarró la mano que él había dejado apoyada sobre su cadera y la apretó.

—Suena maravilloso.

—¿Quieres quedarte aquí? ¿O te llevo a tu apartamento?

—A casa —respondió ella con un suspiro—. Tengo que trabajar. Hoy ha sido un día de locos en el hotel.

—¿Puedes trabajar desde casa durante unos días?

—Claro. —No le gustaba trabajar en otro sitio que no fuera en su despacho, pero no iba a discutir. Max ya tenía suficientes cosas en la cabeza.

—Entonces, vamos a lavarnos —murmuró él con una suave sonrisa en los labios.

Treinta minutos después, Victoria sintió un indicio de ecuanimidad. Max la había lavado de la cabeza a los pies y sus diestros dedos le habían masajeado el cráneo y cada uno de sus músculos. Era muy bueno con ella. Muy bueno para ella.

La vistió con un simple pijama, asegurándose de abrocharle cada botón con sus propios dedos en lugar de hacerlo a través de la magia.

—Ya está.

—Ya está. —Ella se puso de puntillas y le besó en la mandíbula—. Y estaré esperándote cuando regreses.

Un áspero sonido salió de él y la atrajo hacia sí para envolverla con sus brazos. La sostuvo así durante un momento y, a continuación, estaban en casa. La brusca aparición de música de saxo la sobresaltó. Pero se impresionó aún más cuando vio a la rubia desnuda con un collar de piel que entraba en la sala de estar desde la puerta del dormitorio.

—Max —dijo Jezebel con un ronroneo, estirándose como si acabara de despertarse—. Creía que estabas de broma cuando dijiste que ibas a traer a tu gatita a casa para que jugara con nosotros.

La mirada de Victoria estaba fija en el «MAX» que había grabado en el cuero negro que rodeaba el cuello de la bruja y en las marcas que había en sus pechos y que estaban perfectamente dispuestas y alineadas según el reconocible patrón de Max.

—Jezebel —gruñó Max—. ¿Qué cojones quieres ahora?

—Los tuyos, cariño —respondió con una sonrisa mientras se colocaba la mano en los pechos, ofreciéndoselos—. De la forma que tú quieras.

Una magia feroz apareció dentro de Victoria, densa, negra y ardiente. Se agitaba entre sus manos y se las quemaba, rabiando por ser liberada.

—Puta —la insultó con un siseo—. Más vale que desaparezcas rápidamente.

—Ya te lo dije, cariño —dijo Jezebel lamiéndose los labios mientras se tiraba de sus propios pezones—. A los Familiares no les gusta jugar con otros.

Max se acercó a ella con paso airado y Victoria perdió la paciencia,

incapaz de dejarlo que pusiera las manos sobre otra mujer. Sobre todo, si era una mujer desnuda que llevaba un collar con el nombre de su hombre.

Echó las manos hacia delante antes siquiera de darse cuenta y la magia salió de sus dedos en forma de arcos de rayos verdes. El golpe levantó a Jezebel del suelo y la lanzó hacia atrás por el pasillo.

—¡Joder! —La cabeza de Max se volvió hacia Victoria con una expresión de rabia—. ¿Has perdido la cabeza?

—¡Está claro que *tú* sí la perdiste cuando trajiste a esa basura a mi casa! —espetó con los puños cerrados para contener los deseos de volver a atacar.

Una carretilla chocó contra su pecho. Al menos, eso es lo que sintió. Fue lanzada hacia atrás y se deslizó hasta el sofá. Victoria gritó, con un escozor en el pecho y la parte superior de su pijama echando humo por el impacto.

—¡Para ya! —bramó Max colocándose en medio del pasillo para hacer de barrera.

Jezebel saltó por encima de él y dio una vuelta en el aire para caer de pie, con el pelo levantándose alrededor de ella como una capa. Victoria fue aún más ágil y con sus reflejos de gata lanzó una patada como venganza. Max embistió, agarró a la bruja por la espalda y ¡puf! Desaparecieron.

Una furia irracional recorrió el cuerpo de Victoria junto con una oleada de magia más fuerte de lo que había sentido nunca. Confiaba en Max, creía en él. Estaba lo suficientemente cuerda como para saber que no podía estar con ella del modo en que había estado toda la noche si ya se había acostado antes con otra.

Eso no significaba que no echara pestes por el hecho de que hubiese llevado a su ex a su casa. Una ex que estaba loca de remate y dolida porque la hubiesen dejado.

—¡Max! —gritó. Pero se había ido.

Furiosa, apagó el equipo de música y dio vueltas por la casa buscando cualquier señal de Jezebel. Su rabia aumentó cuando encontró la cama de ella y Max revuelta y oliendo al perfume de la bruja. También olía a otra cosa. A algo ahumado y acre. Arrancó las sábanas y las hizo jirones con las zarpas, que no se había dado cuenta de que le habían salido.

Estaba repasando todas las cosas que tenía que decirle a Max cuando regresara —y su rabia iba en aumento a cada minuto que pasaba—, cuando la protección que rodeaba el apartamento sonó con

un tintineo de aviso.

—¿Quieres más, bruja? —murmuró mientras dejaba caer las sábanas al suelo y se dirigía hacia la puerta. Volvió a sentir un hormigueo en las palmas de las manos, lo que le hizo recordar el ataque que había lanzado antes. Su magia no se había manifestado nunca a modo de arcos con rayos de fuerza. Necesitaba que Max la ayudara a comprender aquello. Y que le aclarara la mente.

«Por todos los Dioses, ¿cuánto les ha afectado esta caza?»

Extendió la mano hacia la puerta de la calle y se dio cuenta de la amenaza que había tras ella. Los pelos de la nuca se le pusieron de punta y se giró, cambiando su forma a la felina para convertirse en un objetivo menor. Las ventanas crujían por la energía que llegaba desde fuera, se desprendió de la ropa que estaba en el suelo, entre sus patas, y fue corriendo hacia una de ellas, saltando sobre una mesa para poder ver mejor.

Movió convulsivamente los ojos por la línea del horizonte y no vio nada a lo que enfrentarse, pero sí sentía la atracción de la magia. Le penetró por el pecho, por donde aún sentía la palpitación de la herida, y la obligó a cambiar a la forma humana en contra de su voluntad. Se cayó de la mesa con la espalda arqueada y la magia estalló con una oleada de poder que hizo añicos las ventanas.

Una nube negra entró por la brecha y se solidificó a su lado en forma de hombre. Con el pelo cobrizo y unos ojos tan oscuros que parecían negros, irradiaba un poder oscuro que hizo que a todo su cuerpo desnudo se le pusiera la carne de gallina.

Se arrodilló junto a ella y Victoria se percató de que no podía moverse ni apenas respirar. El punto de su pecho donde Jezebel la había golpeado con su magia le escocía como si le hubiesen echado ácido. La corroía con movimientos atroces y se extendía por todo su cuerpo.

—Tranquila. No durará mucho —dijo él con una sonrisa.

El dolor le llegó hasta el corazón y gritó, y los músculos se le agarrotaron. Después, afortunadamente, perdió la conciencia.

En el momento en que Max se materializó en casa de Jezebel, la apartó de él y las manos le quemaron por el tacto de su piel. Irradiaba un calor febril y su mirada era salvaje. El profundo corte junto al hombro que le había provocado el ataque de Victoria no parecía afectarla en absoluto. Y su sonrisa era tan demente que hizo que Max

sintiera escalofríos.

Movió una mano en el aire para vestirla con una bata.

—Max, antes no te ponías tan tenso —dijo ella negando con la cabeza—. Está claro que tu Familiar no te hace feliz.

—Más te vale que no me conviertas en tu enemigo, Jezebel —le advirtió—. Te sugiero que pienses en mí como un cariñoso recuerdo y te mantengas bien alejada.

—Pero ¡estamos hechos el uno para el otro! Sé que tú también lo sientes así. —Dio un paso al frente con la mano extendida como si fuera a tocarle.

Y él sí que lo sentía. Lo suficiente como para quedarse de pronto sin respiración. La llamada entre iguales era fuerte, pero no se trataba de algo sexual. Era magia.

Max se acercó también y le arrancó el tejido que le cubría la herida. Al hacerlo, el pecho quedó al descubierto y ella ahogó un grito de excitación, pero él sólo prestaba atención al corte que ella tenía en la carne, que no sangraba y que era oscuro, no porque estuviese cauterizado, sino porque su sangre estaba contaminada.

—¿Cuándo llegó él hasta ti? —le preguntó—. ¿Qué te ha hecho?

Jezebel deslizó las manos por el pecho de Max.

—Me interesa más saber qué es lo que me vas a hacer *tú* —respondió en voz baja.

La agarró de las manos y recorrió la distancia hasta el Consejo Supremo. La llevó directamente hasta la antecámara previa a la sala de recepciones. La estancia estaba vacía, como era habitual, y su repentina aparición con Jezebel medio desnuda hizo que las conversaciones y movimientos se detuvieran.

La muchedumbre de hechiceros y brujas se fue apartando de él a medida que avanzaba hacia la mesa donde se tomaba nota de las peticiones de audiencia, agarrando del codo a Jezebel y arrastrándola hacia delante.

—Ha sido puesta en peligro por Xander Barnes —dijo con frialdad —. Va a necesitar tratamiento y rehabilitación.

La soltó y se dispuso a alejarse.

—El Consejo querrá interrogarte —respondió al instante el secretario.

—Yo no sé lo que ha pasado. No estaba presente. —De pronto, Max reculó y se tambaleó hacia atrás cuando un dolor agudo y candente le traspasó el pecho como una espada. Sintió que un grito resonaba en su interior y que la sangre se le helaba—. Victoria —

susurró mientras el pánico le atravesaba el cuerpo.

Distraído y sin haberlo previsto, la había dejado sola y desprotegida. Mientras daba un paso hacia delante, se trasladó. Fue como nadar en miel. Su magia iba desapareciendo de él con cada latido de su corazón. Apareció tambaleándose en su sala de estar unos interminables segundos después, aterrizando sobre sus manos y rodillas en medio de un remolino de cristales rotos, desorientado y mareado.

Ante sus ojos aparecieron unas botas de piel con tacones altos y levantó la vista para recorrer unas piernas kilométricas rematadas con unos ajustados pantalones cortos y negros y un corsé de cuero. Victoria se colocó las manos sobre las caderas y sus labios pintados de rojo se curvaron formando una sonrisa carente de humor. El color esmeralda de sus ojos pintados con rímel era tan oscuro como su aura.

—Así es exactamente como te quiero —ronroneó.

Nueve

«Te está domesticando y tú te estás dejando.»

Victoria vio cómo Max se ponía de pie con un movimiento enormemente elegante mientras la examinaba con sus ojos tormentosos. Ella sabía que se estaba preguntando cómo arrebatarle el control, pero ella no estaba ya dispuesta a seguir con esos juegos. Ahora era más poderosa que él y había llegado el momento de hacérselo saber. La desigualdad de su relación —si es que iban a tenerla— había cambiado a su favor.

«Tú tienes tu propia magia, pero él no la respeta.»

—Victoria...

Vio la sangre en las manos de Max provocada por los cristales rotos de la ventana. Con aire distraído, le curó los cortes con un hechizo que nunca antes había utilizado, pero que inexplicablemente se conocía de memoria.

«Lo has hecho más poderoso que nunca. ¿Y cómo te lo agradece? Subyugándote y convirtiéndote en su subordinada.»

Levantó rápidamente la mano, le cogió de la corbata y, un momento después, estaban de vuelta en el ático de él.

El pecho de Max se movía con una respiración profunda.

—¿Qué te ha hecho, gatita? —preguntó en voz baja.

—No me apetece hablar, Max —contestó, lamiéndose los labios al pensar en todas las posibilidades que sugería su colección de juguetes. «Si de verdad te quisiera, dejaría que jugarais los dos»—. Quiero jugar.

—¿Sí? —Le agarró la cara entre sus manos y la estudió—. Puedes deshacerte de esto, cariño. Deja que te ayude.

—Puedes ayudarme ahora —dijo ella repitiendo lo que él le había dicho antes. «¿Por qué va a quedarse él con toda la diversión?»—. He querido verte atado a una cama desde la primera noche que nos conocimos.

—No es así como son las cosas, Victoria. No entre un hechicero y un Familiar y, desde luego, no entre nosotros. No eres tú la que habla.

—¡Sí que lo soy! —Se apartó de él. «Deberías escuchar a tu instinto, Victoria St. John. Te está diciendo lo que ya sabes»—. Has estado tratando de cambiarme desde que nos conocimos. ¡Quieres que sea algo que no soy!

Max apretó la mandíbula.

—Llevamos juntos casi dos años. No me pareces el tipo de mujer que aguanta tanto tiempo con un hombre si no te estuviese complaciendo.

—Eso era antes. —«Recuerda quién eras antes de que Westin te diera caza. Recuerda el poder que tenías. El Consejo Supremo permitió que Darius Whitacre muriera. ¿Alguna vez les hiciste pagar por ello? ¿Has utilizado a Westin del mismo modo que él te ha utilizado a ti?»

—¿Antes de qué?

—¡Antes de saber qué era lo que de verdad querías! —Le dio la espalda—. Jezebel ha supuesto toda una revelación para mí.

Max pudo imaginar cómo la cola de su gatita daba latigazos incansablemente. No necesitaba figurarse la oscuridad de su aura. Casi podía mascarla en el aire.

—Te quiero *a ti*.

Ella lo miró por encima del hombro con los astutos ojos de un gato.

—Puedes tenerme… si eres un chico bueno, Max.

Él cambió de táctica.

—De acuerdo. Primero, vamos a dar alcance a Xander Barnes. No ocupamos de él y luego tendremos todo el tiempo del mundo.

Victoria echó la cabeza hacia atrás, se rio y se acercó a la pared donde estaba expuesta la colección de flageladores y fustas de Max.

—*¿Ahora* sí quieres que vaya a cazar contigo? ¿Después de prácticamente habértelo suplicado?

Max se pasó una mano por el pelo, frustrado ante su propia contribución al desastre al que se enfrentaba. Había dejado a Victoria expuesta tanto con respecto a la magia como física y emocionalmente. Incluso al principio de conocerse, nunca habían estado tan alejados. No podía soportarlo.

Pero tampoco podía permitir que afectara a su sensatez. Los Cazadores que dejaban que las emociones dominaran la razón estaban condenados al fracaso y él no podía fallar en esto.

—Cometo errores, Victoria —admitió—. En este caso, he subestimado lo mucho que necesito tu ayuda. Y he subestimado a Powell.

Ella se acercó a la cajonera donde Max guardaba los juguetes que le metía.

—No culpes a tu caza de nuestros problemas.

—Entonces, me parece que hay algo que me he perdido. ¿Por qué no me recuerdas lo que ha pasado hoy? ¿Qué es lo último que recuerdas antes de que yo volviera a casa?

—¡Recuerdo a tu amante sintiéndose bien acomodada en mi casa! ¡Llevaba puesto un maldito collar con tu nombre!

—¿Y cómo has llegado desde ahí hasta donde estamos ahora? —Le preguntó, clavando los ojos en un desmesurado atuendo de dominatriz que él no sabía que tuviera. Una vez más, Max no se había molestado en investigar cómo había ido todo entre ella y los Cazadores que antes habían sido designados para domesticarla.

Pero ni siquiera los celos podían hacer que el pene dejara de palpitarle al mirarla. A pesar de todas las cosas que habían salido mal —o quizá debido a ello y a su desesperada necesidad de volver a conectar—, se sentía enormemente atraído por aquella nueva faceta de ella.

Victoria sacó un consolador de cristal de un cajón y lo recorrió con sus dedos. Después, se lo llevó a los labios y lamió la punta. Max respondió con un gruñido.

—Me he dado cuenta de que debo empezar a hacer las cosas del modo en que yo quiero —dijo mirándole desde debajo de sus afiladas pestañas—. Las relaciones son cosa de dos, Max.

—Te he dado todo lo que tengo. —Extendió un brazo con su magia y chocó contra el muro de fuerza que irradiaba de Victoria. Estaba vaciándolo por momentos, un indicio irrefutable de que había sido contaminada con magia negra—. Y voy a seguir dándotelo hasta que me quede un último aliento.

—Todo excepto tu sumisión.

—No soy un interruptor, gatita.

Victoria empezó a dar rápidos golpecitos con el pie sobre el cemento.

—Puede que yo sí lo sea. ¿Significa eso que somos incompatibles?

—No pensabas eso hace una hora.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y, a continuación, desapareció, volatilizándose ante sus ojos.

—¡Victoria! —gritó Max con los puños apretados.

Lo que Barnes había hecho era diabólicamente ingenioso, pues se había llevado el apoyo de Max mientras ella seguía con vida. La

muerte habría sido más piadosa que el hecho de perderla por culpa de la magia negra. Y no podía llevarla al Consejo como había hecho con Jezebel; no sólo porque él se había debilitado hasta un nivel peligrosamente bajo, sino porque temía que la eliminaran para acabar con cualquier amenaza que él pudiese suponer.

Se devanó los sesos en busca de opciones y trató de reducir el número de hechizos que Barnes podría haber utilizado para convertir a Jezebel y a Victoria.

—Magia de sangre —murmuró, sabiendo lo poderosa que ésta podría ser.

Pero sólo mientras Barnes estuviese vivo.

«¿De verdad es Westin el hombre ideal para ti? ¿O existe alguien por ahí que se adapte mejor?»

Victoria se fue a recorrer discotecas. Nerviosa y empujada por deseos que no podía controlar, merodeó por la ciudad en busca de algo que pudiese entender. La irritaba sentir la necesidad de volver con Max. Una necesidad que la impulsaba y la estimulaba. Nunca se había sentido tan indecisa, como si estuviese en guerra consigo misma.

—Parece que tienes ganas de jugar, preciosa.

Volvió la cabeza hacia el hombre que le hablaba. Era alto y fuerte, de cabello rubio y mirada traviesa. Sus ojos lo recorrieron desde la cabeza hasta los pies, lo mismo que su magia. Era un humano.

Victoria sonrió y su mente se centró en lo divertido que podría ser dominar a un hombre tan fornido. Hacía mucho tiempo que no se le permitía llevar las riendas.

—¿Te apetece jugar? —ronroneó.

—Siempre. ¿Puedo invitarte a una copa?

Ella negó con la cabeza, pensando adónde podría llevarlo. La casa de Max sería lo ideal, pero la descartó. Su apartamento era una opción, sobre todo desde que Max había estimado oportuno llevar allí a su antigua amante. Pero un repentino e injustificado sentimiento de culpa la retuvo.

Maldita fuera.

—Vamos a algún sitio —dijo, tras decidir que lo mejor sería dejarle la decisión a él. Quizá tuviera sus propios juguetes.

Él sonrió y extendió la mano.

—Steve. Y me siento realmente afortunado por haberte conocido

esta noche.

—Victoria. —Le acarició la palma de la mano con los dedos, pero su tacto carecía del calor y la conexión mágica que había llegado a sentir con Max. Una sensación de vacío apareció en su vientre. La música de la discoteca salía a todo volumen por los altavoces y ayudaba a que los clientes se tocaran. Parejas y tríos se retorcían unos contra otros en la pista de baile inundando el aire del olor de la excitación y de feromonas, pero ella se sentía curiosamente desconectada de todo aquello.

—Vamos, Vicky. —Él la cogió de la mano antes de que ella la dejara caer y entrelazaron sus dedos.

—Tengo una habitación a la vuelta de la esquina.

«Westin te tiene hechizada, Victoria. Whitacre no te controló nunca de esa forma.»

Frunció el cejo y dejó que Steve la llevara entre la multitud hacia la salida. Nunca le había resultado más difícil hacer caso a su conciencia. Y la utilización por parte de Steve del apodo de «Vicky» lo empeoró todo aún más. Sólo Darius la había llamado así.

La voz de Max resonó en su mente. «No eres tú la que habla.»

Apretó la mano sobre la de Steve. El hechicero le había distorsionado su forma de pensar... la había confundido. Nunca había estado más indecisa.

—¿Vives en la ciudad? —le preguntó Steve cuando salieron a la calle.

—Sí. —Se había mudado allí después de que Darius muriera, más cerca de la sede central de la magia en el país, para así poder tener más oportunidades de provocar al Consejo.

—Me gusta esto —continuó él, llenando así el vacío que había dejado la escueta respuesta de ella—. Para mí es la primera vez. Tendré que darle las gracias a mi jefe por sugerirme esta conferencia.

—Puede que yo también tenga que darle las gracias —dijo ella obligándose a concentrarse en el hombre con el que estaba.

Los ojos de él brillaron a la luz de las farolas.

—¿Tengo que preguntar si vas a ser amable conmigo?

—¿Es eso lo que quieres?

—No.

Victoria respondió con una sonrisa sincera.

—Bien. No estoy segura de poder ser amable esta noche.

Una ola de deseo recorrió el enorme cuerpo de él. Su piel se calentó con su roce.

—¿Estás teniendo una de esas noches, cariño?

Las fosas nasales de Victoria se dilataron y sus sentidos se llenaron del olor del deseo y la excitación de aquel hombre.

—Sí... se puede decir que es eso.

Diez

Max se puso a recorrer las calles. Barnes andaría cerca, porque sabía que Max en esos momentos era vulnerable, como nunca antes lo había sido. Aquella caza se había convertido para Barnes en un juego por el estaba dispuesto a correr el riesgo de ser capturado. Derrotar a Max no iba a hacer que el Consejo dejara de perseguirlo. Otros Cazadores vendrían después. Ni siquiera daría más tiempo al hechicero, pues Max estaba casi seguro de que el Consejo había ampliado ya la caza. Era probable que ya no confiaran en él y la susceptibilidad de Jezebel provocaría aún más alarma.

Ir en busca de Max era para Barnes una diversión, una oportunidad de llevar a cabo una pequeña venganza tras los años de encarcelación que había sufrido.

«Victoria, ¿dónde estás?»

Contuvo el deseo de buscarla. No tendría sentido mientras estuviese bajo la confusión de la magia de sangre. Cualquiera que fuese el hechizo de Barnes, sería imposible acabar con él mientras el hechicero siguiese con vida.

Pero no podía controlar el miedo que sentía por ella. Por *ellos,* como pareja, pues había aparecido una grieta de la que Barnes se había aprovechado. Durante todo ese tiempo, Max había creído que se trataba simplemente de una cuestión de aclimatación lo que provocaba la resistencia que Victoria mostraba en algunas ocasiones. Había supuesto que, en el fondo, ella era como todos los Familiares. Pero quizá Victoria fuese única más allá de la magia que Darius le había proporcionado. Quizá necesitara de verdad compartir el control en lugar de renunciar por completo a él.

¿Podría ser él el hombre que ella necesitara si ése fuera el caso?

—Westin, pareces muy triste.

Max se puso tenso, aminoró el paso y buscó a su presa. Una sonrisa irónica apareció en su boca al pensarlo. En realidad, era *a él* al que querían cazar.

—Ha sido un día duro.

Barnes salió de las sombras. Parecía bastante inofensivo en apariencia, como cualquier hombre de treinta años que hubiese salido a dar una vuelta, pero surgió de él una fuerza oscura que golpeó a Max con tal furia que casi le hizo tambalearse hacia atrás.

—Qué pena. Para mí ha sido un día estupendo.

Max asintió.

—Querías a Powell muerto.

—Al final, se habría convertido en una carga —contestó Barnes encogiéndose de hombros. Ahora vestía mejor. La primera vez que Max lo apresó era un gamberro. Ahora llevaba pantalones y camisas a medida con zapatos lustrosos y corbata—. Y fue lo suficientemente estúpido como para creerse más listo que yo.

—Yo también te he subestimado.

A Barnes le gustó aquello. Sonrió.

—Esperaba que supusieras un desafío mayor.

—Siento decepcionarte. —Max trató de conectar con Victoria para poder recuperar, al menos, un poco de su magia, pero no hubo ninguna señal al otro lado. Era como si se hubiese cortado por completo.

Un anciano que paseaba a su chihuahua pasó junto a ellos, rodeándolos a cierta distancia y mirándolos con recelo. El perro empezó a ladrar a Barnes y a tirar de su correa mientras mostraba sus dientes al hechicero. Barnes se agachó y sonrió. El perro gimoteó y se hizo pis.

—¡*Remy*! —le regañó el anciano—. Perro malo. Vamos.

El hechicero se puso de pie y empezó a reírse.

—El mundo está lleno de criaturas patéticas, ¿verdad, Westin?

—Asustar a perros pequeños es poco digno de ti —dijo Max, dejando que la varita que llevaba escondida en la manga de la camisa se deslizara hasta su mano. Se trataba de una herramienta de aprendizaje infantil que llevaba varios siglos sin utilizar y, en aquel entonces, sólo la había usado brevemente. Servía sólo para ayudar a concentrar la magia en el período de formación y no tenía ningún poder en sí misma, pero Max necesitaba toda la ayuda que pudiese conseguir. Había hecho uso de la mayor parte de la magia que le quedaba para acudir al Reino Transcendual en busca de ayuda.

Él no era el único que amaba a Victoria y que haría lo que fuera por mantenerla a salvo.

—No hay nada que sea poco digno de mí. Por eso soy tan poderoso

ahora. —Barnes se restregó la mandíbula con una mano—. El Consejo se equivocó al poner normas con respecto a la magia. La magia está viva, respira. Enjaularla es un delito.

—A ti la magia no te importa una mierda. Es el poder lo que quieres. Estás ebrio de él.

—Creo que no hablarías con tanto desdén si aún conservaras el tuyo —le provocó Barnes con una intensa mirada.

—Y yo creo que tú no te mostrarías tan engreído si supieras que el Consejo está a punto de darme caza porque creen que Victoria me ha vuelto demasiado poderoso. Yo que tú habría pensado en un castigo mejor que éste. Ojo por ojo. En lugar de eso, les estás haciendo un favor.

A Barnes no le gustó aquello. Su sonrisa se desvaneció.

—Debes de tener impulsos suicidas, Westin.

—Puede ser. —Exageró su vulnerabilidad—. No quiero vivir sin Victoria y tú la has apartado de mí. Así que se trata de ti o de mí, Barnes.

—Bueno, creo que los dos sabemos cómo va a acabar eso.

Max adelantó la mano para lanzar la magia a través de la varita y golpear al hechizero en el pecho. Éste se tambaleó hacia atrás y se giró, pero enseguida se incorporó y contraatacó.

El peso del golpe levantó a Max del suelo y lo lanzó varios metros por el aire. Sin aliento y con un terrible dolor, enroscó su cuerpo para convertirse en un objetivo lo más pequeño posible. El siguiente golpe de magia lo golpeó en el corazón y los pulmones y le oscureció la visión. Lo que le rodeaba se volvió borroso y un estruendo le invadió los oídos. El siguiente golpe lo mataría.

«Victoria...» Cerró los ojos con fuerza mientras la angustia le retorcía el cuerpo. ¿Cómo iba ella a sobrevivir después de perder a los dos hechiceros a los que amaba? «Ponte a salvo, gatita —le susurró—. Te quiero.»

—Ya hemos llegado —anunció Steve, deteniéndose delante de un Hotel Intercontinental. Puso la mano en la parte inferior de la espalda de Victoria y la hizo cruzar la puerta giratoria que tenía delante.

«Yo no te dejé con Westin para esto, Vicky.»

Ella se detuvo de repente y la puerta le golpeó por detrás, empujándola hacia delante y haciendo que tropezara con Steve.

«¿Darius?», susurró, sorprendida de volver a escuchar aquella

amada voz.

«Me dijiste que lo querías… que deseabas estar con él. Si has cambiado de opinión, haré que te vengas conmigo, cariño. Que me condenen si te dejo con otro.»

—Tranquila —dijo Steve aprovechando la oportunidad para pasarle las manos por la espalda—. ¿Estás bien?

Ella negó con la cabeza. No. Estaba mucho menos que bien. Una angustiosa sensación de miedo se adueñó de sus sentidos. Abrió la boca para decirle que había cambiado de opinión…

Un dolor le atravesó el cuerpo haciendo que doblara la espalda y que se apretara con fuerza contra Steve.

«Ponte a salvo, gatita. Te quiero.»

El terror la invadió. «¡Max!»

Por un instante pudo ver con claridad, como si en un momento la niebla se hubiese disipado y le permitiera tener una visión clara.

Max estaba muriéndose. Y el corazón se le empezó a romper.

Barnes lanzó un grito de furia y dolor. Los cristales se hicieron añicos a su alrededor. Max sintió que la magia se arremolinaba alrededor de ellos y, a continuación, explotaba con una fuerza estruendosa. Se oyó el grito de una mujer y a un hombre maldiciendo. Unos pasos retumbaban junto a la cabeza de Max.

El poder apareció en el interior de Max con la fuerza de un tornado, hizo desaparecer el dolor y le puso en marcha los órganos de su cuerpo. Se incorporó y vio a Masters agachado a su lado y lanzando descargas con tanta rapidez que Max no podía verlas todas. Pero a Barnes lo escudaba la magia negra, que lo mantenía envuelto en unas sombras ondulantes que le protegían del incesante ataque. Impresionado y profundamente agradecido de que el otro Cazador hubiese respondido al mensaje que Max le había dejado, éste hizo acopio de la magia que fluía por su cuerpo y se dispuso a unirse a la lucha.

El aura de Victoria palpitaba por todo su cuerpo. El poder se expandía procedente de ella en un círculo embravecido que aunaba más fuerza por momentos. Era oscura y humeante, más negra que blanca, y su potencia era tan virulenta que sentía como si la piel le quemara al tratar de contenerla. El viento se arremolinaba alrededor de él, sólo de él, y el pelo le azotaba con su furia. El poder fue aumentando en su interior.

La vio. Estaba de pie detrás de Barnes y sus ojos relucían en la noche, con los brazos levantados y extendidos, esperando que Max atacara para que ella pudiese aumentar su poder. Tenía las piernas abiertas y ancladas al cemento y sus hermosos rasgos mostraban una frialdad y una determinación que él nunca había visto antes. Estaba preparada para matar.

Barnes lanzó un ataque hacia Max con tal fuerza que el golpe le agitó los huesos, pero se mantuvo erguido e indemne, fortalecido por su propia furia. Victoria había acudido en su ayuda, pero no era la misma. Max no sabía si alguna vez volvería a serlo, ahora que estaba tan contaminada. No sabía si ella había vuelto a él para siempre o sólo para ese momento.

Lo único que sabía era que Barnes tenía que morir.

Masters gritó cuando un golpe le hizo caer de espaldas y rodar por el suelo. Max disparó. La bola de magia atravesó el velo que rodeaba a Barnes y lo lanzó hacia atrás… Fue directo al interior del arco de rayos que procedía de Victoria y le hizo lanzar bramidos de dolor. El hechicero se giró y avanzó hacia ella dando tumbos. Max reaccionó corriendo hacia delante para atacar. Masters apareció a su izquierda y disparó en el costado al hechicero. El triple ataque fue imposible de soportar.

Barnes explotó con una ráfaga de luz negra que resonó en todos los edificios que los rodeaban e hizo estallar las farolas. Sobrevino una oscuridad absoluta que apagó toda luz.

Victoria gritó el nombre de Max y éste respondió con otro grito. Se abalanzó tambaleante en dirección al sonido de su voz, moviéndose por instinto, y soltó un gruñido cuando el esbelto cuerpo de Victoria chocó contra el suyo.

Se la llevó de allí dejando todo atrás.

Epílogo

Victoria miraba por las enormes ventanas hacia los kilómetros infinitos de nieve que se extendían ante ella. La casa se encontraba en lo alto de una montaña en los confines más remotos del mundo, oculta a los ojos de los humanos y del seguimiento de los satélites.

Había pasado una semana desde la noche en que había ayudado a Max y a Gabriel a derrotar a Xander Barnes. No había tenido contacto con nadie, ni siquiera con el hechicero que compartía la casa con ella. Él estaba allí, muy cerca. Tan hermoso... Tan callado... Esperaba como el astuto Cazador que era. Esperaba y observaba y sus ojos de plata seguían casi cada uno de sus movimientos. Por la noche, dormía en otra habitación. En otra cama.

A medida que pasaban las horas, ella sentía que iba siendo cada vez más la misma. Su anhelo por estar con Max iba creciendo cada día hasta que se convirtió en un ansia constante que le costaba resistir.

La costumbre que tenía él de moverse por allí sin llevar puesto nada más que un pantalón de pijama holgado no ayudaba.

Pero ahora todo era distinto. *Ella* era distinta. Aunque la obsesión con la que Barnes la había hechizado había desaparecido, la contaminación de la magia negra aún persistía y liberaba un deseo de otro tipo. Cuando hacía el amor con Max, ella se entregaba a sus caricias... a su deseo. Al menos por una vez, quería tenerlo a su manera. Demostrarle lo profundo de su amor de un modo distinto al de su sumisión.

Pero él no era ningún interruptor automático y el alivio que antes habían sentido juntos había desaparecido, dejando un recelo que hacía que para ella resultara difícil tenderle la mano.

Al menos, cuando adoptaba su forma humana.

Se transformó y se dejó caer al suelo mientras se zafaba de los pliegues de su vestido largo. Empezó a buscarlo, dejando que su instinto animal la guiara. Tenía que haber un modo de que pudiesen encontrar un término medio que les resultara cómodo a los dos. Deseó

que pudiesen encontrar una solución juntos.

Avanzó silenciosamente por el pasillo, pasó junto a su propia habitación y encontró la de él vacía. Continuó caminando deprisa, explorando, sintiendo curiosidad por primera vez en varios días. Aquella casa seguía siendo un misterio para ella tras haber pasado tanto tiempo tratando solamente de aclararse la mente. Había estado durmiendo, comiendo cuando Max cocinaba y tumbada en el sofá viendo la televisión sin prestar verdadera atención. Aquello era como despertar tras una larga siesta y luchar contra el atontamiento que provocaba el volver a la realidad.

Al llegar al fondo del pasillo, Victoria vio una puerta a medio abrir. Aminoró el paso y olisqueó, ronroneando al oler el atractivo y seductor aroma de la piel de su hechicero. Empujó la puerta levantando una zarpa y se sentó mientras se abría en silencio.

Max estaba junto a la pared del fondo, y se le marcaron los músculos de la espalda al levantar un brazo y colocar una fusta en su gancho mientras su pelo negro le acariciaba los omóplatos.

—Hola, gatita —dijo él con esa voz profunda y ronca que a ella le encantaba y que tanto había echado de menos.

Se dio la vuelta para mirarla y ella lo absorbió con sus ojos, deslizando la mirada por sus poderosos hombros, sus firmes pectorales y su abdomen profundamente marcado. Bajo el nudo de su cordón, el pene le colgaba grueso y pesado entre sus musculosas piernas. Su ronroneo aumentó de volumen. Agitó la cola ante la expectativa.

Una cama enorme esperaba a la derecha mientras que en la pared de enfrente se exhibía una gran colección de flageladores, fustas e instrumentos de sumisión sobre la repisa de la chimenea. Había dos baúles a los pies de la enorme cama, uno blanco y otro negro. El blanco tenía el nombre de ella inscrito en la tapa. Y el otro llevaba el de él. Había una cruz de San Andrés sujeta en la pared junto a un columpio para prácticas de *bondage* suspendido de una de las anchas vigas del techo. La luz se filtraba por las claraboyas de arriba así como por la pared de ventanales sin cortinas que había tras la cama.

Victoria cambió de forma. Max se quedó sin respiración al verla desnuda y ella sintió un destello de alivio. Aún la deseaba.

—Max —dijo con la voz ronca por el deseo.

Él cruzó los brazos, lo cual la provocó al ver los bíceps esculpidos de él. Era muy fuerte y, sin embargo, a pesar de lo extremo de su deseo, nunca la había lastimado.

Max esperó inmóvil.

Victoria tragó saliva.

—¿Nos hemos quedado solos?

—Casi se nos puede dar por muertos. Si seguimos escondidos, dudo que nos atrapen. Pero tendrás que dejarlo todo. Todo lo que posees. Todo aquello por lo que has luchado.

—¿Tendré que dejarte *a ti*?

Su garganta se movió, la única señal de que no estaba tan tranquilo como aparentaba.

—Espero que no. Espero que me des una oportunidad para... amoldarme.

Victoria dio un paso al frente.

—¿Harías eso por mí?

La mirada de Max se volvió más cálida y más tierna.

—Haría lo que fuera por ti.

—Ahora mis necesidades son distintas a las tuyas, Max —le explicó con voz suave—. Quiero tenerte atado alguna vez, quiero darte placer sin perder la cabeza por lo que me estés haciendo. Quiero verte rendido, pero no sumiso.

El pecho de Max se ensanchó al respirar profunda y lentamente.

—Victoria, para mí es muy duro necesitarte tanto. Amarte es a la vez lo más fácil y lo más difícil que he hecho nunca.

—¿Crees que yo no tengo miedo? Sobre todo, ahora. —Miró por las ventanas hacia la infinita extensión blanca—. La de Cazador no es sólo tu profesión. Es quien eres. No estoy segura de poder ser lo que tú necesitas si soy lo único que vas a tener. Si es que eso tiene algún sentido.

—Gatita, la vida contigo nunca va a resultar aburrida. —Max se acercó a ella y le colocó sus grandes manos alrededor del cuello, como el collar que ella llevaba puesto—. Aparte de los juegos que vamos a practicar en esta habitación, tenemos muchas cosas que descubrir con la magia. Masters tenía razón. Tú y yo somos una pareja única y lo cierto es que nunca hemos explorado ese aspecto y, mucho menos, lo hemos explotado. ¿Quién sabe de qué seremos capaces?

—Ahora somos más grises que blancos —respondió ella agarrándolo de las muñecas—. Y cuando esté encima de ti y te corras para mí, la magia podría...

—Siempre me corro para ti, sea quien sea el que esté encima.

Apretó su boca contra la de ella y Victoria se relajó, alejando de su mente las preocupaciones. Tenían aquello. Se tenían el uno al otro. El resto ya se solucionaría.

Ella le devolvió el beso y sus labios se curvaron cariñosamente formando una sonrisa gatuna.



SYLVIA DAY, número uno en las listas del *New York Times* y número uno internacionalmente, es autora de más de una veintena de novelas premiadas y traducidas a más de cuarenta lenguas. Es número uno en veintiún países, con decenas de millones de ejemplares impresos en todo el mundo. La serie «Crossfire» ha sido comprada para televisión por la famosa productora Lionsgate, y Day ha sido nominada como mejor autora al Premio Goodreads Choice.

Más información de la autora y su obra en <www.SylviaDay.com>, <www.facebook.com/AuthorSylviaDay> y <www.twitter.com/SylDay>.

Salvaje
Sylvia Day

Título original: *Spellbound*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Retroartist / Depositphotos.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2014

ISBN: 978-84-08-13098-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.,
www.victorigual.com